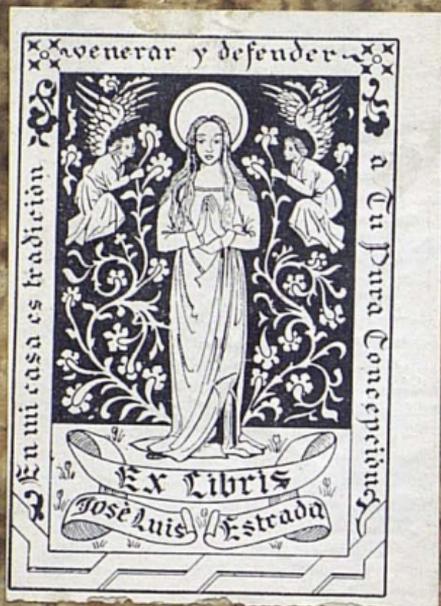


50



venerar y defender

En mi casa es tradición

a Tu Pura Concepción

Ex Libris  
José Luis Estrada



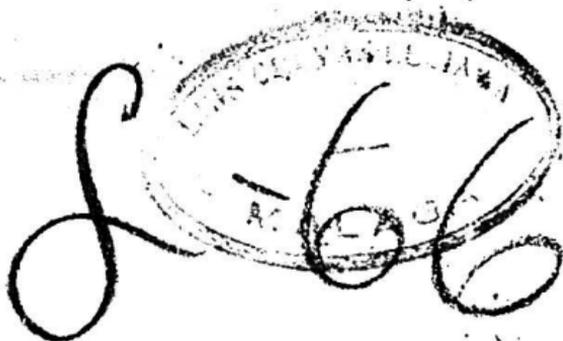


I. 134+

JAD  
29  
B/1450

# El Epicureo.

---









Lic. de F. Pachuga.

Y pronunciando entre dientes, una bendición inco-  
nsciente, dejó caer lánguida su cabeza, sobre mi  
brazo.

# EL EPICÚREO,

*Novela escrita en inglés por T. Moore,*

Y TRADUCIDA

POR D. A. P. DOMINGO,

*Abogado de los Tribunales de la Nación.*



MALAGA:

Diciembre de 1847.

Imp. y librería de D. Agustín de Herrero. Editor.

Calle Nueva núm. 67.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104296858





Esta curiosa obra se halló manuscrita en una escavacion que se hizo cerca del monasterio de san Macario, situado en el valle de los lagos de Natron. Escrita originalmente en griego, iba á ser perdida juntamente con otros manuscritos encontrados con ella dentro de un arca enterrada, segun se supone, en tiempo de Diocleciano.

Los Arabes, que, segun parece, tienen tanta aficion á los palomos como sus antepasados los Egipcios, conservan la supersticiosa práctica de colocar en sus palomares unas tiras de papel escritas con caracteres sabios, suponiendo que los palomos á favor de esta especie de hechizo se multiplican de un modo milagroso. Como en todos los paises hay siempre personas dispuestas á aprovecharse de la supersticion del populacho, los sabios volúmenes que contenia el hallado arcon fueron inmediatamente aprovechados para el referido uso; y la historia

---

## VI

del Epicúreo Alcifron iba á servir tambien, hecha tiras, de talisman tutelar de algun futuro pastel de pichones, cuando un viajero á quien llamaron la atencion sus primeras páginas, rescató el manuscrito del destino á que estaba condenado por entonces, juzgando que, en todo caso, era preferible que Alcifron viniese en traje europeo á servir en nuestro pais á algun honrado droguero, que perecer prematuro en su destino de espantajo de palomares.



## EL EPICÚREO.

### CAPITULO PRIMERO.



E 1259



ERIA hácia el cuarto año del reinado del emperador Valerio, cuando los sectarios de Epicúreo, que eran entonces muy numerosos en Atenas, se reunieron para escoger una persona digna de ocupar su cátedra, y por la voz unánime de la escuela fui yo el individuo á quien eligieron por gefe. Entonces acababa yo de cumplir veinte y tres años, y jamás habia habido ejemplar de que una persona tan jóven fuese electa para un destino de tanta importancia. Sin embargo, podrá suponerse que la juventud y

Las calidades personales que la adornan no se consideraban como las recomendaciones menos válidas entre los individuos de una secta que contaba en su círculo lo mas hermoso y discreto de Atenas, y que condecoraba con el nombre de la filosofía á sus favoritas inclinaciones, solo se servian de este pretexto para ocultar el mas refinado cultivo del deleite.

Verdad es que el carácter de la secta habia variado mucho desde el tiempo de su fundador; el cual, al paso que sostenia que el placer es el único bien, enseñaba tambien que la virtud es la única fuente del placer. La parte mas pura de esta doctrina hacia ya tiempo que se habia desvanecido; y al sobrio Epicúreo le hubiera sido tan difícil reconocer á sus sectarios en la reunion de refinados voluptuosos que llevaban el nombre de discipulos suyos, como distinguido su propio apacible Jardin entre los amenos bosques y lozanas glorietas donde la escuela celebraba sus reuniones.

Además de los alicientes de su doctrina, concurrían en esta época otras muchas causas para hacer nuestra escuela la mas popular de cuantas aun sobrevivian á las pasadas glorias de la Grecia. Se ha observado generalmente que á medida que una parte de la generalidad va adquiriendo ideas mas rígidas acerca de las materias religiosas, la otra camina al estremo de la

relajacion y de la infidelidad: y esta especie de reaccion fué la causa de que estuviesen tanto en boga las doctrinas del Jardin, y que entrase tanto en moda su inmoral filosofia. El rápido progreso de la fe cristiana habia alarmado á cuantos por supersticion ó amor al mundo se interesaban en sostener la antigua creencia, á todos los que adoraban las deidades del olimpo, ó les debian su subsistencia. El resultado fué un aumento considerable de celo y actividad en todo el mundo pagano, tanto por parte de las autoridades coustituidas, como por la del sacerdocio. Los puntos mas débiles de la mitologia eran los que con mas encono se defendian, al paso que la menor indirecta que pudiese recaer en desprecio del culto de Saturno ó de su esposa Opís, se castigaba con toda la severidad de la ley.

Entales circunstancias, vacilando entre el alarmado terrorismo de la supersticion espirante y la austeridad de su rival, tan sencilla como sublime, no es estraño que los amantes del deleite y del ocio, que no tenian interés alguno en sostener la antigua creencia, y que eran demasiado viciosos é indolentes para investigar las verdades de la nueva, corriesen á refugiarse contra las severidades de una y otra bajo la égida de una filosofia voluptuosa, que dejando á otros las disputas acerca del estado futuro con-

centraba toda su sabiduría en gozar con amplitud del presente.

Los sectarios del Jardín tenían costumbre, desde la muerte de su fundador, de consagrar á su memoria el vigésimo día de cada luna. A estos ritos, mensuales se había añadido con el tiempo, una gran festividad anual en conmemoración de su nacimiento. Las fiestas que mis predecesores en la cátedra habían dado en semejante ocasión, se habían distinguido siempre por su esplendor y buen gusto; y yo me propuse, no solo imitar su ejemplo, sino hacer que el aniversario que se iba á celebrar bajo mis auspicios fuese tan brillante, que borrara el recuerdo de cuantos le habían precedido.

Rara vez había presenciado Atenas una escena tan grandiosa. El solar que formaba el antiguo límite del Jardín; había de tiempo en tiempo acrecentado la extensión de sus linderos: y toda su localidad estaba adornada con el mejor gusto, en fin, con aquella elegancia que sabe desposar con el arte la naturaleza sin sacrificar la sencillez de esta en el enlace. Hermosas alamedas que conducían por páramos de sombra y de fragancia: cañadas que se abrían, como para ofrecer á la resolana un campo de recreo: temples que se alzaban en los parajes mismos donde la ima-

ginacion los hubiera elevado: y fuentes y lagos, en alternado movimiento é inercia, ora jugueteando en el verdor amoroso, ora durmiendo tranquilamente en su abrazo, constituian los principales adornos que diversificaban estos bellos jardines; los cuales hallándose animados en esta ocasion con todo lo hermoso y discreto que ecsistia en Atenas, presentaban una escena que no habia podido anticipar mi fantasia juvenil á pesar de hallarse enriquecida con las imágenes mas bellas y lujosas.

Las ceremonias del dia comenzaron al despuntar el alba: y los discipulos que tenian sus moradas dentro del recinto de los jardines, fieles á la costumbre de los tiempos mas simples y afortunados, llevaron la efigie de nuestro fundador de una á otra estancia, entonando himnos en loor de lo que hacia tiempo habiamos cesado de imitar, esto es, de su frugalidad y templanza.

En torno de un hermoso lago, hácia el centro del Jardin, habia cuatro glorietas dóricas, en una de las cuales se hallaba una biblioteca que contenia todas las obras maestras de la literatura helénica: al paso que en las otras tres, la conversacion, el canto y la danza celebraban sus ritos, sin molestarse ni interrumpirse. En la biblioteca estaban coloca-

dos los bustos de todos los mas ilustres epicureos, tanto romanos como griegos, Horacio, Atico, Plinio el Mayor, el poeta Lucregio, Luciano, y el biógrafo de los filósofos Diógenes Laercio, á quien hacia poco tiempo habiamos perdido. Tambien habia e statuas de mármol de las eminentes sectarias de nuestra escuela, Meoncia y su hermosa hija Danae, Temista Filenis y otras.

En la mañana de la fiesta, con motivo de mi destino de gefe, recibí las felicitaciones del dia, de los labios mas preciosos de Atenas: y al pronunciar el discurso de costumbre en honra de nuestro maestro, y en el cual era preciso detenerse sobre las doctrinas que inculcaba, procuré adquirir el arte (tan útil para hablar en público) de derramar en los asuntos mas serios un encanto que asegura la atención del auditorio, aun cuando pertenece á la clase mas ignorante y distraida.

Aunque el estudio, como puede suponerse ocupó una porcion muy pequeña de la mañana, sin embargo, la parte mas frivola de las ciencias, esto es; aquella cantidad de su miel ática para cuyas libaciones no se ve obligada la abeja á profundizar mucho en la flor, no dejaba de hallar celosos cultivadores. Hasta en esta laudable ocupacion hallaba el discípulo las distracciones, enemigas capitales del re-

cogimiento de la imaginacion; y á mas de uno de mis hermosos alumnos le sucedieron aventuras como la siguiente, que fue descrita por uno de los poetas del jardin, copiándola de natural.

Por cima del lago la tarde melosa  
Del pardo templete la sombra estendia,  
Y abajo una jóven Corintia graciosa  
Sentada en las gradas de mármol habia.  
La bella, un volúmen atenta hojeaba.  
Mientras á su lado un sabio doncel  
De su sien retirando los rizos, cuidaba  
Que no sombreasen del todo el papel.

Lo mas esquisito de nuestra festividad se habia reservado para la caida de la tarde. Todo el Jardin se hallaba iluminado con la variedad mas elegante y costosa: mientras que sobre el lago de los templetes, cubierto de guirnaldas de flores, se deslizaban varios esquifes cargados de hermosos niños; que parecian flotar en una liquida pradera.

Entre dos de estos bateles se sostenia un combate perpetuo: sus respectivos comandantes, que eran dos jóvenes de hermosa figura, representaban á Eros y á Anteros; aquel el amor celestial de los Platónicos, y este el espíritu terreno que usurpa el nombre de amor

entre los Épicúreos. Duró la lúcha toda la tarde con varios sucesos conservándose Eros á respetable distancia de su más fogoso antagonista, para ponerse á cubierto de los dardos de fuego que este le asesaba sin cesar, pero los cuales no alcanzando á su blanco, caian en el lago, y no hacian mas que chamúscar las flores entre las cuales se estinguian.

En otra parte de los jardines, sobre una anchurosa y verde esplanada que solo iluminaban los rayos de la luna, imitaban las carreras de antorcha de las Lanateneas unos cuantos niños escogidos por su ligereza, y adornados con alas á imitacion de cupidos; mientras que á corta distancia un grupo de siete ninfas, cada una con su estrella en la frente, representaba los movimientos del coro planetario, y verificaba con sus cánticos y movimientos el sueño pitagóreo.

En cada punto del Jardin algun nuevo hechizo encantaba la vista ó el oido. A veces desde el seno de un bosque, del cual al mismo tiempo brotaba una fuente, salia la voz de la música, que mezclándose con el murmullo del agua, semejaba al acento del espíritu tutelar de sus raudales: al paso que otras veces el melodioso concierto parecia nacer de entre las flores, ó proceder súbitamente

de algun antro subterráneo, como si el pie hubiese acabado de pisar algun resorte que dirigiese sus movimientos.

Parecerá extraño que me defenga ahora en estas descripciones minuciosas; pero, ah! cuanto tiene relacion con aquella célebre noche y hasta sus mismas locuras de que hace tanto tiempo me he arrepentido, deben ser siempre interesantes para mi alma. Concluyó la festividad con un banquete, presidido por mi, como debia esperarse; y como conoci que yo era el espiritu que influia sobre aquella escena, animé todo cuanto me rodeaba.

## CAPITULO II.

Concluyóse la festividad, y cesaron el concierto de la música y el rumor de la danza, dejándome solo en aquellos lujosos jardines. Aunque yo era un zeloso y activo sectario del deleite, me habia dado la naturaleza un carácter muy propenso á la melancolia, y una imaginacion que suscitaba en mi pensamientos tristes, en medio del placer y de la algazara, arrojando la sombra de lo futuro sobre las ilusiones mas halagüeñas de lo presente. La melancolia era en mi alma hermana de la pasion, y jamás se desunian, aun cuan-

do estuviese la última en su mayor entusiasmo. Desde el momento en que fui capaz de reflexión y de sensaciones, una oscura y dilatada hebra atravesaba toda la trama de mi existencia: y las imágenes de la muerte y del anonamamiento se había mezclado á las escenas mas encantadoras á que la carrera del placer me conducia. Hasta mi misma sed de deleites no servia mas que para profundizar estas tenebrosas ideas; pues que hallándome proscrito por mi creencia, de una vida futura, y limitándose mis esperanzas al estrecho horizonte de la presente, cada instante de placer adquiria para mi un lúgubre aspecto; y el deleite, semejante á la flor que brota en el cementerio, debia toda su hermosura á la circunstancia de hallarse tan contiguo á la muerte.

En esta misma noche parecia haberse completado mi felicidad y mi triunfo. Habia sido el genio presidente de aquella escena voluptuosa. Tanto mi ambicion quanto mi amor al placer habian bebido hasta saciarse de la copa que anhelaban. Obsequiado por los sabios y amado por las hermosas, habia visto en cuantos ojos se encontraban con los míos, ó al confesion de triunfos ganados, ó la promesa de otros mas brillantes que me aguardaban. Sin embargo, los mismos lúgubres pensamientos se ofrecian á mi imaginacion aun en me-

dio de estos placeres, y á cada instante me representaba mi fantasia la moral esencia de mi mismo y de cuanto me rodeaba. Las manos que habia tenido unidas con las mias; los ojos en que habia visto brillar una centella de luz y de vida que jamás debiera extinguirse; los labios que me habian hablado de amor eterno; todo, todo conocí era tan solo la ilusion de un instante, y que nada eterno dejarian de su memoria sino el elocúente silencio de sus cenizas.

Si, ¡ay de mí! no oyera la voz de terror  
Que entre mis placeres parece decir:  
«Quizás cuanto hoy miras en torno lucir  
Comerá mañana gusano roedor; »  
A no ser por este funesto pensar,  
Tan lleno está el mundo de gloria y placer  
Que el cáliz sabria sin tedio beber  
Y en cielo la tierra gozoso tornar.

Tal era la descripcion que yo hacia de mis propias sensaciones, en una de aquellas estrofas fervientes y desarregladas que debian su origen á la fermentacion de mis ideas vacilantes entre la melancolia y el regocijo.

Rara vez habia abandonado mi corazon á una tristeza mas ecsaltada que la que en mí reinaba en aquel momento, mientras que va-

gando pensativo entre las espirantes lámparas y flores del banquete, solo oía resonar el eco de mis propios pasos, en donde pocos minutos antes las mas voluptuosas beldades habian desplegado festiva algazara. La luna estaba todavia sobre el horizonte, el alba aun dormia, y las tranquilas glorias de la noche reinaban en torno mio. Sin seguir una senda determinada continué mi paseo, hasta que me encontré delante de la hermosa efigie de Vénus, con la cual habia adornado nuestros jardines el divino cincel de Alcámenes. Aquella imágen de la muger deificada era el unico idolo á quien se habia doblado mi rodilla. Reclinándome contra el pedestal, alcé los ojos al cielo; y fijándolos tristemente en la luz inextinguible de los astros, cual si procurase leer en su lumbré el lúgubre secreto, «¿porque, preguntéles, ha de ser el hombre el único que perezca, mientras vosotros, menos maravillosos, menos resplandecientes que él, habeis de vivir para siempre en luz inmarcesible? Oh! ¿Porque no ha de haber algun encanto, algun talisman, añadí, que haga inmortal como vosotros el espíritu que nos anima, y abra á sus deseos una carrera como la vuestra, ardiendo sin limites á través del espacio?»

Mientras me entregaba á esta serie de pen-

samientos, aquella lasitud que deja tras si el deleite terrenal, por muy dulce que sea, como si nos quisiera mostrar los groseros que son sus goces mas perfectos, aletargó mis sentidos, y me dejè caer rendido por el sueño al pie de la estatua.

Ni aun el sueño pudo calmar la agitacion de mi espíritu; y se presentó á mi idea una vision, tan bien delineada, que dejó impreso en ella el sello de la verdad. Me imaginé trasportado á una llanura anchurosa y yerma, donde nada habia que diese indicios de ecsistencia. Hasta el cielo que la servia de dosel presentaba, no la idea de las tinieblas, sino la de una luz que habia sido estingnida; y si aquella comarca fuera un trozo de algun antiguo mundo, destrozado y tenebroso, no podia haber ofrecido un aspecto mas árido é inanimado. La única cosa que en este triste páramo parecia ecsistir era una pequeña chispa de fuego que al principio brillaba á lo lejos y al fin se fue lentamente aprocsimando al parage donde yo permanecia. Al acercarse, observé que su debil resplandor procedia de una lámpara que llevaba en la mano un hombre muy venerable y pálido, que se paró delante de mi semejante á un mensagero del sepulcro. Despues del espantoso silencio de algunos iustantes, durante el cual me miró con una melan-

colía que estremeció mi alma: ¡Tú, exclamó; tú que buseas la vida eterna, dirígete á las orillas del oscuro Nilo, y hallarás la vida eterna que buscas!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el color sepulcral de sus mejillas se sonrosó iluminándolas una sonrisa de promesa mas que humana. La pequeña lámpara que tenia en la mano, difundió un esplendor tan abundante que quedó iluminado todo el desierto, hasta la última orla del horizonte, á lo largo de cuyos límites se veían jardines, palacios y obeliscos dorados y brillantes, como las nubes que reciben al sol en su ocaso. Oíase en rededor la música mas melodiosa, y por todas partes se vertía un resplandor tan vivo y variado, que me despertó el exceso de armonía y de luz.

Que los infieles sean supersticiosos no es una anomalia muy rara ni estraordinaria. Creer en la influencia sobrehumana parece indispensable al espíritu; y cuando á este impulso no se le deja correr por su causa demarcado, buscará espontáneamente otro canal. Asi es, que muchos que han dudado de la ecsistencia de un solo Dios, se han colocado bajo el patrocinio de los idolos, de los hados ó de las estrellas. Aunque yo por mi parte, en la ceguera de mi incredulidad, negaba la interven-

cion de la divina Providencia en los accidentes de la vida, daba á los sueños un crédito implícito, que en vano procuraba destruir mi filosofía. La esperiencia contribuia á confirmar mi ilusion: pues que, en virtud de algunas coincidencias casuales, que tantas veces han dado reputacion á los adivinos y agoreros paganos, los sueños habian sido para mi algunas veces

Mas que de tripode oráculos sinceros.

Mas que tortola y roble verdaderos.

No es pues extraño que esta vision de la noche, que pulsó una cuerda dispuesta á vibrar fácilmente hubiese hecho en mí una impresion extraordinaria, arraigándola mas y mas en mi memoria cada esfuerzo que para olvidarla hacia. En vano me burlaba de mi propia debilidad, pues rara vez es sincera la mofa que uno quiere hacer de si mismo. En vano me entregué á mis placeres acostumbrados: su aliciente era vivificador, como solia; pero siempre despertaba en mi alma el recuerdo de la mortalidad, y con él la memoria de la promesa visionaria, que se adheria á mi corazón á despecho de todo raciocinio.

A veces daba suelta á mis reflexiones, que solo eran una continuacion de mi sueño.

Aun me figuraba que podría ecsistir un secreto, en virtud del cual la juventud pudiera, ya que no perpetuase, prolongarse á lo menos, apartando así por un rato la terrible vecindad de la muerte, dentro de cuyo círculo el amor languidece y el placer se marchita. ¿Quién sabe, exclamaba yo, si en Egipto, en aquella tierra de portentos, donde el misterio solo ha revelado hasta ahora la mitad de sus tesoros, donde aun permanecen indescifrados tantos oscuros secretos del mndo anti-diluviano sobre columnas de Set, quien sabe si ya será oculto algun hechizo, algun talisman, cuyo descubrimiento solo aguarda mi llegada; como aquel espectro me ha prometido: alguna composicion de los mismos átomos incorruptibles que centellean en los eiernos astros, y cuya virtud infundida en la máquina humana, pudiera hacer al hombre como ellos eterno é inmarcesible?»

Asi rraciocinaba yo, ó mas bien se disparaba mi fantasia, cuando la vida agitada que habia llevado hasta entonces, obrando sobre mi ardiente sangre y fogosa imaginacion, produjo en mí un delirio, durante el cual no era dueño de mis acciones. Esta estravagancia tambien no dejó de acrecentarse con la constante lucha entre mis sensaciones naturales, y la fria mortal creencia de mi secta: mientras que, procuran-

do escapar de sus cadenas aniquiladoras, solo conseguia arrojar me en el caos de las ilusiones y de la fábula.

Sin embargo, en mis momentos apacibles y tranquilos me perseguia sin cesar mi extraordinaria vision: vanos eran cuantos esfuerzos hacia mi alma para desecharla: y conclui al fin, que el mejor medio de hallar descanso era visitar el Egipto, seguro de que frustradas sus ideas insensatas, hallaria mi demencia algun reposo en la razon. Valime pues de la primera oportunidad para declarar á mis asociados que era mi intento pasar al pais de las pirámides, sin revelar á ninguno de ellos el impulso vago y visionario que á ello me movia. Di por disculpa que el deseo de instruirme motivaba mi viaje al paso que ellos átribuyeron á los placeres el objeto de mi romeria. Se temió que el interés de la escuela padeciese mucho con mi marcha, y tambien habia ciertos compromisos de una clase mas deliciosa, á los cuales se supuso perjudicaria aun mas mi ausencia. El primero de estos inconvenientes se salvó nombrando un sustituto, al paso que el segundo se hizo mas tolerable con una bien distribuida porcion de suspiros y juramentos. Habiéndome provisto de recomendaciones para todas las ciudades de Egipto me embarqué dirigiéndome á Alejandria, en el verano del año 257. A. D.

## CAPITULO III.

Para el que estando en tierra sabia sacar grande partido de todos los momentos, un viaje por mar, aunque próspero y en popa, parecia seguramente el modo menos agradable de pasar el tiempo. ¡Cuantas veces al costear las islas de aquellos mares, las poblaba mi imaginacion de criaturas de delicadas formas y corazones bondadosos! y con qué placer me hubiera detenido en aquellos lugares para rendirlas el homenaje que merecian! El viento, empero, soplabo directamente hácia la tierra misteriosa; y aun mas potente que él, sentia una voz en mi interior que sin cesar me gritaba: «adelante».

Al acercarnos á la costa egipcia, nuestro rumbo empezó á hacerse menos favorable, y tuvimos una muestra de la benevolencia de las deidades del Nilo en el obsequio que nos hicieron de una borrasca, ó mas bien de un huracan que hizo peligrar la nave, y cuyo fenómeno decian los Egipcios de nuestro bordo era obra

---

de su dios Tifon. Despues de un dia y noche de inminente riesgo, durante cuyo tiempo seguimos nuestro derrotero hácia Levante, llegó á prevalecer en el cielo alguna influencia mas benigna: y al fin, cuando despuntó la fresca mañana, nos hallamos en frente de la hermosa ciudad de Alejandria, que se alzaba orgullosa del seno de las aguas, y parecia presentar á los ojos del viajero el palacio de los reyes, el pórtico de cuatrocientas columnas, y el elegante pilar de pilares que descollaba en medio de los demas edificios.

Despues de haber contemplado esta magnífica vista, bogamos rápidamente la peña de Faros, y en pocos momentos nos hallamos en la bahía de Eunosto. El sol habia ya salido, pero aun continuaba ardiendo el fanal sobre la torre de la peña; y se notaba cierta languidez en el primer despertar de aquella ciudad voluptuosa, cuyos templos y casas yacian brillando en silencio alrededor de la bahia, que atestiguaba asáz claramente la festividad de la pasada noche.

Pronto nos hallamos desembarcados en el muelle, y al caminar por una hilera de palacios y de santuarios, que forman la calle que conduce desde el mar á la puerta de Canopo, á pesar de hallarme tan reciente [trasladado de mi elegante Atenas, no pude menos de admirar

la escena que me rodeaba, sorprendido mas bien por su novedad que por su magnificencia. Los deleites y pompas que la ciudad ofrecia no podian menos de cautivar en aquel instante mi imaginacion. Quanto me rodeaba me parecia asegurar algun deleite. Hasta las formas de la arquitectura anticipaban á mi alma epicúrea la vista de otras gracias mimadas; y hasta la soñolienta seducción de los bosque y de los templos pintaba á mi imaginacion los misterios mas tiernos y sentimentales. A medida que se animaba en mi contorno toda esta brillante escena, me figuraba que aun cuando el Egipto no me proporcionase la anhelada esperanza de alargar la vida, me enseñaria al menos el arte de multiplicar sus goces.

La poblacion de Alejandria, en este periodo, constaba de la mezcla mas anómala de naciones, religiones y sectas, que jamás ha visto en su recinto ciudad alguna. Cerca de la escuela del platónico griego, se alzaba el oratorio del judio arbulista; al paso que la iglesia del cristiano se encumbraba modesta y sencilla sobre las criptas del egipcio hierofanta. Aqui el adorador del fuego, venido del Oriente, se burlaba de la supersticion del pagano occidental, que rendia su homenaje á un gato. Allí un profesor ofita se veia gravemente hincado delante de su serpiente, al paso que mas allá, con-

igual fervor un nicosiano sostenia que no habia salvacion fuera de los limites del alfabeto griego.

Sin embargo, despues de haber dado una rápida ojeada á estos objetos, que entonces llamaban muy poco mi atencion, determiné entregarme sin reserva á las seducciones que me ofrecia la ciudad mas voluptuosa de la tierra. Ya me habia precedido mi reputacion como filósofo y sectario del deleite: Alejandria, segunda Atenas del mundo, se dió el parabien de mi llegada; y mi celebridad era un talisman que me abria las puertas y los corazones. Se me dispensó el primer noviciado de conocimiento social, y no solo las relaciones, sino las amistades y los amores se maduraban á mi paso, con tanta rapidez como brota la vegetacion en los terrenos que ha inundado el Nilo. La tez morena de las bellezas egipcias tenia una novedad á mis ojos que realzaba sus demas encantos; y el color con que pintaba el sol sus redondas mejillas, daba indicios del ardor que abrasaba sus corazones.

La parda fruta que el carmin colora  
Muestra cuanta dulzura en ellas mora.

Deslizáronse algunas semanas entre placeres tan ininterrumpidos y variados que hasta

la voz melancólica que resonaba en mi corazón era rara vez oída, y pronto espiró en la melodía de las voces de sirena que me rodeaban. Sin embargo, á medida que se fué desgastando la novedad de estas escenas, las mismas tenebrosas ideas volvieron á mezclarse en mis deleites y un incidente que ocurrió durante uno de mis ratos mas alegres, contribuyó aun mas á profundizar sus tinieblas.

Celebróse durante mi permanencia la festividad anual de Serápis, y mas de una vez me confundí entre los alegres coros que acudían en aquella ocasion á visitar su templo en Canopo. Dia y noche, todo el tiempo que dura la festividad, el canal que conduce de Alejandria á Canopo está cubierto de lanchas llenas de peregrinos de uno y otro sexo, que se valen de la licencia que concede un dia de festividad á las pasiones de la tierra en honor de las deidades del Egipto.

Regresaba yo á Alejandria, una deliciosa noche. El viento del norte, cuya venida es tan grata, refrescaba el ambiente, mientras que ambas orillas echaban las esencias mas esquisitas de sus bosquecillos de naranjos. Cómo habia dejado en Canopo á toda la muchedumbre mi barca era la única que surcaba el canal; y ya me iba entregando á los pensamientos que suscita la soledad en aquella hora, cuando in-

terrumpió mi distraccion el sonido de algunas voces femeniles, que entre mezclados chillidos y risotadas procedia del jardin de un pabellon que resplandecia vistosamente iluminado, á orillas del canal.

Me acerqué á remo, y observé que la alarma y algazara provenian de unas muchachas retozonas, que intentando alcanzar un ramo de jazmines que crecia cerca del agua, habian estado próximas á caer en la corriente. Apresúreme á ofrecerlas mi auxilio, y pronto conocí por la voz á una de mis bellas amigas de Alejandria, con cuyo motivo salté á tierra, y me hayé en breve rodeado de todo el grupo de muchachas que insistieron en que fuese de la partida, y arrojando alrededor de mí las varillas de jazmin que acababan de coger, me condujeron cautivo poco forzado á la sala del banquete.

Hallé en ella reunida la flor de la sociedad de Alejandria. La sorpresa de la visita aumentó nuestro mutuo placer, y rara vez me habia hallado en tan buena posicion así para disfrutar, como para contribuir al placer de los otros.

Entre los convidados habia algunas jóvenes griegas que tenian puestos sus velos, segun la costumbre de su pais: pero mas bien para realzar que para ocultar su belleza cuyos en

cantos se traslucian á través de tan delicada nube. Habia sin embargo una muger que llamó principalmente mi atencion. Tenia en la cabeza una corona de flores de color oscuro, y se mantuvo durante todo el banquete en profundo silencio, con el velo echado. Observé que nada le interesaba de cuanto oia; que nadie le dirigia la palabra; y que en fin, tanto los manjares como los vinos pasaban por delante de ella sin probarlos. Esta aparente abstraccion en medio de una escena tan animada, y que solo á mi parecia ocuparme, me chocó por misteriosa y estraña. Le pregunté á la hermosa que estaba inmediata á mi la causa de tanta reserva pero ella me miró con gravedad y nada contestó á mi pregunta.

Circulaban en tanto la copa y la lira: y una doncella ateniense, cual si la hubiese inspirado entusiasmo la presencia de su compatriota, cantó varias odas griegas con tan exquisito sentimiento, que hizo retroceder mi imaginacion á las márgenes del lliso: y aun en el seno mismo de los presentes deleites, arrancó de mi pecho un suspiro por aquellos que ya habian pasado. Habia amanecido cuando se disolvió nuestra deliciosa reunion, y nos embarcamos con disgusto para volver á la ciudad. Ibamos á dejar la orilla, cuando la bella Griega echó de menos su lira; y yo, en cuyo

corazón aun resonaban sus notas melodiosas, salté en tierra y corri presuroso á buscarla en la sala del banquete, la cual estaba entonces solitaria y sombría. Pero ¡cual fue mi sorpresa al hallar en ella aun sentada á la silenciosa figura que durante la noche habia despertado tanto mi curiosidad! Apoderóse de mi una sensacion inesplicable de temor, y me acerqué á ella con lentitud. No tenia movimiento, ni respiracion; y ni aun se movia la hoja mas leve de su hosca guirnalda. A favor del reflejo de una espirante lámpara que ardia inmediata á la figura, alcé, con vacilante mano el velo, y descubri... lo que mi imaginacion habia ya previsto. ¡El cuerpo que cubria estaba ecsánime, y era un mero esqueleto! Sorprendido y horrorizado; gané la orilla á toda carrera llevándome la lira, y en todo el resto del viaje permaneci tan silencioso como la figura que habia causado mi sorpresa.

Esta costumbre de los egipcios de colocar en la mesa de banquete una momia ó un esqueleto, se habia casi del todo abolido, excepto en ciertas ceremonias particulares: y aun en estas ocasiones solian los voluptuosos alejandrinos disfrazar del modo descrito este recuerdo de nuestra mortalidad. Mas á mi, que no estaba preparado para semejante espectá-

culo, me hizo tanta impresion su vista, que tardé mucho tiempo en recuperar la jovialidad acostumbrada. Este silencioso y tremendo atestiguoador de nuestra algazara, parecia, por decirlo asi, materializar el espectro que se albergaba en mi propio corazon. Los caracteres del sepulcro quedaban ahora estampados en la idea que me perseguia, y esta pintura de lo que yo mismo *habia de ser* algun dia, anublaba la perspectiva mas risueña de lo que *era* en la actualidad.

Presentóseme entonces con colores mas vivos que nunca la memoria de mi sueño: la sonrisa brillante y animadora del espíritu venerable, y sus palabras «dirigete á las orillas del Nilo, y hallarás la vida eterna que buscas,» estaban continuamente en mi imaginacion. Mas ay! hasta entonces ningun paso habia yo dado para lograr sus promesas. Alejandria no era Egipto, ni aun ecsistia el suelo sobre el cual está fundada, cuando ya Tébas y Ménfis habian contado siglos enteros de gloria.

«Debajo de las pirámides de Ménfis, esclamé, ó en los salones misticos del laberinto, es donde debo buscar aquellos sagrados arcanos de la ciencia que ha heredado el Egipto del mundo anti-diluviano, y entre los cuales, tal vez... idea feliz... yázga la llave de la vida eterna».

Lleno de estas ideas, me despedí de mis amigos de Alejandria y parti para Ménfis.

## CAPITULO IV.

De todos los países del mundo, el Egipto era el mas á propósito para afectar un alma como la mia, produciendo una sensacion en mi temperamento y fantasia, que conservaba esquisitamente despierta la sensibilidad de entrambos. Donde quiera que me dirigia se presetaban á mi vista el jardin y el desierto mezclando su desolacion y lozania. Veia la amorosa enramada y el sepulcro colocados uno junto al otro, y el placer y la muerte relevándose alternativamente en su dominio. La misma belleza del clima manifestaba esta influencia desanimadora: el monótono esplendor de los dias y el solemne brillo de las noches tendian á fomentar aquella ardiente melancolia, fruto de la pasion y de las reflexiones, y que por tanto tiempo habia morado en lo intimo de mi alma.

Cuando sali de Alejandria, estaba; en su mayor fuerza la inundacion del Nilo, que cubria todo el valle de Egipto; y al ver alrededor de mí, á la luz del sol poniente, tantos santuarios, palacios y monumentos, rodeados de las aguas, casi llegué á convencerme de que veian mis ojos hundirse la isla de Allántida, la última tarde que sus templos estuvieron visibles sobre las olas. Por todas partes se me presentaban mil escenas tan animadas como encantadoras.

Embelesado con la hermosa perspectiva hice mil detenciones en mi viaje, y visité todos los lugares venerables y hechiceros cuyos nombres han sido consagrados por la admiracion de los siglos. En Sais asisti á la festividad de las Lámparas, y á favor de la luz que despedian una infinidad de antorchas, lei aquellas palabras sublimes escritas en el templo de Neitha: «Yo soy todo lo que ha sido, es y será, y nadie ha podido nunca levantar mi velo.» Paseéme entre los derrocados obeliscos de Heliópolis, y vi no sin suspirar, al sol sonriéndose sobre sus ruinas, cual si se mofase de la fábrica perecedera de grandeza que en algun tiempo se apellidara orgullosa «la ciudad del Sol.» Mi favorita romeria era á la isla de la Vénus de oro, y al recorrer sus arboledas, en donde las enramadas son los únicos templos

de la diosa, conocí que eran mucho más á propósito los ramajes siempre vivos del jardín y del bosque para formar el santuario de semejante deidad, que las columnas más preciosa que puede ofrecer la inanimada cantera.

En todas partes me guardaban nuevos placeres, nuevas escenas de interés; y aunque la melancolía, según costumbre, estaba siempre á mi lado, su sombra sólo cubría la mitad de mi vagamunda vereda, y dejaba lo demás más gratamente iluminado con el contraste. Referir mis varias aventuras durante este corto viaje, sería retardar la narración de otros acontecimientos mucho más dignos de recuerdo. En medio de una variedad tan infinita de alicientes olvidé el grande objeto de mi viaje: los arcanos del país del sol quedarán para mí tan misteriosos como siempre, y hasta entonces sus placeres eran la única cosa en que me había iniciado.

Hasta la tarde no me hallé delante de las pirámides de Ménfis, viéndolas alzarse encumbradas, semejantes á las atalayas del tiempo desde las cuales al espirar este dirigirá á la creación su última mirada; hasta aquel momento el sólemne secreto no volvió á ofrecerse á mis ideas, envuelto en sus tinieblas inescrutables. Había cierta solemnidad en la resplandeciente solana de estos monumentos, cierta imponen

te quietud, en el ambiente que los circun- da, que se deslizaba en mi corazón semejante á la música de los pasados tiempos. Reflexioné que muchedumbres de valientes, de sabios, y de hermosas se habían convertido en polvo desde que por la vez primera miró la tierra estas maravillas: y exclamé en la amargura de mi alma: «¿Solo el hombre ha de perecer? ¿Deberán anonadarse los corazones y los entendimientos, mientras que permanecen unas pirámides? ¡Oh muerte, muerte! hasta en estos libros perdurables, único paso que hacía la eternidad pudieron comprar los reyes con sus tesoros, has escrito nuestro destino, diciendo unas palabras inteligibles y tremendas ¡La única mansión eterna destinada al hombre es el sepulcro!»

Desmayóse mi corazón al reflexionarlo, y cedí un momento á la sensación desoladora que se apodera del alma cuando no la ilumina la luz de lo futuro: pero llegó á prevalecer mi natural temperamento: y de nuevo, dejándome engañar voluntariamente por falsas ilusiones, cedí á la creencia de cuanto mas halagaba mis deseos, con aquella feliz facilidad que sustituye la imaginación á la verdadera dicha. «Sí, exclamé, la inmortalidad ha de estar precisamente al alcance del hombre: y como solo la sabiduría es digna de seme-

jante ventura, solo á los sabios se habrá revelado el grandioso secreto. Dicen que por muchos siglos haya sido sepultada profundamente debajo de aquella pirámide la tabla de esmeralda sobre la cual él tres veces grande Hermes grabò antes del diluvio el secreto de alquimia, para convertir en oro otra cualquiera sustancia. ¿Y porqué no ha de estar recordado allí tambien el secreto mas divino de sujetar la duracion de la vida á la voluntad del hombre? Los reyes que descansan en estas fábricas macizas ¿escayaron á fuerza de oro, la tierra hasta su centro, y elevaron canteras hasta el cielo, solo para proporcionarse sepulcros que durasen mas que el universo? ¿Quien sabe si tambien les fue concedido el don de la inmortalidad? quien si ellos mismos existen todavia triunfando del comun anonadamiento, al paso que esas mansiones que nosotros llamamos sepulcros, serán tal vez ricos eternos palacios, en cuyo seno aun ecsisten disfrutando con unos pocos participes de tan preciosa dádiva, de un Eliseo iluminado, aunque no con los rayos del sol? A qué estas estructuras? á que ese reino subterráneo con que está minado todo el valle del Egipto? á qué esos laberintos que ningun mortal ha esplorado jamás, que ninguna deidad ha visitado, excepto el dios que lleva el dedo al sonrosado

labios?»

Mientras me entregaba á estas ilusiones, el sol, medio hundido debajo del horizonte se despedía tranquila y majestuosamente de las pirámides, como lo había hecho, siglo tras de siglo, hasta que habían llegado á serle tan familiares como la misma tierra. Por el lado que miraba hacia sus resplandores, presentaban un frontis de deslumbradora blancura, al paso que por el opuesto, sus gigantescas sombras, estendiéndose hacia el Oriente, parecían las primeras huellas de la noche, apresurándose á embozar su lóbrego manto los montes de la Arabia.

Apenas desaparecieron los últimos rayos del sol, cuando en todos los terrados de Menfis se vieron flamear mil pintadas banderolas para anunciar su ocaso, mientras que salió de todos los templos que adornaban las márgenes un concertado ruido de armoniosa música.

Disipado mis éstasis con estos sonidos; recordé que en aquella noche iba á celebrarse la gran festividad de la luna. El templo de esta diosa estaba situado en una isla, á medio camino entre los jardines de Menfis, y la playa de Oriente.

De esta diosa cuyos rayos conducen risueños

La blanda hora de flores y de sueños:  
No tu Diana del norte que encadenas  
En frío Vestal las juveniles venas,  
Si no tú que frecuentas el gozoso  
Bosque Bubastio; y en tu cielo hermoso  
Confiesas que nada hay ni puede hallarse  
Que con amor mérezca compararse.

Tal fué mi exclamacion, con las palabras de uno de los poetas egipcios, mientras que anticipando las varias delicias de la festividad despedí de mi imaginacion todos los pensamientos tristes, y apresurándome á ganar mi barquilla, pues cual ave del Nilo tenia mi vivienda en las aguas, dirigi mi rumbo hácia el aislado templo de la Luna.

## CAPITULO V.

La salida de la luna, que se alzaba con lentitud y magestad, cual si fuese sensible á los honores que en la tierra la aguardaban, fue saludada con recios vitores, que procedian de todas las eminencias, cubiertas de la innumerable muchedumbre, que aguardaba el primer resplandor de su luz: A la verdad, poca

veces se había levantado para presenciar una escena mas hechicera. Menfis, todavia grande, aunque no ya aquella Menfis sin rival que, habia despojado á Tebas de la corona de la supremacia, y ceñidola sin disputa por tantos siglos, suavizada ahora con los melosos rayos de la luna, que tanto armonizaban con su decadencia, resplandecia en medio de sus lagos, de sus pirámides y de sus templos, semejante á un sueño de gloria que debia en breve desvanecerse. La destruccion, aun en aquel momento, estaba demasiado visible en su contorno. Las arenas del desierto libico ban ganando terreno sobre ella, cual un mar usurpador; y entre solitarias columnas y esfinges, medio hundidas y sepultadas, parecia que el Tiempo estaba aguardando á que todo lo que en su rededor florecia, cayese como lo demas bajo su guadaña desoladora.

Sobre las aguas todo era vida, todo regocijo. Hasta donde la vista podia alcanzar, se divisaban innumerables bateles engarzados sobre la superficie de la corriente como otros tantos rubies. Barcos de toda clase, desde la ligera canoa construida á propósito para descender por las cataratas, hasta la anchurosa falúa que se desliza al sonido de las flautas, volaban dirigiéndose á esta sagrada fiesta, y conducian turbas de hermosos y festivos jóve-

nes, no solo procedentes de Méfis y de Babilonia, sino de otras ciudades mucho mas lejanas.

Al acercarme á la isla, descubri reluciendo entre los árboles de sus riberas las lámparas de los romeros que acudian á la ceremonia. Tomé tierra siguiendo la direccion que sus luces me señalaban, y pronto me hallé mezclado con la multitud: y atravesando una larga calle de esfinges, cuyo mármol resplandecía entre los hoscós sicómoros que las rodeaban, llegué al grandioso vestibulo del templo, donde ya habian comenzado las ceremonias de la noche.

En este vasto salon, que estaba circuido de una doble ilera de columnas, y tenia el techo descubierto, vi un grupo de virgenes moviéndose con mesurado paso como entré paseo y danza, en torno de un camarín, sobre el cual habia una de aquellas aves consagradas á la luna á causa del matiz de su plumaje. El vestibulo estaba débilmente alumbrado, pues solo habia una lámpara de nafta en cada una de las columnas que la rodeaban. Me coloqué junto á uno de los pilares por donde pasaban las jóvenes que componian la danza, y podia verlas á mi satisfaccion.

Su ropaje largo y gracioso era mas blanco que la nieve; y cada una llevaba una sona ó

cinturón azul oscuro, muy holgado y cubierto de estrellitas de plata, como suelen verse los cielos á media noche. La nevosa azucena del Nilo estaba entretejida con sus cabellos de ébano; pues se supone que esta flor es tan grata á la luna, como lo es al sol el boton dorado de la hada egipcia. A medida que iban pasando por debajo de la lámpara, salia de sus pechos un rayo de luz, el cual procedia segun observé, del reflejo de un espejito que á manera de las mugeres de Oriente, llevaban todas colgado del cuello, y fijado debajo del brazo izquierdo.

Sus pasos no se arreglaban al son de la música: sino que al dar sus graciosas vueltas en torno del ave que sobre el camarín estaba posada, algunas con el sacudimiento de la castañuela, y otras con el agudo sonido del sistro arreglaban á su compás armonioso el movimiento de las pisadas; mientras que otras á cada paso sacudían una cadenita de plata, cuyo sonido mezclándose con el de las castañuelas y de los sistros, producía una música ruidosa aunque no desagradable.

Todas me parecieron amables; pero habia una á cuyo rostro no habia llegado la luz, porque lo tenia fijo en el suelo; y la cual atrajo al fin toda mi atención. Sin saber la causa, hallé un cireto aliciente en aquellas fac-

ciones medio ocultas, un atractivo hasta en la misma sombra que velara su supuesta hermosura, que me cautivó mucho mas que toda la belleza que tan al descubierto vi brillar en sus compañeras. Tan arrebatada quedo mi imaginacion con esta reserva misteriosa, que de todo el grupo solo á ella veia, solo en ella pensaba, á ella solo seguian mis ojos, mientras que con la misma deprimida mirada triscaba en torno del altar con planta ligera y suave, como si su presencia, semejante á la de un espíritu, pudiese mas bien sentirse que verse.

De repente el recio estruendo de mil timbalos estremeció el edificio: retrocedieron las macizas puertas del templo, como si fuera por magia, y un torrente de esplendor procedente de la ilumina la nave llenó todo el vestibulo, mientras que al mismo instante, cual si la luz y la musica hubiesen nacido á la par vino envuelto en los resplandores un arranque de la más grandiosa armonia.

Con el auxilio de aquella luz, que se deramó sobre las facciones de la dencella, la cual sorprendida por el súbito relámpago bajó los ojos al pórtico y con la misma prontitud volvió á bajarlos, ví lo que ni aun mi ec-saltada imaginacion, en sus sueños mas vivo<sup>s</sup> de belleza, habia podido figurarse.

Ni la misma Psiquis, cuando se detuvo un instante en los umbrales del cielo, mientras sus primeras glorias herian sus deslumbrados párpados, pudo haber parecido mas hermosa ni sonrojádose con un rubor mas inocente, aunque muchas veces habia ya experimentado el poder de una mirada, jamás ojo alguno habia penetrado tan profundamente mi corazón. Una nueva sensacion, un nuevo sentido era el que me heria con tan súbita ejecucion como el resplandor del vestibulo, llenando á uu mismo tiempo todo mi sér; y si aquella vision hubiera permanecido otro momento delante de mis ojos, habria olvidado quien era y el paraje en que me hallaba, arrojándome á sus pies en postrada adoracion.

Mas apenas rompió la armoniosa música cuando el ave sagrada, que hasta entonces habia permanecido inmóvil como una estatua estendió las alas, y dirigió su vuelo al templo, escoltada por sus jóvenes adoradoras, que la siguieron con una ligereza semejante á la suya, desapareciendo con los demas aquella que habia escitado en mi pecho una impresion tan indeleble. Al pasar la hermosa bailarina junto al pilar en que yo estaba apoyado, la hiedra que lo ceñia se le enredó en el ropaje, y desprendió de él uno de sus adornos; que cayó al suelo. Este era el espejito que habia

yo visto brillar en su pecho. Recogilo con mano presurosa y trémula, y corri tras ella para devolvérselo; pero ya había desaparecido entre la comitiva.

En vano procuré seguirla: ya estaban las naves llenas de gente, y una multitud de romeros se dirigian presurosos hácia el portal. Los servidores del templo impedian la entrada á los mas rezagados; y al presentarme yo, me hicieron retroceder cerrando el paso con sus varas blancas. Confuso é irritado entre la turba de rostros desconocidos, y considerando como enemigos á cuantos me estorbaban el paso, me puse de puntillas para registrar las bulliciosas naves, y mi corazon palpitaba al coger mis ojos de cuando en cuando la momentánea vislumbre de alguna estrellada zona, ó de alguna guirnalda de luto, que me inducia á creer que habia descubierto el objeto de mis ansias; mas fueron vanos todos mis esfuerzos.

En este estado de anhelosa agitacion permanecí durante algunos momentos, trastornado con la confusion de caras y de luces, así como también con las nubes de incienso que rodaban en mi contorno, hasta que desazonada é impaciente, no pude sufrir mas. Abriéndome paso por entre la turba, sali al aire libre y atravesando presuroso la calle de las esfinges llegué á la ribera y me acogi á mi batel.

Hay al norte de Ménfis un solitario lago que en aquella estacion del año se mezcla con lo restante de las aguas, y en cuyas márgenes está Necrópolis, ó la ciudad de los muertos; lugar de lúgubre grandeza y cubierto de santuarios y pirámides, en donde mas de una cabeza regia, angusta hasta en la muerte, ha estado aguardando siglos enteros la resurreccion de sus marchitas glorias. Una fila de grutas sepulcrales sirve de tumba á las moradores mas humildes de esta lóbrega ciudad los cuales presentan á las generaciones que los visitan el mismo aspecto y las mismas facciones que hace tantos siglos los distinguieron. Cuantos árboles y plantas están consagrados á la muerte, desde la flor del asfodelo hasta el plátano místico prestan su perfume ó su sombra á este cementerio; y el único ruido que turba su tranquilidad eterna, es el murmullo de los sacerdotes, que rezaban en tono lúgubre sus preces cuando llega á la ciudad silenciosa algun nuevo habitante.

Hácia este palacio de la muerte, en un templo de alma medio animada medio tenebrosa, como de caslumbre, dirigi mi barca casi maquinalmente. La forma de la jóven sacerdotisa no se habia apartado un momento de mi imaginacion, ni borrado de mi pecho aquella penetrante mirada, de mas precio para mi que to-

das gracias juntas de sus compañeras. Absorto en semejantes pensamientos, seguí remando, sin saber apenas el rumbo que trazaba, hasta que sobrecogido al hallarme entre la sombra de la ciudad de los muertos, alcé los ojos, y vi elevarse ante mí, pirámide sobre pirámide, cuya altura iba aumentándose progresivamente mientras que entre todas descollaba una, sobre cuyo remate parecía descansar la luna como en un pedestal.

Acercándome á la orilla, que estaba bastante elevada para alzar á esta ciudad de los muertos sobre el nivel de la inundacion, descansé los remos, dejando que el batel se meciera vagamente sobre el agua, mientras que mis pensamientos abandonados igualmente á su capricho, fluctuaban con igual libertad. ¡Cuán vagas y diversas fueron las ideas que se deslizaron por mi alma, mezclándose con todas ellas la brillante ilusion del vestibulo! A veces se me presentaba la sacerdotisa, semejante á un espíritu aéreo, y tan puro como si aquel elemento de música y de luz, en el cual la habia yo visto desaparecer, fuese su única morada. A veces, animada de pasión convirtiéndose en criatura humana, me parecia verla dirigirme una mirada de ternura, y que tan solo por un instante de tan deliciosa dicha hubiera yo dado el valor de mundos enteros, y despues, conforme

se apoderaban de mi alma las tenebrosas fantasmás que me perseguian, se me figuraba que la veia helada, marchita y cárdena ennegreciéndose entre las tinieblas de los eternos sepulcros que estaba contemplado.

Volviendo estremecido la espalda al cementerio, me despertó del letargo el salpicar de un remo que ligeramente azotaba las olas; y á los pocos instantes vi pasar precipitado por cerca de mi, y con direccion á la playa, un esquife en que estaban sentadas dos mugeres, muy arropadas y cubiertas de espesos velos. Habiéndolas desembarcado el batel no lejos de donde yo estaba, oculto en la sombra de un monumento, volvió á desatracar y partió con la misma celeridad que habia venido.

Nunca podia serme mas grata que en este momento la perspectiva de una aventura, por hallarse mi alma fraguando para mi corazon unas cadenas cuyos vinculos son los mas difíciles de quebrar el hallarme enamorado de una criatura de mi propia imaginacion, era la peor de todas las locuras, porque habria de ser la mas duradera. Solo la realidad nos puede ofrecer medios de disipar semejante hechizo: y el idolo que yo estaba creando, deberia probablemente permanecer para siempre en idea. Cualquiera ocupacion, por lo tanto que pudiese distraerme de semejantes pensa-

mientos y llevar á mi imaginacion de las varias regiones en que se paseaba á cosas mas sustanciales y verdaderas, era un alivio demasiado oportuno para no abrazarlo con ansioso afan.

Observé la direccion que habian tomado las embozadas, y atando presuroso mi esquiife á la orilla, salté en tierra y las seguí á alguna distancia, sin hacer el mas leve ruido. Siguiéron por varias veredas muy tortuosas: pero la brillante claridad de la luna me permitió conservar siempre á la vista sus blancas formas, mientras que con ligera planta triscaban á través de los monumentos. Desaparecieron al fin en la sombra de una pequeña pirámide, cuyo ápice apenas descollaba entre los árboles que crecian en su contorno. Apresuráme á llegar al sitio, pero no habia en él vestigio alguno de persona viviente; y si mi creencia se hubiera entonces estendido á un mundo espiritual habria imaginado que todo habia sido una aparicion enviada desde allí para alucinarme tan súbitamente habia desaparecido. Registré el bosque inmediato, pero todo estaba tan silencioso como la muerte. Ecsaminando por último uno de los costados de la pirámide, la cual tenia gradas hasta cierta altura, hallé que á la mitad del trecho entre el remate y la base, una parte de la superficie, aunque presen-

taba á la vista estar completamente lisa, daba al tacto, segun me parecia, algunos indicios de una oculta abertura.

Despues de varios esfuerz os logré al fin, mas bien por accidente que por habilidad, comprimir el resorte que ocultaba la misteriosa abertura. Al instante corriendose á un lado la portezuela, descubriò en las entrañas de la pirámide una escalera muy angosta, y cuyas dos ó tres gradas primeras se distinguian con la claridad de la luna, mientras las demas estaban envueltas en completa oscuridad. Aunque era difícil imaginarse que las personas á quienes yo habia seguido se hubiesen aventurado á pasar por esta tenebrosa abertura, sin embargo, era aun mas difícil atribuir á otro paraje su repentina desaparicion. Sea como fuere, mi curiosidad estaba demasiado comprometida en la investigacion, para abandonarla tan fácilmente: y habiendo dirigido una festiva oracion á aquella reina del firmamento, amadora de los deleites, cuyos ojos eran los únicos que me estaban observando, atravesé el boquete, y descendí á las entrañas de la pirámide.

## CAPITULO VI.

Al fin de la escalera me hallé en un pasage muy bajo y angosto, y por el cual era casi imposible caminar sin doblar el cuerpo hasta la tierra. Aunque esta galeria me guiaba á una porcion de tortuosos pasadizos, parecia adelantarse, muy poco mi ruta, pues que sus giros eran la mayor parte circulares, y reunian á cada vuelta una intensidad mas profunda de tinieblas.

¿Podrá servir esto de morada á algun racional? me decia á mi mismo; y apenas me hice esta pregunta. cuando hallé que el pasadizo me llevaba á una larga galeria, á cuya estrechidad observé algunas vislumbres de luz. La grata claridad procedia de una celda ó alcoba, en la cual terminaba la pared recta de la galeria; y anhelante de esperanza, me dirigí hácia ella con silenciosas pisadas.

Habiendo llegado al extremo de la galeria. se me presentó una escena, para lo cual no habrian podido prepararme mis esperanzas mas

ecsageradas de aventura. El sitio de donde provenia la luz era una pequeña capilla, cuyo interior pude recorrer con la vista sin ser descubierto, por hallarme envuelto en la sombra de la galeria. Sobre los muros de este oratorio estaban pintados algunos de los diversos simbolos con que describen los Egipcios la historia del alma: el globo alado y su serpiente; los rayos de luz que descienden del cielo en figura de gloria; y el escarábeo tebano del modo que sale de la tierra des pues que han pasado las guas, y cuando el primer rayo del sol cae sobre sus alas regeneradas.

En medio de la capilla habia un pequeño altar de granito; sobre el cual yacia ecsánime un cuerpo de muger, dentro de una urna de cristal, como suelen conservarse los muertos en la Etiopia, y con un rostro tan fresco y bello, como si hiciera pocas horas que el alma le hubiese abandonado. Entre otros emblemas de la muerte, esculpidos sobre el frontis del altar, se veia un ramo delgado de luto, hecho dos pedazos, y la figura de un pajarillo que acababa de tomar su vuelo desde el tallo.

Llamáronme muy poco la atencion estas memorias de la muerte; pues que habia un objeto animado que atrajo enteramente mi vista.

La lámpara que servia para dar luz á toda la capilla, estaba colocada á la cabecera

de la pálida imágen encerrada en la urna, y entre su resplandor y el lugar de mi guarida habia una doncella inclinada sobre el monumento, cual si estuviese contemplando las silenciosas facciones de su moradora. Como la posicion que ocupaba esta elegante figura interceptaba los rayos mas fuertes de la luz, al principio solo pude ver de ella un perfil sombrío é imperfecto. Pero la vista de este bosquejo mal delineado hacia palpar mi pecho, y de esta sensacion tuvo tanta culpa la memoria como la fantasia. Al mudar de postura la cabeza, de modo que iluminase sus facciones un lleno golpe de luz, descubri con trasporte á la jóven sacerdotisa de Isis, á la misma que me habia hechizado, cuando la ví iluminar el recinto en que estaba, y resplandecer como si perteneciese á los sères de otro mundo mas puro.

El movimiento con que me dió ocasion de reconocerla, fue efecto de haber alzado de la urna una crucecita de plata, que estaba sobre el pecho de la inanimada figura. Acercándosela á los lábios, la besó con fervor religioso y elevando en seguida sus ojos tristemente, los fijó con uua espresion sobrehnmana como si estando en aquel instante en directa comunicacion con el cielo, no les llamase la atencion la techumbre ni otra barrera alguna

que los separara de su objeto,

¡Cuán grande es el poder de la inocencia, que no tiene mas salvaguardia que su propia desvalidez, en cuya presencia hasta la pasion misma queda avergonzada, y se convierte en adoradora del ara que habia venido á despojar! Aquella que poco antes se habia presentado á mis ojos como una joya de tanto precio, por cuya posesion hubiera yo aventurado hasta la inmortalidad: aquella á quien gozoso, desde el mismo umbral de su iluminado templo y á la faz de sus orgullosos sacerdotes, habria yo arrebatao en triunfo, desafiando todos los castigos de los Egipcios y de sus impotentes deidades, para hacerla mia, aquella se hallaba ahora en mi presencia, y como puesta á propósito por el hado en aquel paraje, solitaria y hermosa, sin otra proteccion que su inocencia. Mas no: tan imponente era la pureza de toda la escena, tan serena y augusta la defensa que la muerte parecia estender sobre su animada figura, que todas las sensaciones terrenas quedaron olvidadas mientras las contemplaba absorta, y el amor mismo se convertia ecsaltado en reverencia.

Aunque me hallaba estático al presenciar semejante espectáculo, el disfrutarlo á escondidas me pareció un agravio; un sacrilegio; y mas bien que haber permitido que sus ojos se

hubiesen encontrado con los míos; antes que turbar con mi aliento, aquel sagrado silencio en que la juventud y la muerte se comunicaban por medio del amor, habría dejado que se me partiese el corazón, sin ecsalar un suspiro. Con tanto sigilo como si me fuera la vida en cada movimiento, me separé de aquella escena pacífica; y deslizándome por los pasillos y galerías que me habían dado ingreso, volví á ganar la angosta escalera, y ascendí de nuevo á la luz.

El sol acaba de levantarse, y desde la cima de los montes de Arabia derramaba un torrente de esplendor sobre aquel vasto valle de aguas, como si estuviese orgulloso del homenaje tributado á su propia Isis, desvaneciéndose ahora ante la luz mas espléndida de su señor. Mi primer impulso fué huir de este peligroso sitio, y olvidar en nuevos amores y placeres el recuerdo de la escena que había presenciado. «Libre una vez de este mágico círculo, exclamé; no dudo que por medio de nuevas impresiones podré deshacerme en breve del encanto que me alucina.»

Mas ay! cuan vanos fueron mis esfuerzos, cuan inútiles mis resoluciones! Aun mientras que juraba huir, mis pasos se detenían al rededor de la pirámide, mis ojos continuaban vueltos hácia el secreto portal que separaba de mí

vista á la beldad encantadora. Hora tras hora consumi vagando por la ciudad del silencio, hasta que habiendo llegado el sol á la mitad de su carrera se me presentó la tremenda pirámide de pirámides sin arrojar sombra por ningun lado, semejante á un poderoso espíritu.

De nuevo los desenfrenados sentimientos, que por en instante habia acallado su presencia, volvieron á estraviar mi imaginacion. Reprendiame á mi mismo la veneracion que me habia inspirado su presencia, cual si fuera un hechizo. «¡Qué dirian mis compañeros del Jardín, si supieran que su gefe, aquel cuyas huellas ha sembrado de trofeos el amor, estaba ahora perdido por una simple rapazuela egipcia, en cuya presencia no se habia atrevido á dar suelta á un sollozo, y la cual habia vencido al vencedor, sin que ni aun conociese su triunfo.

Ruboriséme al pensar en esta humillacion, determiné aguardar su salida de la pirámide. Era inconceivable que fuese moradora de aquellos tenebrosos subterranos, los cuales me parecian tener otro regreso que la portezuela del monumento. Cual centinela de los muertos, me paseaba arriba y abajo entre estas tumbas, contrastando la fiebre ardorosa que abrasaba mis venas, con la elada tranquilidad de los

que dormitaban en rededor mio.

Al fin, el vivo ardor del sol que vibraba sobre mi cabeza, y aun mas todavia la palpitable agitacion de mis entrañas, se hicieron demasiado fuertes para que pudiese sufrirlas ni aun mi juventud vigorosa. Me dejè caer desfallecido á la base de la pirámide, colocándome directamente debajo de la portezuela, en donde si llegase á sorprenderme el sueño, mi corazon, aun cuando no mi oido, pudiese estar en vela, y sus pisadas por muy ligeras que fuesen, no dejarian de despertarme.

Despues de varios esfuerzos para sacudir el sueño, me quedé al fin dormitando tranquilamente. La misma imágen me perseguia siempre, en todas las formas que podia darle la imaginacion asistida por la memoria. Ya se presentaba á mi idea cual Neituha sentada sobre su treno en Sais, con el velo que recién alzado descubria aquellas facciones que hasta entonces ningun mortal habia contemplado, ya semejante á Rodope la bella encantadora, se me figuraba que la veia salir de la pirámide en que por tantos siglos habia morado.

La bella Rodope en su costosa mina,

Ninfa celeste y peregrina,

Ocultá entre oro estinto y joyas mora,

## De la pirámide señora!

Tanto duró mi sueño entre aquel imperturbable silencio, que cuando desperté vi de nuevo á la luna resplandeciendo sobre el horizonte. Cuanto me rodeaba estaba tan sereno é inanimado como antes, y ningun rastro se descubria sobre el célebre que revelase el tránsito de viviente alguno. Fortalecido con el reposo, y escitada aun mas mi imaginacion con los portentos místicos que habia estado soñando, determiné visitar de nuevo la capilla de la pirámide, y si fuese posible, poner fin á la ilusión que me atormentaba.

Habiéndome hecho mas cuerdo la experiencia de la noche anterior, y temeroso de esponerme de nuevo á los inconvenientes que habia en explorar á oscuras aquellos laberintos, me apresuré á volver á mi batel para proporcionarme luz. En efecto, habiendo vuelto al amarradero, aunque no sin alguna dificultad, hallé en el esquife no solo mi lámpara sino algunos dátiles, y frutas secas, de que siempre tenia buena provision desde que llevaba una vida errante sobre las aguas, y los cuales, despues de tantas horas de abstinencia, eran un recurso apetecible y necesario.

Asi preparado volvi á subir á la pirámide, y estaba palpando la compuerta para ha-

llar el secreto resorte, cuando oí á lo lejos un estruendo lúgubre é imponente, y al cual contestaron todos los ecos de las tumbas. Conoci que procedia del gran Templo situado en la márgen del lago, y que era el ruido que hacian sus puertas, llamadas del olvido, rechinando sobre sus goznes para recibir en el lúgubre recinto á los muertos recientemente desembarcados.

Aunque ya habia oido en varias ocaciones estos ecos aterradores, y siempre con pesadumbre; atravesaron mi corazon en aquel instante como una voz de ominoso agüero, y casi titubeé en proseguir mi aventura. Esta ¡resolucion duró sin embargo un solo momento, mas aun todavia agitaba mi espiritu, cuando ya habia comprimido mi mano el resorte de la portezuela, y á los pocos instantes me vi en la galeria subterránea, y auxiliándome la lámpara para atravesar con mayor rapidez las sinuosidades del camino, me hallé en breve á la puerta de la pequeña capilla en donde terminaba la galeria.

La jóven sacerdotisa se habia ausentado, ó mas bien desvaneciase en las tinieblas semejante á un espiritu. Todo lo demas estaba del mismo modo que la noche precedente, La lámpara aun continuaba ardiendo sobre la urna, y la helada imágen que esta contenia conser-

vaba el mismo aspecto sereno é inmóvil, cual si estuviese resignada con la soledad de la muerte, último extremo de lo mas solitario de la tierra. La cruz yacia en el paraje mismo donde la habia colocado la hermosa doliente, y acordándome de los divinos labios que habia visto besarla, encendida mi imaginacion con el recuerdo, la llevé apasionado á los míos: pero al mismo instante se me figuró que los ojos del cadáver se fijaban con ahinco en los míos, refrenando mi ardor, volví á colocar sobre la urna la sagrada prenda.

Ya desesperado de hallar el objeto de mis investigaciones, me iba preparando á dirigir lentamente mis pasos hacia la puerta, con aquella triste satisfaccion que deja en el alma la certidumbre aun de lo mismo que nos desagrada, cuando al alargar el brazo para dejar la capilla, observé que la galería, en vez de terminar aqui, formaba un repentino giro á la izquierda, que antes no habia visto y el cual prometia guiar aun mas adentro de aquellos escondrijos. Reanimado con este descubrimiento, que abria á mi corazon un manantial de esperanza, arrojé á mi lámpara una mirada de duda, como para preguntarla si me seria fiel á través de las tinieblas que me preparaba á arrostrar; y sin otra reflexion ni demora, me precipité hácia adelante.

## CAPITULO VII.

El pasadizo me condujo por algun tiempo á través de otras galerias mas angostas, abriendose á un tramo muy recto y alto, á uno y otro lado del cual habia una fila de cadáveres, puestos en pie, y cuyos ojos de cristal fijáronse en mi, al pasar por medio de ellos una mirada espantosa.

Habiendo llegado á la estremidad de la galeria, volvieron á desvanecerse mis esperanzas, observé que el pasadizo no seguia mas adelante; y el único objeto que pude descubrir por el reflejo de mi lámpara, que á cada momento se iba amortiguando, fue la boca de un vasto pozo, ó por mejor decir, de un depósito de tinieblas, horriblemente insondable. Recordè haber oido decir que semejantes brocales servian á veces de pasadizos á los sacerdotes; é inclinándome sobre el borde á fin de descubrir si era posible descender á las simas, hallé las paredes tan duras y lustrosas como el cristal, por estar embadurnada, con aquel oscuro betun que arroja el mar

**Muerto sobre sus playas senagosas.**

Después de un escrutinio más prolijo advertí, á unos cuantos pies del brocal, una especie de escalon de hierro, casi invisible, y más abajo otro, que aunque apenas perceptible convidaba á la bajada al atrevido pie. Aunque ya no tenía esperanza de descubrir la guarida de la sacerdotisa, pues que era imposible que una planta tan delicada se hubiese atrevido á descender á una sima tan tenebrosa; sin embargo, hallándome ya tan adelantado en la prosecucion de mi aventura, y como todo lo que me rodeaba era tan misterioso, resolví á todo trance explorar la caverna. Colocándome, pues sobre la cabeza, la lámpara, cuyo asiento estaba amoldado de manera que me la ceñía como un yelmo, y así, desembarazadas ambas manos para mayor seguridad, puse el pie cuidadosamente en el espigon de hierro, y bajé dentro del pozo.

Hallé que seguían los escalones hasta una profundidad considerable, y casi había ya contado un centenar de ellos, cuando cesó de golpe la escala, y encontré que no me era dado descender más. En vano estendi el pie para hayar un nuevo sosten, pues solo tropezaba con las paredes duras y resbalosas. Agachando, por fin, la cabeza de modo que viese la luz abajo, observé una ventana ó abertura

directamente sobre el espigon en que mi pie estribaba; y suponiendo que mi camino estaba en aquella direccion, con alguna dificultad logré introducirme gateando por el boquete.

Me encontré, ahora, en una escalera tosca y estrecha, cuyos escalones estaban cortados en la peña viva, y que formaba caracol descendiendo en la misma direccion del pozo. Casi trastornado con la hajada, que me parecia interminable, llegué por último al fondo, donde hallé dos puertas macizas de hierro, que impedían desde luego todo ulterior pasaje. Mas ¡cual fue mi sorpresa al encontrar que por muy pesadas y gigantescas que pareciesen, la mano de un niño podia abrirlas con facilidad! tanta fue la prontitud con que obedieron á mi toque.

Mucho mas ligero que el arbusto hojoso,  
Cuya trémula rama  
Recibe al pajarillo vagaroso.

Sin embargo, apenas hube pasado por ellas, cuando fue tal el estrépito con que volvieron á cerrarse, que hubiera podido despertar á la muerte misma.

Parecióme que todos los ecos, á través de este vasto mundo subterráneo, desde las catacumbas de Alejandria hasta el valle de los

Aeyes en Tébas, habían recogido y retornado el atronador estruendo.

Aunque sobresaltado, no pudo menos de llamarme la atención un resplandor que ahora me prestaba su lejana vizlumbre, suave, consolador y grato, como el de los astros del Sur al marinero que ha estado surcando por largo tiempo las aguas borrascosas del Septentrion. Anheloso de descubrir el manantial de donde tan divina luz provenia, descubrí á través de una arcada que habia enfrente, una larga nave iluminada, la cual se estendia á cuanto alcanzaban los ojos, y estaba orlada por un lado de bosquecillos de olorosos arbutos, y por el otro de una fila de elevados arcos, á través de los cuales resplandecia la luz que llenaba toda la nave. Asi que hubo espirado la voz de los profundos ecos, sorprendió mi oido un armonioso coro que parecia proceder de alguno de aquellos brillantes salones ocultos entre los arcos. Entre las voces, me figuré que distinguía algunos tonos femeniles, trinando agudos y melosos sobre los demas.

Tanto ecsaltó mi imaginacion este repentino encanto, que aunque jamás habia yo oido la voz de la jóven egipcia, llegué á convenirme de que sus acentos eran los que hechizaban mi oido, mas bellos y celestiales que los demas que formaban aquel coro; y que

me dirigia sus palabras, cual un distante espíritu hablándome desde su esfera. Animado con este pensamiento, me precipité hacia los arcos; pero hallé que estaban guardados por una reja, cuyas barras, aunque no eran perceptibles á lo lejos, resistieron todos los esfuerzos que hice para forzarlas.

Mientras me hallaba ocupado en esta inútil lucha, advertí que á la izquierda de la arca habia una sima muy oscura, y que parecia guiar en direccion paralela á los arcos iluminados. A pesar de mi impaciencia, se estremecieron todos mis miembros al contemplar el aspecto que presentaba este pasaje. No, antes me aterraba su oscuridad, como una vislumbre lúgubre y azufrada que de esta caverna provenia, ecshalando un feto húmedo semejante al que respiran las bóvedas de la muerte, mientras que veia deslizarse por ella, si no me engañaban los ojos, pálidos y horrosos espectros.

Mirando con ansia al rededor para descubrir alguna entrada menos formidable, vi sobre las puertas por donde habia pasado, una trémula llama azulada, la cual despues de haber ardido durante unos cuantos momentos, sobre el oscuro fondo de la entabladura, se fué fijando gradualmente en caracteres luminosos, hasta formar las siguientes palabras:

Tú que probar quieres  
El terrible paso,  
La vida ó la muerte  
Te están aguardando.  
Pero atrás la vista  
Volver no te es dado.  
O tú que pretendes  
Ser purificado,  
De fuego, agua y aire,  
Con terrores varios,  
Si dolor y riesgo  
Desprecias osado,  
Y la muerte misma  
Ne te causa espanto,  
Sigue, que de nuevo  
Serás elevado  
A la luz hermosa,  
Al resplandor sacro,  
Con aquel divino  
Secreto velado  
Ahora de tu visita  
En el santuario.  
Mas si...

En esta imperfecta frase terminaban las letras, dejando á la imaginacion un inmenso espacio para discurrir cuán fatal debería ser el otro término de la interrumpida alternativa.

Encendiéndose ahora en mi pec ho una nueva esperanza. El sueño del Jardin, que habia estado casi olvidado por algun tiempo volvió á presentarse á mi imaginacion. Estoy pues, exclamé, en la senda del prometido misterio: ¿y será posible que se me abra el gran secreto de la vida?

«Sí!», me pareció que me contestaba desde el aire aquella voz celestial que aun se oia coronar el coro con su melodia incomparable. Saludé trasportado al agüero feliz. El amor y la inmortalidad me llamaban; y ¿quien podria dar un solo pensamiento al temor, con dos objetos tan encantadores á la vista? Habiendo invocado y bendecido á la desconocida hechicera, cuyas huellas me condujeran á esta morada de ciencia y de misterio, me precipité animoso en la cima.

En vez de aquella vislumbre vaga y sepulcral que se habia presentado primero á mis ojos, hallé al entrar una espesa tiniebla, la cual aunque menos horrible, me ponía en este instante en mayor perplejidad; pues que la lámpara, que por algun tiempo me habia sido casi inútil, estaba á punto de apagarse.

Resuelto, sin embargo, á aprovecharme cuanto pudiese de su espirante luz, atravesé con rápido paso esta lóbrega region, que parecia mas ancha y abierta al aire, que nin-

guna otra de las que habia cruzado. A breve rato la lejana aparicion de una brillante llamarada me anunció que se acercaba mi primera prueba. Al adelantarme, rompieron las llamas por todos lados; y este espectáculo que se me presentó entonces era tal, que habria aterrado á cualquier corazon aun mas acostumbrado á los peligros que el mio.

Estendieron delante de mi, interceptándome completamente el paso, un bosque de los árboles mas resinosos y combustibles del Egipto: el tamarindo, el pino y el que produce el bálsamo árabe. Al rededor de sus troncos y ramas estaban enroscadas varias sierpes de fuego, las cuales pasando retorcidas de rama en rama, esparcian por todas partes su fuego devorador, envolviendo los árboles uno tras otro en una llama general. Era tan rápido el incendio, como la conflagracion de los junca'es de Etiopa, cuya luz ilumina de noche las distantes cataratas del Nilo.

Advertí que á través de este bosque de fuego pasaba mi única vereda; y no habia que perder un instante: las llamas se estendian con rapidez á uno y otro lado, y ya hacia el angosto paso que intermediaba se iba sembrando de fuego. Arrojando lejos de mi la inútil lámpara, y cubriéndome la cabeza con el manto para que en algun modo me sirviese de

escudo, aunque es preciso confesar que me temblaban los miembros cual si estuviese azogado, me aventuré á atravesar el incendio.

Al instante, cual si mi presencia les hubiera añadido nuevo pábulo, rompieron las llamas por todos lados con triplicada furia. Las copas de los arboles, juntándose sobre mi cabeza, formaban una bóveda de fuego, mientras que las sierpes, que silbaban retorciéndose en las ramas, arrojaban sobre mi raudales de chispas. Jamás me fueron tan útiles la actividad, y la decision: la tardanza de un solo momento me habria sido fatal. La angostura por donde habia transitado se cerrò al haber pasado, y volviendo la cara para contemplar el horrible incendio, vi que todo el bosque formaba ya un solo volúmen de fuego.

Considerándome librado de esta primera prueba, arranqué una rama de pino que empezaba á arder, y abriéndome paso con ella, me precipité impávido hácia delante. Muy poco habia andado cuando observé que el pasadizo tomaba un giro repentino, conduciéndome hácia abajo, como me lo daba á conocer la luz de mi antorcha, á una senda todavia mas estrecha, y por la cual me daba en el rostro un aire húmedo y desagradable, cual si procediese de algun charco vecino. De repente atronó mi oído el estruendo de varios

torrentes, mezclados de cuando en cuando, según me parecía, con los alaridos y gritos de voces humanas, cual si fuera de personas que se hallasen en peligro de ahogarse. Cada vez se iba aumentando el bramido de las aguas, y observé que me hallaba en una peñascosa caverna por cuyo centro corría precipitado un río cuyo desesperado descenso causaba el estrépito que había producido mi sorpresa. Flotaban en su superficie varios espectros horrosos, que al pasar daban lúgubres alaridos, como si temiesen la procsimidad de algún despeñadero hácia el cual los impelia la corriente de las aguas.

No me quedaba otro recurso que vadear el torrente. La perspectiva era terrible; pero en el valor estribaba toda mi esperanza. No sabía lo que me esperaba en la orilla opuesta pues que todo lo cubria una oscuridad impenetrable, ni la débil luz que difundia mi tea alcanzaba á la mitad del camino. Despidiendo, sin embargo, todo pensamiento excepto el de seguir adelante, me arrojé desde la roca en que me podria luchar con su violencia, auxiliado de mi mano derecha, al paso que con la otra procuraria levantar en alto mi tea para dirigirme á la opuesta orilla, mientras que durase la última vislumbre de su luz.

Larga y formidable fue la contienda que

tuve que sostener. Agobiado mas de una vez por las fuerzas de las aguas, casi me daba por vencido, suponiéndome destinado á seguir la suerte de las apariciones, que todavia pasaban por mi lado, corriendo con lúgubres alaridos á precipitarse en algun invisible despeñadero.

Al fin, cuando ya mis fuerzas se hallaban casi ecshaustas, y se me caian de las manos los últimos restos de mi tea, divisé una doble baranda cuyos escalones se elevaban casi perpendicularmente de las olas, hasta que parecian perderse en una densa aglomeracion de nubes. Al divisar aquel puerto en que podia salvarme, espiró mi luz; pero no por esto dió menos fuerza á mi valor espirante. Como ya tenia libres ambas manos, hice un esfuerzo tan desesperado, que despues de una tremenda lucha de algunos minutos, senti tropezar mi cabeza contra los escalones, y á los pocos instantes logré poner los pies en la última grada.

Regocijado al hallarme libre de aquel peligroso torrente, aunque no sabia hácia donde la escalera se encaminaba, trepé por ella con la mayor celeridad. No habia subido muchos escalones cuando adverti horrorizado que cada grada sucesiva se iba rompiendo en el mismo instante de abandonarla mis pies, dejándome en medio del aire, sin otro recurso

que el de continuar ascendiendo por los mismos frágiles y momentáneos escalones, y con el terrible recelo de que ni aun tal vez resistirian toda la impresion de mi planta.

Y asi, durante algunos momentos continué mi subida, sin tener debajo de mi mas que el tremendo rio, que se hallaba entonces en completa calma, y en el cual oia caer los fragmentos de mi escala á medida que iba subiendo por ella. Por mas espantosa que fuese mi situacion, me esperaban sucesos mas horribles. La balaustrada, á que me habia agarrado para facilitar la subida, y que parecia firme é inmóvil, empezaba á estremecerse al paso que el escalon en que iba á apoyar el pie, crujió y daba indicios de poca seguridad. En aquel instante iluminó la caberna un repentino relámpago, y descubrí á su lumbré una basta argolla de bronce pendiente de las tinieblas. Estendi el brazo como por un instinto para asirme de ella, y al momento mismo se desplomaron á un tiempo debajo de mi los escalones y la balaustrada, dejándome columpiando con los brazos en el tenebroso vacio. La maciza argolla, tambien, cual si estuviese por algun poder mágico encadenada á todos los vientos del cielo, apenas me hube agarrado de ella, cuando pareció dar suelta á todas clases de tempestades y borrascas que, siembran las playas de

naufragios y de muertos. En tan terrible columpio, hecho el juguete de esta contienda de los elementos, cada nuevo impulso de sus furias amenazaban despedazarme y convertirme en átomos, cual endeble vela de emborrascado esquife.

Asido á la argolla, me hallé sin saber como arrebatado como si fuera por mil huracanes, y semejante á una piedra que gira dentro de la honda, comencé á dar vueltas en rededor por medio de aquel tremendo caos, hasta que turbándoseme el cerebro y confundiéndoseme la memoria, casi me figuré estar enclavado en aquella rueda del mundo infernal, cuyas rotaciones, segun se dice, solo es dado á la eternidad numerarlas.

La fuerza humana no podia sufrir por mas tiempo una prueba semejante. Ya iba á soltar la argolla, cuando se aplacó de repente la violencia del huracan; cesaron gradualmente mis giros por el aire, y adverti que la rueda descendia conmigo, hasta que al fin, regocijado como el náufrago al poner en tierra la planta, senti que mis pies tocaban otra vez el suelo firme.

Al mismo instante una luz de la mas deliciosa suavidad iluminò todo el aire. Una melodia cual la música que se oye entre sueños, vino trinando desde lejos; y á medida que mis ojos

Una melodía, cual la música que se oye entre sueños, vino trinando desde lejos; y á medida que mis ojos recuperaban la vista, se les presentaba una escena de gloria, demasiado brillante para el concepto de la imaginación, aunque era verdadera y real. Cuanto alcanzaba la vista era un jardín encantador, que se abría á través de verdores y de luz, reluciente por todas partes con arroyos, que serpenteaban entre las flores como los raudales de la vida. Ningun hechizo faltaba de cuantos soñaron ó prometieron en sus pinturas del Eliseo los adivinos ó los poetas. Sobre esta deliciosa perspectiva se difundía una luz, de oculta procedencia, que en nada se parecía á la de este mundo: era el resplandor que diera una luna dorada, era la mezcla de los ardientes rayos del día con el lustre sereno y melancólico de la noche.

Ni faltaban moradores en este subterráneo paraíso. Vagaban por sus brillantes jardines, con rostros bienaventurados cual dichosos espíritus, varios grupos de jóvenes y de ancianos, de formas amorosas y venerables, coronados los mas de ellos con las blancas flores del Nilo, y llevando en las manos vistosos ramos de palma inmarcesible; mientras que sobre el verdoso césped, varios coros de hermosos niños y hechiceras doncellas danzaban al compás

de una música aérea, cuya procedencia era tan invisible como la de la luz, pero que llenaba el aire de su mística melodía.

A pesar de que me hallaba abatido con las sufridas pruebas, apenas divise á lo lejos los bellos grupos, cuando olvidé el cansancio de mi espíritu y de mi cuerpo. Ocurrióme que tal vez se hallaría en ellos la encantadora á quien buscaba; y á pesar del temor que escitaba en mí esta escena, quise volar al punto para cerciorarme. Mas al hacer el esfuerzo, me senti tirar suavemente de la túnica; y volviendo el rostro, ví detrás de mí á un venerable anciano que conocí pertenecer á la clase de los hierofantas por el sagrado color de sus vestidos. Colocando en mi mano un ramo de la sacra palma, me dijo con acento solemne: «¡Bien venido aspirante á los misterios!»; y fijando en mí la vista por algunos instantes con grave atención; añadió en tono de cortesía y de interés: «Ya has alcanzado la victoria sobre el cuerpo; sígueme jóven griego, al lugar de tu reposo.»

Obedecile en silencio, y volviendo el sacerdote la espalda á esta escena de esplendor, me llevó por una secreta vereda, donde la luz iba desfalleciendo á medida que avanzábamos, y me condujo á un pequeño pabellon al lado de un parlero arroyo donde parecia presidir el mismo espíritu del sueño; y señalándome un lecho

que contenia formado de hojas secas do adormidera me dejó para que descansase.

## CAPITULO VIII.

Aunque la vista de la espléndida escena que se presentó á mis ojos, semejante á una vislumbre momentánea de otro mundo, habia reanimado por un instante mi espirito y mis fuerzas tan completo era el cansancio que emervaba todos mis miembros, que aun cuando la jóven sacerdotisa hubiese estado en mi presencia, creo que me habria desmayado al hacer un esfuerzo para llegar á ella. Apenas me dejé caer sobre mi hojoso lecho, embargó mis sentidos el sueño semejante á la muerte repentina; y quedé sumergido en un letargo profundo é inmóvil cual sino conservase el menor aliento de vida.

Al despertár, hallé á mi cabecera al mismo venerable personaje que el dia anterior me felicitó por mi llegada. Al pie de mi lecho habia una estatua de escultura griega, que representaba á un niño alado descansando graciosamente sobre una flor de loto, con el indice de la mano derecha puesto sobre los lábios. Esta accion, junto con la gloria que le ceñia las sie-

nes, indicaba, como ya lo sabia, el dios de la luz y del silencio.

Impaciente por saber si todavia me esperaban otras, pruebas, iba á dirigirle la palabra, cuando el sacerdote exclamó con voz presurosa «Silencio!» Y señalando al mismo tiempo hácia los pies de mi cáma: «Sea sobre tus lábios joven extranjero, me dijo, el sello de aquel espíritu, hasta que la sabiduria de tus instructores tenga á quien apartarlo. No sin misterio preside un mismo dios al silencio y á la luz; pues que solo de lo mas profundo del silencio contemplativo nace aquella luz grandiosa del alma.»

Poco acostumbrado á este lenguaje, me iba á levantar, cuando el sacerdote volvió á impedir mi intento, y al mismo instante entraron en el pabellon dos niños, hermosos cual los genios juveniles de los astros. Sus vestidos eran muy largos y del albor mas puro, y cada uno de ellos tenia en la mano una pequeña copa de oro. Colocándose en los lados opuestos de mi lecho, me miraron con cariñosa sonrisa, y uno de ellos presentándome su copa declamó las siguientes palabras, en gracioso recitado:

Prueba esta copa que tambien Osiris

El licor liba sabio

En su oscuro palacio, y bondadoso

Le ofrece al muerto labio

Del que baja á su imperio tenebroso.

Prueba esta copa que recién henchida  
 Con el agua letea  
 Hará que lo pasado  
 Y las penas y yerros de la vida  
 A tu memoria sea  
 Cual sueño largo tiempo ya olvidado.

No queriendo desairar tan estraña ceremonia, incliné el cuerpo con debida gravedad, y probé de la copa; lo que apenas hué hecho, cuando el otro amable ministro atrajo mi atención, y presentándome el cáliz que tenia en la mano, pronunció los siguientes versos con un acento aun mas meloso que el de su compañero:

Prueba esta copa, que Isis celestial  
 Cuando al alto Empireo llevara á su hijo,  
 Vertiendo el suave licor le predijo:  
 «De esta copa bebe; serás inmortal.»

Aunque procuré que mi filosofía estuviese alerta contra las ilusiones, que abundaban en estos parajes, el jóven Ganimedes habia tocado un resorte de mi imaginacion, sobre la cual, como ya hemos visto, podia muy poco toda mi filosofía. Apenas hirieron mis oidos las palabras «no podrás morir, » cuando el sue-

ño del Jardín se presentó de nuevo á mis ideas é incorporándome sobresaltado tendi la mano hácia la copa. Sin embargo, volviendo á refrenar este involuntario impulso, y temeroso de descubrir á otro una debilidad que solo mi alma debia fomentar secretamente, me dejé caer otra vez sobre mi lecho con una sonrisa de total indiferencia, mientras que el jóven músico, poco interrumpido por mi movimiento, continuó su estrofa, de la cual solo pude retener las últimas palabras:

Tambien la memoria vendrá con sus sueños,  
Sueños de aquel tiempo feliz que pasó  
Cuando aun era el cielo del alma morada  
Antes que sus alas culpable perdió.

De gloria vislumbres, de débil reflejo  
Cual rayo poniente del sol en el mar.  
Dicen cual brillara cual ora no brilla,  
Mas oh! cual espera de nuevo brillar.

Habiendo cumplido con la ceremonia de probar esta segunda copa, volví á dirigir la vista al hierofanta, para investigar si me era permitido salir del lecho. Conseguido su beneplácito; me trageron los coperos una túnica y manto, que semejante á su propia vestidura eran de lienzo en extremo blanco; y ha-

biendo asistido á vestirme con este sagrado ropaje, me colocaron sobre la cabeza una corona de mirto, en lo cual se veía una cigarra de oro brillando entre el oscuro verdor de las hojas.

Aunque el sueño habia contribuido mucho á reponer mis fuerzas, faltaba aun otra cosa para restaurarlas del todo: y no pude menos de confesar con sonrisa; que mas que la ponderada copa de la inmortalidad, me era grato en aquel momento el banquete sustancial y nada misterioso que me pusieron delante compuesto de frutas recién cogidas en la isla de los Jandines, del delicado manjar de la rupicabra del desierto, y del vino esquisito de la viña de las reinas en Anthylla, que uno de los pajecitos abanicaba con una hoja de palmera á fin de conservarle su deliciosa frescura.

Habiendo hecho la debida justicia á tan oportuno banquete, acepté gozoso la propuesta que el sacerdote me hizo de que saliésemos juntos para entregarnos á la meditacion en medio de las escenas que rodeaban. La esperanza de hallar entre aquellos brilladores grupos de la noche pasada á la hermana desconocida, renació en mi pecho con ardor triplicado.

El sacerdote, lejos de tomar el camino de

los bosques que tanto me habian encantado, me condujo á un valle sombrío, guiándome hácia el rústico asiento de una gruta, junto á la cual se veía la imágen de aquella tenebrosa deidad, de aquel dios Osiris que jamas se sonríe, y que preside á los dominios de los muertos. El mismo color livido é inanimado que sombreaba todos los objetos en aquel turbio valle, aparecía en las facciones de aquellos dios, que con la diestra señalaba directamente hácia abajo, para denotar que allí estaba su imperio. Un plátano, árbol favorito de los genios de la muerte, crecía detrás de la estatua, estendiendo sus ramos sobre la gruta en la cual sentándose el sacerdote me invitó á hacer otro tanto á su lado.

Despues de una larga pausa, como de meditacion preparatoria: «Noblemente, dijo, has sufrido, jóven griego, las primeras pruebas de la iniciacion. Lo que resta, aunque de inmensa importancia para el alma, no trae consigo dolor ni peligro para el cuerpo. Habiendo ahora probado y castigado tus miembros con los tres elementos purificadores, el fuego, el agua y el aire, la tarea á que en seguida somos llamados es la purificacion del espíritu, el lavatorio de la parte inmortal é interior de modo que lo prepare para recibir la última ceremonia luminosa cuando descorridos

los velos del santuario, te será desarrollado el gran secreto de secretos. Hacia este objeto el paso ordinario y mas esencial es la instruccion. Lo que han hecho en tu cuerpo los tres elementos purificantes que has atravesado, la instruccion lo efectuará en. ...

«Mas, ¿y aquella jóven encantadora?» exclamé yo; que durante la arenga del anciano me sumergi en una distraccion tan completa que me habia olvidado de mi mismo, de él, de su gran secreto, en fin de todo, excepto de ella.

Sorprendido con tan profana interrupcion, arrojó hácia la estatua una mirada de espanto, cual si temiese que el dios hubiera oido mis palabras, y en seguida volviéndose á mí con tono solemne: «Bien se trasluce, dijo, que los pensamientos del mundo superior y los recuerdos de sus vanos deleites ocupan demasiado tu alma, para dejar que las lecciones de la verdad se arraiguen en ella con provecho. Desecha de tu corazon esas iluciones inmundas, desarraiga de él los estériles espinos que impiden el medro de los frutos.»

Apenas pronunció estas palabras, cuando una ráfaga de luz pura y brillante iluminó toda la cañada, cual si el cielo se hubiera abierto súbitamente, sorprendiendo de tal modo mis ojos deslumbrados con aquella vision de glo-

ria y de delicia, que obligó á mi espíritu incrédulo á ceder embebecido á la potencia irresistible del encanto.

Suspendido en el aire y ocupando toda la opuesta region de la cañada, se apareció un vasto globo de luz, cuyos resplandores me dejaban ver en él varios grupos de hermosas, doncellas, que con movimientos silenciosos pero concertados, giraban lentamente en un laberinto de caprichosas evoluciones, formando una cadena de gracia y hermosura al entrelazarse los nevosos brazos. Aunque sus pies parecian caminar sobre un campo de luz, tenian tambien alas de los mas ricos colores, que semejante á los arcos Iris cuando se forman sobre las cataratas y juega entre ellos la ventolina, reflectaban á cada instante nueva variedad de gloria.

Mientras que contemplaba absorto la vision, esta órbita con sus etéreos moradores retrocedió gradualmente en el oscuro vacio, disminuyendo á medida que se retiraba, y resplandeciendo mas y mas conforme decrecia; hasta que al fin, retirándose como un lejano cometa, formó este pequeño mundo de espíritus un reducido punto de compacto esplendor, y desvaneciése despues de haber vertido una luz intensa.

En esto hirió mis oidos un coro de lúgu-

bre música; al mismo tiempo que advertimos, no lejos de nosotros, y á favor de una débil luz que se difundia por el valle, una forma femenil velada y agoviada por el rubor ó la pesadumbre. Apenas la habiamos contemplado un instante, cuando alzándose fue abandonando lentamente su humillante postura, la música difundió una armonia mas halagüeña, y el pálido metéoro derramó una luz mas viva y brillante. El velo que arropaba el rostro de la aparicion se fué haciendo diáfano gradualmente; y una por una sus hermosas facciones comenzaron á traslucirse. Yo, que entretanto habia estado contemplando el desarrollo de la vision, me levanté precipitado de mi asiento y exclamé: «Es ella!» A los pocos instantes este velo se deshizo cual delicada niebla, y ví por tercera vez ante mi á la jóven sacerdotisa de la luna.

Mi primer impulso fue arrojarme hácia ella, pero el brazo del sacerdote asiéndome con brio impidió mi intento. La radiante luz que habia empezado á difundirse por todas partes se reunió en su contorno, formando una gloria en rededor del paraje en que se hallaba; y la divina doncella, boyando cual los moradores del globo hechizado, en medio de los coros mas armoniosos y festivos de música celeste, y entre esplendores iguales á los que ilu-

minaron su rostro en el templo, se elevó por los aires.

«Detente, bella aparición, detente», exclamé desprendiéndome de los brazos del sacerdote, y arrojándome al suelo en postrada adoración. Pero el espíritu desvaneciente no me escuchaba, retrocediendo en la oscuridad; y semejante al orbe de luz cuya carrera seguía, que decreciendo su forma hasta que se perdió completamente de vista. Con los ojos fijos en la hechicera visión hasta que hubo desaparecido la última chispa luminosa, me dejé conducir sin resistencia por mi guía, quien colocándome otra vez sobre mi lecho de adormideras, se despidió de mí, dejándome buscar en el sueño, si fuese posible, aquel reposo que pudiera disfrutar mi agitado espíritu después de una escena semejante.

## CAPITULO IX.

El periodo de mis pruebas se acercaba á su término: y como la última de mi purificación habia sido la facultad de ver el mundo de los espíritus en el valle de las visiones, solo faltaba para perfeccionar mi iniciación una sola

noche, en que debía revelárseme en el templo de Isis, y en presencia de su desnuda imagen, la última grandiosa vision del secreto de secretos.

Habiéndome conducido al templo de Isis, me dijo: «Ahora estás en el santuario de nuestra diosa Isis, y ante los densos velos que ocultan su imagen. En estas tinieblas es preciso que permanezcas velando hasta la hora tremenda de la noche.»

Después de haberme escortado al valor y á la meditacion, se despidió de mí el anciano, dejándome tan azorado que el último sonido de sus pisadas espiró en mi oído antes que me hubiese aventurado á mover un solo miembro de la posicion en que me dejó al ausentarse.

Terrible era la perspectiva que se me ofrecia. El peligro mismo me habria sido preferible á esta clase de prueba, no arriesgada pero fastidiosa, y en la cual la paciencia era la única virtud que sostenia la lucha. Habiendo averiguado que por algunos pasos alrededor de mí no habia el menor abtáculo, resolví engañar el tiempo paseando arriba y abajo en mis estrechos limites, hasta que llegué á cansarme de los ecos de mis propias pisadas. Hallando á tientas un macizo pilar, me recosté incomodado contra él, entregándome á una

serie de pensamientos y de sensaciones, muy distintas de las que creía haberme inspirado el hierofanta.

Estando embebido en tristes meditaciones, retumbó sobre la techumbre del templo un tremendo estampido semejante al del trueno, que pareció estremecer los muros. Por todos lados serpentearon una infinidad de zafetas de fuego, que vertían una luz penetrante y azulada, jugando á través de las tinieblas y descubriendo la escelsa cúpula que se alzaba sobre mi cabeza, su techo celeste sembrado de estrellas, sus columnas colosales, y los oscuros y misteriosos velos que en pomposas ondas pendían de la techumbre y llegaban al suelo. Tan cansado me hallaba con mi incómoda velada, que esta iluminación inconstante y tormentosa, durante la cual parecían mecerse hasta los cimientos del edificio, no me pareció una desagradable interrupción de la monotonía que excitaba mi impaciencia; mas después de un corto intervalo cesaron los relámpagos, espiró todo estruendo, como la estenuada voz de la tempestad, sucediendo un silencio y una oscuridad semejantes á las del sepulcro.

Apoyando de nuevo la espalda contra la columna, y con la vista fija en aquella parte del templo de donde esperaba que emanarían los prometidos resplandores, determiné aguardar

con paciencia el momento aterrador.

Resignado é inmóvil, habia ya permanecido cerca de una hora en esta posicion, cuando observé que de improviso comenzó á correr por los bordes de los espesos velos, una estrecha raya de luz, cual si procediese de algun objeto muy brillante oculto en su sombra, y parecida á aquella orla que circuye una nube, al ponerse el sol, cuando los ocultos resplandores del astro del dia rebosan por sus bordes.

Cada instante se iban haciendo mas sensibles, hasta que al fin la angosta franja de luz que me deslumbraba prometió unos resplandores demasiado vivos para mis ojos. Estuve aguardando el resultado, y á cada momento la acrecentada luz fijaba mas mi vista, hasta que con inquieta respiracion observé que se levantaba uno de los ángulos del misterioso velo. Conoci que se acercaba el momento de penetrar el gran secreto, cualquiera que fuese, y hasta una vaga esperanza se deslizó por mi alma (¡tal imperio ejercia en ella la fantasia!) de que la esplendida promesa de mi sueño iba en breve á realizarse.

Con sorpresa, sin embargo, y por un momento con disgusto, observé que el haberse alzado parte del velo solo era para dar salida á una forma femenil, volviendo á cubrir en seguida

con sus tinieblas tan espesas como antes los místicos esplendores. A favor de la poderosa luz que al levantarse el velo iluminó el perfil de la figura que salió del sagrado recinto, ó vi, ó se me figuró que veía las mismas hechiceras facciones que ya tantas veces me habían burlado con su encanto momentáneo, y que parecían perseguirme con tan poca realidad como los vanos sueños de la inmortalidad misma.

Deslumbrado con aquella pequeña emanación de esplendores, y desconfiando hasta de mis sentidos mismos apenas tuve tiempo de reflexionar sobre lo cierta de mis impresiones, cuando oí restallar en las tinieblas las pisadas de alguno que se me acercaba; y á los pocos momentos, parándose delante de mí un bulto, me puso en las manos la punta de una cinta diciéndome con voz muy trémula y baja: «Seguidme y callad.»

Tan inesperada y repentina era la aventura, que titubeé un instante no fuera que mis ojos se hubiesen engañado con respecto al objeto que habían visto.

Arrojando una mirada hacia el velo que ya parecía iba á rasgarse y mostrar el luminoso secreto, estaba yo en duda á cual de estos dos misterios obedecería, cuando sentí que me tiraban con suavidad del otro extremo de la cinta. Este movimiento, semejante á un toque de ma-

gia, acabó de decidirme. Sin réplica cedí al silencioso aviso, y siguiendo á mi guia, me hallé conducido por la misma escalera que me habia dado entrada al templo. Habiéndola ascendido senti que apresuraba el paso mi conductora: y volviendo otra vez el rostro al velado santuario, cuyas glorias dejábamos ardiendo infructuosamente, me precipité en las tinieblas creyendo con toda confianza que la que llevaba la otra estremidad de la cinta era un genio tutelar á quien podia seguir á través del universo.

## CAPITULO X.

Fue tanta la rapidez con que mi invisible conductorá me condujo por aquel laberinto, que tuve poco tiempo de reflexionar sobre el extraño suceso en que me hallaba envuelto. El conocimiento que tenia del carácter de aquellos sacerdotes, asi como los rumores que habian llegado á mis oidos de la suerte que los incrédulos encontraban entre ellos, despertó en mí por un instante la idea de que se me prepar-

raba alguna traicion. Mas al recordar el rostro de mi guia, tal como lo habia visto en el templo, desvaneciase toda sospecha, y me avergonzaba de haberla dado acogida por un solo momento.

Entretanto seguimos sin detencion á través de pasadizos mas caprichosamente tortuosos que los que ya habiamos pasado, y cuyas tinieblas parecia no haberlas inquietado jamás el mas leve rayo de luz. Mi conductora aun continuaba á alguna distancia delante de mí, y la cinta que me servia en completa tirantez con motivo de su celeridad. Deteniéndose al fin, me dijo con voz baja y sumisa: «Sentaos aqui»; y al mismo instante me llevó de la mano á una especie de carro muy bajo, en el cual colocándome sin pérdida de tiempo, la doncella con igual prontitud ocupó su asiento á mi lado. Hirió mi oido al instante un agudo son parecido al de un resorte; y el carro, que como lo habia yo notado al entrar en él, se inclinaba hácia un descenso muy pendiente, al hallarse suelto se disparó en direccion poco menos que perpendicular, al seno mismo de las tinieblas, con una rapidez que casi me quitó el aliento. Las ruedas se deslizaban suavemente y sin el menor ruido en sus correspondiente carriles, y el impetu que adquirió el carruaje á su bajada fue su-

ficiente segun observé para hacerle tropezar una eminencia sucesiva, desde cuya cumbre corrió veloz por otra pendiente, aun mas largo y precipitoso que el anterior. De esta manera continuamos por medio de cuevas empinadas, hasta que al fin desde la altura última y más escarpada descendió el carro á un nivel de profunda arena, donde despues de haber corrido unas cuantas varas, fue perdiendo su movimiento hasta quedar fijo sobre la tierra.

Volviendo á apearse la doncella, me puso en las manos la cinta, y la seguí otra vez, aunque con mayor lentitud que antes, á causa de conducirnos nuestro camino á una escalera cuyas gradas resbaladizas, y desmoronadas hacian el ascenso interminable y poco seguro. Observando que mi guia caminaba con la mayor languidez, me preparaba á hacer un esfuerzo para asistirle, cuando el crujido de una puerta y un débil destello de luz que brilló en su figura, me dieron á conocer que ya nos hallábamos en el mundo superior.

Seguila regocijado por la abertura, y advertí que estábamos dentro de un vasto y ruinoso templo, en el cual habiamos entrado por debajo del pedestal que sostenia en algun tiempo la imagen del idolo. El primer movimiento de la doncella, despues de haber co-

locado como estaba la compuerta del escotillon, fue hincarse de rodillas, y tapándose con ambas manos la cara, pareció dar gracias al Cielo por el término feliz de nuestra aventura. Pero no pudiendo mantenerse en aquella posicion, pues se hallaban sus fuerzas del todo agotadas, se cayó sin sentido sobre el pavimento, agobiada de la agitacion y la fatiga.

Aunque yo también me encontraba pasmado con los acontecimientos de la noche, permaneci contemplándola algunos instantes indeciso y perplejo. Adversario, sin embargo, por mis propias sensaciones, de los saludables efectos del aire, la levanté cariñosamente en mis brazos, y atravesando el corredor que rodeaba el templo, logré llegar al vestibulo esterno. Allí, guareciéndole la cabeza de los rayos del sol, la recosté sobre las gradas, donde el viento fresco, soplando del norte, pudiese al pasar entre las columnas refrescar sus encendidas sienes.

¡Era ella! Ahora ví con toda certidumbre la misma bella y misteriosa sacerdotisa que habia sido causa de mi bajada á aquel mundo subterráneo, y que ahora, por un conjunto de circunstancias inesplicables, me habia vuelto á guiar á las regiones del dia. Registré en rededor para descubrir en donde nos hallábamos; y si mis ojos hubieran podido de-

tenerse en otro objeto que en las pálidas facciones de la desmayada ninfa, bien habrían contemplado con admiración las bellezas que nos rodeaban.

Encontrábase entonces en una pequeña isla en el centro del lago Mæris; y el santuario que nos había proporcionado egreso de las tinieblas formaba parte de las ruinas de un templo, el cual, como supe después, había sido en los días más felices de Méfis un sitio de romería para los peregrinos procedentes de todas partes de Egipto. La hermosa laguna, de cuyas aguas se alzaban algún día tantos pabellones, palacios, y aun elevadas pirámides, aunque despojada ahora de muchas de estas maravillas, ofrecía una escena de interés y de esplendor que no tenía igual en todo el mundo. Mientras que sus orillas aun estaban adornadas con palacios y templos, que daban testimonios del esplendor de los presentes habitantes, la voz de lo pasado, hablando entre las innumerables ruinas cuyos vestigios se encunbraban tenebrosos sobre las olas, atestiguaba las generaciones que tan largo tiempo antes habían desaparecido, y en presencia de cuyos restos gigantescos toda la gloria de lo presente quedaba anonadada. Sobre la margen izquierda del lago descollaban las oscuras reliquias del laberinto: sus doce pala-

cios regios, semejantes á los signos del zodiaco: sus puertas tronadoras y salones estrellados, solo habian dejado, para recuerdo de que ecsistieron algun dia, unas cuantas ruinas informes por el melancólico contraste que formaban con los verdosos bosques de olivos y de acacias con que estaban interpoladas: parecian reprender la lozana sonrisa de la naturaleza, y arrojaban sobre su conjunto un aire lúgubre de marchita grandeza,

El efecto del aire en reanimar á la jóven sacerdotisa fue mas lento de lo que yo habia esperado; sus ojos aun no se abrian, permaneciendo su rostro pálido é insensible. Alarmóme de tal suerte su situación, que reclinándole la cabeza, que por algun tiempo habia estado descansando en mis brazos, contra la base de una columna, y poniéndole mi manto por almohada, corrí á traerle un poco de agua del lago vecino. El templo estaba muy elevado, y la bajada á la ribera en extremo pendiente. Mas como mis costumbres epicúreas, habian anervado muy poco mi agilidad, pronto me hallé en la márgen del agua, bajando á ella con la celeridad de un gamo del desierto. Arrancando de un alto árbol, cuyas flores brillaban como el oro, una de aquellas grandes y enroscadas hojas que sirven de cálices á las Hebes del Nilo, la llené de agua



y volví al templo á toda prisa con el licor refrigerante. Sin embargo, no sin alguna dificultad y demora conseguí subir por la pendiente con mi rústica copa; y mas de una vez un desgraciado resbalon me hizo perder el agua que contenia, obligándome á volver con impaciencia por nueva provision.

Entretanto la doncella volvía en sí, y al aparecer yo sobre el borde del pendiente, acababa de incorporarse, oprimiéndose con la mano las sienes, cual si quisiese recordar los acontecimientos que tan confusamente se presentaban á su memoria. Apenas me habia divisado, cuando un grito de alarma se le escapó de los labios; y mirando alrededor, como si buscase el amparo de alguno exclamé con voz desmayada: «¿Donde está?» y al acercarme á ella, hizo un esfuerzo por retirarse al santuario.

Ya estaba yo á su lado, y asiéndola cariñosamente de la mano, al volverme la espalda. «¿A quien buscais, la dije, hermosa sacerdotisa?» rompiendo por primera vez el silencio que me habia impuesto, y en un tono que pudiera haber animado al espiritu mas tímido. Mis palabras empero no bastaron á calmar sus temores. Temblando, y con los ojos vueltos todavia hácia el santuario, dijo con trémula voz: «¿Donde está pues aquel venerable

ateniense, aquel filósofo que....»

«Aquí, aquí, exclamé con ahinco interrumpiéndola: miradle todavía á vuestro lado; el mismo que os vió salir de debajo los velos del templo, el mismo que habeis guiado por aquellos laberintos tenebrosos, y que solo aguarda los mandatos de esos labios para consagrarse á vuestro servicio en la vida y en la muerte.» Al pronunciar yo estas palabras, volvió lentamente la cabeza; y fijando sus tímidos ojos en los míos, mientras que ardía en sus mejillas el más carminado rubor, dijo en un tono de duda y de sorpresa: «Tú!» y se tapó con las manos el rostro.

No supe como explicar un recibimiento tan inesperado. Era evidente que había ocurrido alguna equivocación; pero tan inexplicable me parecía toda la aventura, que era inútil querer desentrañar parte alguna de ella, y mientras que yo en silencio aguardaba su decisión, la azorada doncella, lanzando hácia el templo una mirada de terror, cual si la decidiese el recelo de hallarse inmediatamente perseguida, señaló con ahinco hácia el oriente y exclamó: «Corramos al Nilo sin detenernos.» Cruzando después las manos, en actitud de fervorosa súplica, me lanzó una mirada tan tierna, como si intentara suavizar lo tosco del mandato que acababa de pronunciar su boca:

y la elocuencia de sus ojos en aquel momento, hubiera conmovido al estóico más insensibilizado.

No perdi un instante en obedecer tan agradable mandato; y mientras que mis inconexas esperanzas y otros tantos incoherentes deseos se agolpaban en mi imaginacion con la perspectiva de emprender un viaje, bajo semejantes auspicios, descendí prontamente á la ribera, llamando á una de las numerosas barcas que, ancladas en el lago, estaban aguardando flete, en breves instantes quedó concertado nuestro pasaje por el canal al Nilo. Habiéndome tambien señalado los barqueros una senda mas fácil para subir á la peña, volví presuroso al templo en busca de mi bella protegida, y sin una palabra ni mirada que pudiese aun por su dulzura alarmar ó inquietar la inocente confianza que en mí había depositado, la conduje al batel por la tortuosa vereda.

Cuanto nos rodeaba al embarcarnos tenia el aspecto mas encantador. La mañana estaba en su primera frescura, y la senda de la brisa quedaba trazada en la superficie del lago mientras iba despertando las aguas del sueño de la pasada noche. Las vistosas aves de ala dorada que frecuentan estas riberas revoloteaban por encima del lago en todas direc-

ciones: mientras que conociendo su propia hermosura, el pomposo cisne y el grave pelicano se veían alisar su nevoso plumaje al espejo de las ondas. Para aumentar las delicias de la escena, flotaba de cuando en cuando en la brisa la lejana armonía de los instrumentos sordos, procedentes de las barquillas que en aquella temprana hora se ocupan en perseguir á los peces de estas aguas que se dejan fascinar por el suave encanto de la música.

La barca que elegi para nuestro viaje era una de aquellas faluas ó bateles de paseo que tanto usan los lujosos navegantes del Nilo, y sobre cuya cubierta se alza un pabellon de cedro ó de cipres pomposamente dorado por fuera con varios emblemas religiosos, y dispuesto interiormente de modo que sirva para todos los objetos de diversion y de descanso. A la puerta de este pabellon conduje á mi compañera, y despues de algunas palabras de cariño, mezcladas con tanta reserva respetuosa como admitir podía la esquisita ternura que mi alma experimentaba, la dejé que disfrutara en soledad del reposo restaurador que tanto necesitaba la agitacion de su espíritu.

En cuanto á mí, aunque el descanso no me era menos indispensable, la fermentacion en que habian estado mis pensamientos lo hacian del todo imposible. Echándome sobre

La cubierta, debajo de un toldo que me habian preparado los marineros, permaneci durante algunas horas en una especie de letargo, en que ora se me representaban las escenas del drama subterraneo que habia presenciado. y ora mis ojos adormecidos y fijados en la perspectiva que me rodeaba recibian sus brillantes impresiones.

Las márgenes del canal estaban entonces arboladas con la mayor lozania. Debajo de la elegante y elevada palmera se veian los naranjos y limoneros entretejiendo sus ramas, mientras que aqui y alli los corpulentos tamarindos hacian mas densa la sombra: y en la misma orilla del canal se elevaba el sauce babilónico encorvando hasta el agua su gracioso ramaje. En lo mas profundo de estos bosques brillaba á veces un templete ó una casa de recreo, mientras que al ensancharse de cuando en cuando las verdosas alamedas, vagaba la vista por estensos campos, cubiertos de aquellas rosas pálidas y odoríferas que han dado tanta celebridad á estas comarcas.

El movimiento á que escita la hora matinal se veia ahora en todos lados. Bandadas de tórtolas y de verdonez voloteaban entre las hojas; y la garza blanca, que habia animado durante toda la noche en alguna palmera, estaba ahora estendiendo sus alas al sol sobre

el verdoso márgen, ó se deslizaba sobre la corriente, como un pedazo de plata animada. Tambien las flores, tanto terrestres como acuáticas, al despertarse parecian mas bellas, y campeaba sobre todas el soberbio loto, que con el sol alzaba sobre la ola su cáliz, desabrochando sus vistosas ojas para absorver un abundante raudal de su luz.

Tales eran las escenas que pasaban delante de mis ojos, mezclándose con los sueños que ocupaban mi imaginacion, mientras que nuestra barca, á favor de su larga y auchurosa vela, se deslizaba por la superficie del agua. Aunque las ocurrencias de los pasados dias me parecian una serie de portentos, sin embargo, la maravilla mas extraordinaria de todas era que aquella cuya primera mirada habia cautivado mi corazon: aquella en quien habia yo estado pensando desde entonces con una amistad tan vehemente que me lo hubiera hecho aventurar todo para conseguir mi objeto, ertuviese ahora durmiendo tranquila en aquel reducido pabellon, mientras que yo protegiéndola hasta contra mi mismo estaba sosegadamente recostado á sus umbrales.

Entretanto el sol habia llegado al meridiano; el bullicioso murmullo de la mañana se habia ido calmando gradualmente, y todos los

objetos que nos rodeaban dormían en el ardiente silencio de medio día. La oca del Nilo, plegando sus lucidas alas, yacía inmóvil sobre la sombra que arrojaban al agua los sicómosos. Hasta los ligeros lagartos parecían moverse con mayor languidez á medida que la luz iba reflejando mas fuertes resplandores sobre sus escamas tornasoladas de oro y azul. Cansado de tan larga vela y fatigado con tanta diversidad de pensamientos, no tardé mucho en rendirme al soñoliento influjo de la hora. Mientras fijaba en el pabellon la vista, como para asegurar nuevamente á mis sentidos que aun no estaba soñando, sino que la jóven egipcia se hallaba en realidad bajo mi tutela, sentí que al mirar se me iban cerrando los ojos, y á los pocos instantes me quedé profundamente dormido.

## CAPITULO XI.

El canal en que navegábamos era el conducto por donde en los días mas prósperos de Ménfis se transportaban las mercancías del Egipto superior y de la Nubia á su magnífico lago; y desde allí, despues de haber pagado tributo á quella reina de las ciudades, se adver-

tia otra vez su comercio por el Nilo al Océano. El curso de este rio no era recto, sino que tomaba una direccion sudeste hacia el Said: y asi en tiempo de calmas, como cuando prevalecian vientos contrarios, el paraje era muy fatigoso. Pero como ahora la ventolina soplabá del norte, podiamos lisongearnos de llegar al rio antes de anochecer. Aunque nuestra barca con mayor rapidez, su movimiento era tan suave que apenas lo advertiamos; y el pacífico murmullo de las aguas y el soñoliento cántico de los barqueros en la proa, era lo único que turbaba el profundo silencio que reinaba.

Casi se habia sumergido el sol detrás de los montes libicos, cuando me dejó el sueño en estos sonidos me habian sepultado; y el primer objeto en que se fijaron mis ojos al despertar, fue la bella sacerdotisa, sentada bajo el sombrero que defendia la puerta del pabellon, y leyendo con ansia un pequeño volumen que tenia desarrollado en el regazo.

Solo le veia yo el rostro de perfil, y al levantar sus ojos dos ó tres veces al cielo, por cuya luz, que suavisaba la celocia de la techumbre era su faz iluminada, senti renacer en mi pecho todos los sentimientos de veneracion y de respeto que me habia inspirado su primera vista en la capilla. Con la luz del dia

me pareció que rodeaba su semblante un encanto aun mas sagrado, que el que creí divisar en aquellas tenebrosas y profanas regiones. Ahora tambien le era dado alzar directamente la vista al glorioso cielo, y aquel cielo y sus ojos divinos, objetos tan dignos uno de otro, estaban en libre comunicacion.

Después de haberla contemplado durante algunos momentos con miradas poco menos que de adoracion, me alcé del lugar de mi reposo y me acerqué blandamente al pabellon. Mis primeros movimientos la habian sobresaltado, y sonrojada confusa ocultó el volumen bajo la orla de su ropage.

Yo era maestro en el arte de ganar la confianza de las hermosas; y ahora que las lecciones de la galanteria se hallaban reforzadas con la inspiracion del amor, puede muy bien suponerse que apenas podria dudar del buen éxito. Pronto hallé, sin embargo; que el corazon es mucha menos afuente que la fantasia, y cuan distintas son las dos operaciones de enamorar y de estar enamorado. En las pocas palabras que nos dirigimos para saludarnos se echaba de ver que el emprendedor epicúreo se hallaba poco menos cortado que la timorata sacerdotisa; y después de uno ó dos esfuerzos ineficaces para estrechar rela-

ciones entre nuestras voces, los ojos de entrambas se fijaron con timidez en el suelo, y volvimos á caer en nuestro primer silencio.

De esta situacion embarazosa, resultado del rubor por una parte, y por la otra de una sensacion completamente nueva, fuimos al fin sacados por el aviso que nos hallábamnos á la vista del Nilo. A esta noticia se iluminó de alegria el rostro de la jóven egipcia, la cual me pagó la sonrisa con que la felicité por la celeridad de nuestro viaje, con otra tan llena de gratitud que parecia haberse establecido entre nosotros la mas completa simpatia.

Nos hallábamnos ahora á punto de entrar en el rio, de cuyas dulces aguas bebe el desterrado entre sueños, y por un sorbo de cuyo raudal las hijas de los Tolomeos, cuando estaban casadas con príncipes estrangeros, suspiraban en el seno mismo, seno de la magnificencia. Al entrar nuestra barca en la corriente con alojadas velas, me preguntaron los marineros si habian de echar el ancla en el Nilo para pasar la noche; y esta pregunta me advirtió por primera vez mi ignorancia con respecto al motivo y destino de nuestro viaje. Embarazado con tal demanda volvíla vista á la doncella, la cual observé estaba esperando mi respuesta con la mayor ansiedad, que mi tácita

referencia á sus deseos disipó al instante. Desarrollando con presteza el volúmen que yo la habia visto hojear, sacó de entre sus páginas una pequeña hoja de papel en la cual estaban trazadas unas cuantas líneas de borroso dibujo, y despues de haberla contemplado ella misma un instante, la colocó con trémula mano en la mia.

Entretanto los barqueros habian recogido la vela, y la falúa caminaba con lentitud rio abajo, impelida por la corriente, mientras que á favor de una luz que habian encendido encima de cubierta me puse á considerar la hoja que me habia dado la sacerdotisa, cuyos ojos negros y rasgados me miraban de hito en hito. Las líneas trazadas sobre el papiro estaban tan borrosas que casi eran invisibles, y por largo rato me hallé en la mayor perplejidad para acertar su significado. Conoci al fin que era el bosquejo de un mapa, trazado ligera y desigualmente con un cálamo menfiano, y representando una parte de aquella cordillera que limita el Egipto superior al Este junto con los nombres, ó por mejor decir, los emblemas de las principales ciudades de los contornos.

No dudé que esta era la direccion que queria tomar la sacerdotisa, y así di órdenes á los barqueros para que sin perder un instante pudiesen la popa al viento, y navegasen contra

la corriente. Mis órdenes fueron al momento obedecidas: volvió á subir la blanca vela á la region de la brisa; y el placer que adverti en el rostro de la bella egipcia me mostró que no habia dejado de reconocer la prontitud con que habiamos cumplido sus deseos. La luna acababa de salir; y aunque ibamos contra la corriente, el viento etesio de la estacion soplabá con fuerza, y pronto nos hallamos navegando á través de las ricas llanuras y florestas del Said.

No habíamos hecho mucho camino, cuando el brillo de luces lejanas y el estruendo de fuegos artificiales, que por intervalos heria nuestros oidos, nos avisaron que nos aprocsimábamos á una de las ferias nocturnas que en aquella estacion se suelen celebrar en las aguas del Nilo. La escena me era muy familiar pero á mi jóven compañera le pareció un nuevo mundo y la mezcla de alarma y de placer con que se puso á contemplar á través de su velo la animada escena que ya nos rodeaba, dió á su hermosura un aire de inocencia que realizaba todos sus encantos.

Estábamos en una de las partes mas anchurosas del rio, cuya superficie se veia del todo cubierta de bateles. A lo largo de las riberas de una verdosa isla; que se alzaba en medio de la corriente, estaban ancladas las galeras de los

principales traficantes, formando otros tantos bazares, y llevando cada uno en la popa el nombre del propietario escrito con letras de fuego. Sobre la cubierta se veían estendidos en vistosa confusion los productos del telar y de la aguja de Egipto; y aquellos velos de mil colores, que han dado tanta celebridad á las bordaduras del Nilo, y á los cuales el nombre de Cleopatra presta un encanto tradicional. En cada una de las demas galeras se enseñaba algun ramo de manufactura egipcia: vasos de la fragante porcelana de On; copas de aquel frágil cristal cuyos colores compiten con los de las plumas del palomo, talismanes grabados que representaban la cabeza de Anubis: y collares y brazaletes en que se veían ensartadas las habas negras de Ahisia.

Mientras que por una parte desplegaba el comercio sus primores el placer multiplicado en mil formas diversas se deslizaba por la superficie del rio. Ni aun su superficie se limitaba á la algazara de la festividad. A lo largo de las riberas de la isla brillaban palacios iluminados, de los cuales procedia la voz de la música y del festejo. En algunos de los bateles habia bandas de cantores, que se respondian alternativamente de uno á otro lado del agua, cual si fuesen ecos melodiosos; y las notas de la lira y la dulce flauta de madera de loto se oían trinar

en las pausas de la algazara.

Entretanto, de otros bateles apostados en parajes de menor luz, los operarios del fuego lanzaban al aire sus maravillas. Rompiendo por las tinieblas de cuando en cuando, cual si estallasen con la plenitud de su regocijo, sus repentinas llamas parecían llegar al cielo; y deshaciéndose en él para formar una lluvia de chispas, vertían en rededor una luz tan brillante, que iluminaban hasta los blancos montes de la Arabia, haciéndolos resplandecer como la cima del monte Atlas cuando el fuego de sus propias entrañas centellea en torno de las nieves que le ciñen.

La oportunidad que esta lujosa feria nos ofrecía de surtirnos de trages menos vistosos que los que llevábamos puestos, era demasiado tempestiva para que la despreciásemos. En cuanto á mí, el vestido místico y extraño que cubria mis miembros, estaba suficiente oculto debajo de mi manto griego, en que felizmente me había embozado, la noche de mi vela. Pero el delicado velo de mi compañera de viaje era un disfraz mucho menos disimulado. Es verdad que se habían desprendido del cabello los escarabeos dorados; pero el sacro ropaje de su Orden era demasiado visible, y las estrellas de la zona brillaban relucientes á través de su velo.

Con la mayor alegría, pues, se valió de la oportunidad de cambiarlo; y al sacar de una cajita una pequeña joya, la cual juntamente con el libro que había estado leyendo parecían formar su único tesoro, para trocarla por las sencillas vestiduras que había elegido, se le cayó al mismo tiempo la cruz de plata que ya la había visto besar en la capilla y que después llevé á mis propios labios. Este vínculo, pues tal lo supuso mi imaginación, que había ligado nuestros afectos, hizo revivir en mi alma todas las sensaciones que la habían agitado en aquel momento; y sino me hubiera alejado de ella, aquel era el momento en que yo descubría el secreto de mi corazón.

Cumplido el objeto que nos había detenido en esta escena de festividad, volvió á estenderse nuestra vela, y continuamos nuestro viaje contra la corriente. Los gritos de algazara y las alegres luces fueron espirando gradualmente á nuestra espalda, mientras que otra vez nos hallamos navegando en silencio á la claridad solitaria de la luna. Bajaban del aire blandos rocios, dignos de llamarse *lágrimas de Isis*; y todas las flores, y todos los arbustos despedían su fragancia para recibirlos. La brisa, que era suficientemente fresca para llevarnos suavemente, arrugaba apenas la sombra de los tamarindos que cubrían las orillas.

Como los habitantes de las cercanías se hallaban reunidos en la feria nocturna, el Nilo estaba como de costumbre tranquilo y solitario. En efecto, era tan profundo el silencio que reinaba, que al acercarnos á la orilla oíamos el ruido que hacían los camaleones al trepar por las ramas de las acacias. Hacia una de aquellas noches de que solo puede jactarse el clima de Egipto, cuando todos los objetos yacen aletargados en aquella especie de brillante tranquilidad que despide la luna.

Con tan espléndida lumbrera por guía, y á semejante hora, seguimos nuestro rumbo por el solitario río, sentados uno junto á otro sobre la cubierta; siéndonos mutuamente desconocidos nuestros pensamientos, nuestra mira, y hasta nuestros mismos nombres: separados hasta ahora también por destinos tan diferentes; yo, un voluptuoso profesor de los placeres en el Jardín de Atenas; ella, una reclusa sacerdotisa de los templos de Méfis, mientras que la única relación que hasta ahora se había establecido entre nosotros, era por un lado la muy peligrosa del amor mas intenso, y por el otro la de la confianza mas implícita.

La [aventura momentánea de la feria nocturna había no solo disipado aun mas nuestra mutua reserva, sino que nos había pro-

porcionado un asunto sobre el que podíamos conversar sin embarazo. Esta materia nos hizo divagar á otras sin interrupcion, mientras que yo procuraba sostener el diálogo, á fin de que no volviésemos á nuestro silencio primitivo, perdiéndose de nuevo la música de su voz. En efecto solo por este medio de aligerar mi corazon pude contenerme de desahogar completamente mi pecho y mis ideas, mientras que divagando con incansable rapidez de uno á otro tema, solo hacia un esfuerzo para evitar el único que interesaba á mi alma. «¡Cuan brillante y feliz, exclamé señalando á Sothis hermosa estrella de las aguas que resplandecia sobre nuestras cabezas, cuan brillante y feliz deberia ser este mundo si, como dicen vuestros sabios egipcios, fuera ese resplandeciente lucero el astro que presidió á su nacimiento!» En seguida conservando siempre la vista fija en el firmamento, cual si procurase desprender mis ojos de la fascinacion que tanto temian «el caracter pensativo y místico de vuestros compatriotas, continúe, puede trazarse, á través de los siglos, un cielo como el que ahora contemplamos. La mezcla de orgullo y de melancolia que invade al alma á la vista de esas eternas luces resplandeciendo entre la oscuridad; aquella sublime y aterradora anticipacion de un estado

futuro, que se apodera del alma en el silencio de semejante hora, cuando la muerte parece reinar en el reposo de la tierra, al paso que continúan ardiendo en el cielo esas atalayás de la inmortalidad... Deteniéndome al pronunciar la palabra «inmortalidad» y ecshallando un suspiro al pensar lo mal que mis labios devolvían el eco, de lo que pasaba en mi corazón, fijé los ojos en la doncella, y los vi resplandecer al escuchar mis palabras, con un brillo de emanación celeste que solo puede ser hijo de la fé y de la esperanza. Conmovido con el contraste, y mirándola con lúgubre ternura, hallé que tenía los brazos medio abiertos para estrecharla contra mi seno mientras que espiraban en mis labios estas palabras con susurro ininteligible! «y tú también, hermosa doncella! y tú también has de morir para siempre!»

Hallé que casi me había abandonado el imperio que ejercía sobre mi mismo; y levantándome precipitado, me puse á pasear por la cubierta algunos instantes, mirando distraído la hoguera que, según la costumbre de los que navegan de noche por el Nilo, habían encendido nuestros marineros para alejar de la barca los cocodrilos. Mas en vano procuré tranquilizar mis emociones. Cada esfuerzo que hacía contribuía á convencerme de que

mientras no se disipase el misterio que parecia envolver el destino de la doncella, mientras que no se desentrañase el secreto que corroia mi corazon, sería completamente inútil pensar en la mas leve esperanza de descanso.

Resolvi. al menos, abrir ante ella mi propio corazon, en cuanto pudiera arriesgarme á patentizar sus secretos sin alarmar á la tímida inocencia de la sacerdotisa. Volvi, pues, á mi asiento algo mas sosegado, y sacando del seno el espejito que se le habia caído en el templo, y el cual desde entonces habia yo llevado pendiente del cuello, se lo presenté con trémula mano. Los marineros acababan de encender cerca de nosotros una de sus hogueras nocturnas, y al inclinarse ella hácia el espejo, iluminó su rostro la luz.

La sonrosada sorpresa, que cubrió sus mejillas al reconocerlo, y su mirada cúriosa aunque tímida al fijar en mi sus ojos. me dieron á conocer un deseo que no fui remiso en satisfacer: y empezando desde el primer momento que la vi en el templo, la describi mi bajada á la pirámide, mi sorpresa y adoracion en el umbral de la capilla, mi encuentro con las pruebas de iniciacion, que me estaban tan misteriosamente preparadas y todos los diversos portentos de que habia sido testigo en aquella region, hasta el momento en que se

acercó á hablarme.

Aunque al referirla estos pormenores solo le manifesté una parte muy pequeña de las sensaciones que en mí habia escitado su vista: aunque mis labios devolvieron al corazon mas de una sentencia sin atreverse á expresarla: bastante dije, que ni podia suprimirse ni disfrazarse, y mi alma ardia en cada palabra que la dirigi, semejante á la luz oculta bajó los velos de su propia Isis. Cuando la mencioné la escena de la capilla y la silenciosa entrevista que habian presenciado mis ojos entre los muertos y los vivos, inclinó la doncella su cabeza y lloró cual si la angustia le partiera el corazon. Sin embargo, le agradaba el escucharme: y cuando volvió á fijar en mí la vista, habia en sus ojos una cordialidad tan intensa y amorosa como si al saber que yo habia presenciado la escena lúgubre hubiese abierto entre nosotros una nueva fuente de simpatia y de inteligencia. ¡Tan vecinos están los manantiales del amor y del pensar, y tan imperceptiblemente se confunden á veces sus raudales!

Aunque en mí no habia desigño ni artificio, me conduje de tal modo hácia esta inocente jóven, que la mas espermentada galanteria del Jardin no hubiera podido dictarme una politica mas seductora, como la que

ahora me enseñaba mi astuto maestro el Amor. La pasión, que manifestada de golpe y sin reserva habría azorado á un corazón tan poco prevenido como el suyo, suavizada y reprimida por la timidez del cariño verdadero, hizo su conquista sin alamar, y triunfó mas, cuando menos esperaba el triunfo. Semejante al hombre cuyo sueño se va desvaneciendo poco á poco con los ecos de la música, el corazón de la doncella fue despertándose sin el sobresalto mas leve. Siguiendo el ecanto sin saber á do conducía, permaneció ignorante de la llama que en el pecho ageno había encendido, hasta que vió brillar el reflejo en el suyo propio.

Aunque ansiosamente deseaba apelar á su generosidad y simpatía para que me diese una prueba de confianza igual á la que acababa de recibir de mí, ya estaba la noche demasiado avanzada para que osase ecsigir de ella semejante tarea. Despues de habernos dirigido mutuamente algunas palabras, nos despedimos separándonos con repugnancia, aunque nos consolaba la perspectiva de conversar jntos en nuestros sueños.

## CAPITULO XII.

Era tan cerca del alba cuando nos separamos, que otra vez hallamos al sol hundiéndose en el ocaso cuando nos volvimos á reunir. La sonrisa cordial con que me saludó pudiera haberse equivocado por la de una amistad ya madura, si el rosicler de su rostro y la mirada sumisa que siguió, no hubiesen manifestado síntomas de una sensación mas nueva y menos sosegada. Con respecto á mi, aligerado como se hallaba mi corazón con las declaraciones que acababa de hacerle, conocia demasiado el nuevo carácter que habíamos impreso en nuestras relaciones para sentirme sin embarazo alguno al volver á hablar del mismo asunto. Asi fue que con el mayor gusto, permitimos uno y otro que se enagenase nuestra atencion con la variedad de objetos que por el camino se nos ofrecian alejándonos de un tema que nos hacia temblar á entrambos. El rio estaba lleno de movimiento y de vida. A cada instante encon-

trábamos bateles que bajaban á favor de la corriente: la mayor parte de estas barcas venian cargadas de aquellas gruesas esmeraldas, producto de la mina del desierto, y cuyos colores, segun se dice, son mas brillantes en la luna llena, y algunas bajaban con su carguio de incienso recogido en los bosques de acacia, junto al mar Rojo. Sobre las cubiertas de otras, que habian ido hasta las montañas de Oro mas allá de Siene, se veian pilas de léños y fragmentos de aquel palo odorifero que el verde Nilo de la Nubia arrastra en la estacion de las inundaciones.

Menos numerosos eran nuestros compañeros de viaje rio arriba. De cuando en cuando nos adelantaba alguna barca que volvia en lastre de la feria de la pasada noche, con aquellas altas velas que recogen todas las brisas que bajaban de los montes; y de cuando en cuando alcanzábamos á uno de aquellos lanchones llenos de abejas, que en esta estacion se envian para colonizar los jardines del Sur, y aprovecharse de las primeras flores despues que ha pasado la arriada.

Ya se ponía el sol cuando al pasar por delante de un templete que resplandecía en la orilla, vimos salir de un bosquecillo de acanto, que estaba contiguo, un coro de doncellas formando rueda en graciosa danza, y separa-

das unas de otras con ramas de loto, por medio de las cuales formaban su amorosa cadena. Sus trenzados cabellos tambien estaban adornados con tal profusion de estas flores emblema de la estacion, y llevaban tantas guirnaldas de las mismas ceñidas en torno de sus cinturas y brazos, que podian muy bien equivocarse, al triscar tan graciosamente en la ribera, por otras tantas ninfas del Nilo, acabadas de alzarse de sus jardines debajo de las olas.

Despues de haber contemplado unos instantes la sagrada danza, volvió la doncella á un lado los ojos con una mirada de pesar, cual si los recuerdos que escitaba no fuesen de una naturaleza muy halagüena. Este retroceso momentáneo, esta relacion hácia lo pasado, parecia ofrecer una especie de sendero para llegar al secreto que tanto anhelaba mi corazon; y con tanta delicadeza cuanta mi impaciencia permitia, aproveché la ocasion: ella empero, sin hacerse de rogar, y penetrada al parecer de que la confianza que yo habia reposado en ella, merecia la misma por su parte, despojándose hasta de la timidez de su secso, me hizo la relacion de su vida sin la menor reserva; mas como al repetir con sus propias palabras la sencilla historia que me comunicó seria pretender anotar un rasgo

de impremeditada música, con sus gracias fugitivas y ocurrencias felices del momento, que no le es dado al arte restaurar, me contentaré con bosquejar la simple relación de ella, como después la puso por escrito la mano piadosa y venerable de cierta persona, mucho más digna que yo de asociar un nombre con la memoria de un alma tan pura.

## Historia de Alethe.

La madre de esta doncella fue la hermosa Teora de Alejandria. la cual aunque nacida en aquella ciudad, era de linage griego. En sus primeros años fue Teora una de las siete doncellas escogidas, para anotar los discursos del elocuente Origenes, que en aquella época presidia la escuela de Alejandria, y gozaba de la mayor reputacion, tanto entre los cristianos como entre los gentiles. Instruido profundamente en una y otra religion, aplicaba la luz de la filosofia para dilucidar los misterios de la fe; y solo hacia alarde de sus conocimientos en la ciencia mundana, en cuanto le suministraban un auxilio para hacer triunfar la divina verdad.

En vano solicitó la corona del martirio, que parece habia estado suspendida sobre su cabeza durante toda su vida. En una de las ocasiones en que corrió mas peligro su existencia le vistieron sus verdugos con el ropaje de

de sacerdote egipcio, y colocándole en las gradas del templo de Serápis, le obligaron á repartir palmadas á la muchedumbre que acudía al altar, segun la costumbre de los ministros idólatras. Pero el animoso cristiano burló sus intentos, pues alargando con mano firme las ramas de palmera, gritó con voz inturbable: «Venid á tomar la palma, no de un templo idólatra, sino del mismo Cristo!»

Tan infatigable era en sus estudios aquel sabio baron, que mientras componia sus comentarios sobre las Escrituras le rodeaban siete escribas ó notarios, que se relevaban uno á otro para escribir lo que dictaba su elocuente lengua, mientras que otras tantas doncellas, escogidas por su habilidad en los primores de la caligrafía, se ocupaban en arreglar y transcribir las preciosas hojas. (1)

(1) *Este elogio de Orígenes es justo y arreglado á lo que enseña la historia, pues sabido es lo mucho que este sabio trabajó y escribió en favor de la Religion cristiana, sin que por esto se pretenda contradecir la opinion de graves autores eclesiásticos que aseguran que murió herejiarca. La prevaricacion final no quita el mérito de los hechos heroicos de la vida, y mucho menos cuando aquello es dudosa ú opinable, como sucede con Salomon y Tertuliano.*

Entre estas se contaba la hermosa y joven Teora, cuyos padres, aunque adictos al paganismo, estaban prontos á aprovecharse de las habilidades de su hija, empleándola gustosos en esta ocupacion, que consideraban como puramente mecánica. Mas á la doncella acarreábale aquella tarea otras sensaciones y consecuencias. Al escribirlas leía con ansia las divinas verdades, y estas hallaban fácil camino del libro á su corazón. La elocuencia de los comentarios la hicieron admirar el santo testo: y habiendo logrado por la bondad de uno de los catecúmenos de la escuela, hacerse dueña de una copia de las Escrituras, no descansaba un momento, pensando siempre en su sagrado tesoro. Sobresaltada y gozosa lo ocultó á la vista de todo el mundo, cual si hubiese recibido bajo su techo un divino huésped, y temiese describir la existencia de su divinidad.

Sin embargo, habiéndose visto Orígenes precisado á abandonar su escuela, á causa de las etiquetas que se suscitaron entre él y Demetrio, obispo de Alejandria, se concluyó la ocupacion de la hermosa amanuense, cuando sus relaciones con las secuaces de la nueva creencia; y cedió al entusiasmo naciente de su corazón á impresiones mas mudonas.

Entre otros, la del amor contribuyó mucho

á enagenar sus pensamientos. En los primeros años de su juventud, se casó con un aventurero griego, que habia pasado á Egipto con el objeto de comprar aquellas ricas tapicerias en que las agujas de Persia se ven rivalizadas por las lanzaderas del Nilo. Habiéndola llevado á Menfis, que constituia aun el grande emporio de estas mercancías, murió allí en medio de sus especulaciones, dejando á su viuda próxima á ser madre, aunque solo tenia entonces diez y nueve años.

Para las mugeres desvalidas ofrecia un favorito recurso en todos grandes santuarios que absorven tanta parte de las riquezas del Egipto; y puede suponerse que la hermosa Teora no hallaria mucha dificultad en obtener admision en clase de sacerdotisa de Isis, destinándosela al servicio de los templos subterráneos.

Aquí, uno ó dos meses despues de su admision, dió á luz á Alethe, la cual abrió los ojos en medio de las pompas profanas y milagros aparentes de estas misteriosas regiones. Aunque Teora habia oido distraida de su cristiana creencia por otras sensaciones, no habia olvidado del todo las impresiones que recibiera. Guardaba con cuidado el libro que le dió el catecúmeno, y leyéndolo á menudo, empezó á sentir lo que tantos despues de ella han experimentado, esto es, que el cristianismo

es la religion verdadera de los desgraciados,

Entretanto su hija, la jóven Alethe, iba creciendo, aun mas hermosa que ella, mientras que cada hora aumentaba su felicidad y sus temores. Asi que llegó á edad adecuada, le enseñaron á tomar parte en el servicio y ceremonias del templo con las demas hijas de las sacerdotisas. El deber de algunas se reducía á cuidar de las flores que debian servir para las aras; otras tenian á su cargo el llenar todos los dias las sagradas vasijas con el agua del Nilo á algunas les estaba encargado el conservar en perfecto pulimento aquellas plateadas imágenes de la luna, que llevaban en procesion los sacerdotes; mientras que otras se empleaban en dar de comer á los sagrados animales, conservando en el mayor brillo sus plumas y escamas, para encantar los ojos admirados de sus adoradores.

El ministerio encargado á Alethe era el mas noble de todos: el de cuidar de las sagradas aves de la luna, alimentarlas de los huevos que se encuentran en las márgenes del Nilo y que les son tan gratos, y buscar para su uso el agua mas cristalina. Esta ocupacion era la delicia de sus horas pueriles: y aquellas ibis, alrededor de la cual la vió danzar en el templo Alcifron el Epicureo, era su predilecta entre toda la manada, y habia sido acariciada y ali-

mentada por ella desde su mas tierna infancia.

Siendo la música uno de los principales encantos de esta region, su estudio formaba un ramo indispensable de los jóvenes ministros del templo; y el arpa, la lira y la sagrada flauta, en ninguna otra parte sonaban con mayor dulzura que en estos jardines subterráneos.

Entre los medios empleados para sostener el antiguo sistema de superstición contra los incrédulos y aun mas contra la nueva Fe que amenazaba su ruina; era uno el desarrollo de esplendores y de portentos en aquellos misterios que por tantos años habian hecho tan célebre al Egipto. Por consiguiente se ponía en práctica cuanto podian alcanzar los maravillosos conocimientos de los sacerdotes en la pirotecnia, en la mecánica y en la dióptrica, para realzar el efecto de sus misterios, y dar un aire de encanto á todo lo que tenia relacion con ellos.

La belleza de la joven Alethe, la melodia de su voz y la sensibilidad que respiraban todas sus miradas y movimientos, la hacian propósito para desempeñar un distinguido papel en estas escenas alucinadoras; al paso que para la inocente joven estos espectáculos servian de un mero pasatiempo. Mas á Teora, que sabia demasiado el secreto de todas aquellas imposturas, esta profanacion de lo que

amaba mas en el mundo era un perpetuo manantial de horror y de remordimiento. Muchas veces al presentárselo la risueña Alethe vestida quizá como un espíritu del mundo Eliseo, se alejaba estremecida de su inocente hija, imaginándose que ya veia descender sobre sus sienas la sombra del pecado, al contemplar su rostro hechicero.

A medida que se desarrollaban las facultades intelectuales de la doncella, se aumentaban las aprensiones y celos de la madre. Temerosa de comunicarle su precioso secreto no fuera que envolviese á su hija en los peligros que la rodeaban, conocia que era tan cruel como criminal el dejarla completamente sumergida en las tinieblas del paganismo. En esta alternativa, el único recurso que le quedaba era el de escoger entre las tinieblas que la circuian, aquellas particulas de luz que contienen todas las religiones, aquellos sentimientos, mas bien que doctrinas, que Dios no ha negado nunca á sus criaturas, y las cuales han suministrado á los que se guiaban por su reflejo algun destello de la eterna gloria. De este modo procuraba instruir, en cuanto le era dable, el corazon de su adorada hija; y halló que se inclinaba á la verdad, con el mismo instinto con que las plantas que han estado en tinieblas por mucho tiempo, se inclinan á la luz

asi que se da entrada á sus rayos.

Sin embargo, pronto descubrió que al iluminar parcialmente un corazon demasiado exaltado para satisfacer con tan débil resplandor no hacia otra cosa que descaminar el alma que debia conducir la esperanza, sin sustituirle otro sosten. A medida que empezaba la belleza de Alethe á atraer las miradas de todos, se agolpaban nuevos temores al corazon de su madre, temores que justificaban demasiado el carácter de algunos de los que la rodeaban.

En este recinto la moralidad como puede bien suponerse, caminaba de concierto con la falaz religion que en él se profesaba. El hipócrita y ambicioso Orco, que era entonces sumo sacerdote de Ménfis, era un hombre educado por todos titulos para presidir á un sistema de tan espléndido fraude. Habia llegado á aquella época de la vida en que aun queda bastante ardor de la juventud para animar los consejos de la vejez. Pero en él solo quedaban de la juventud pasiones mas vergonzosas que unir á la vejez, mientras que esta contribuia á la maldad de aquellas con toda la refinacion de la edad madura. Le eran bien conocidas las ventajas de una creencia que apelaba enteramente á los sentidos; y no ignoraba que para hacer su religion esclava de sus propios intereses, él mejor metodo era

el amordarla astutamente á las pasiones de los otros.

Entretanto conocia Teora que su hija se conservaba aun pura é inocente; mas cuánto tiempo habria de mantenerse tal, sin la religion que es la centinela del alma, era para ella una duda que la llenaba de los temores mas amargos. Resolvió pues descubrir á Alethe todo el secreto de su alma: hacer partícipe del Cielo á la que era en la tierra su única esperanza, y abandonar cuanto antes estos profanos sitios, acogiéndose al desierto, á las montañas, en fin á cualquier paraje donde pudiesen estar siempre en presencia de su Dios y rodeadas de su inocencia.

Pero estas esperanzas solo fueron una ligera ilusion. Las desazones de Teora habian desmejorado de tal modo su salud, que llegó en breve el instante de su separacion; y ya la mano de la muerte oprimia sus párpados, cuando colocando en manos de Alethe el sagrado volumen, solo tuvo tiempo para suplicarla encarecidamente que huyese de aquel profano recinto, y señalando en direccion á las montañas del Said, nombró con su último aliento el santo varon á quien confiaba, despues del Cielo, la tutela y salvacion de su hija.

Sucedió á la primera violencia de pesar que inundó el corazon de Alethe, una tristeza fija y sin lágrimas, que la hizo insensi-

ble por algun tiempo á los peligros de su situacion. Su único consuelo era visitar la capilla monumental donde yacian los restos de Teora. Allí una y otra noche pasaba contemplando sus plácidas facciones, y orando por el reposo del huido espíritu: y así trascurrían sus solitarias horas: y aunque eran melancólicos sus momentos mas felices. Aunque los místicos emblemas que adornaban la capilla eran mal adecuados al reposo de una cristiana, habia entre ellos uno, la cruz, el cual por una notable coincidencia, es un emblema comun al gentil y al cristiano, siendo para aquel un vano tipo de aquella inmortalidad que es para este una prenda sustancial y consoladora.

De noche sobre esta cruz, que tantas veces habia visto besar á su madre, exhalaba los votos mas solemnes y sinceros de no abandonar la fe que aquella le habia legado. A tal entusiasmo se elevaba su corazon en aquellos momentos, que abediente á los últimos mandatos de los labios que tan pálidos miraba, habria confesado su peligroso secreto, y pronunciado estas palabras » Soy cristiana » en medio de aquellas aras de abominacion.

Ya habia formado su proyectò de fuga, para la cual le daban confianza el conocimiento que

tenia de todas las sinuosidades de aquella region subterránea cuando acaeció el recibimiento de Alcifron como iniciado.

Pronto se divulgó el descenso del Epicúreo en la pirámide, y á la nueva se alarmaron los sacerdotes. Así que se descubrió que el jóven filósofo ateniense era el huesped curioso, y que aun continuaba rondando la pirámide, concluyeron que tal vez atentaria un segundo descenso, y por consiguiente se puso en movimiento toda la maquinaria por cuyo medio se producen los fantasmas é iluciones de la iniciacion, al paso que el movimiento y vigilancia que se suscitaron en toda aquella subterránea region imposibilitaron el designio de Alethe.

Sin embargo, confiada en que el filósofo, tan respetable por sus años, segun se lo figuraba, podria servirle de instrumento y protector en su fuga, resolvió valerse de la primera oportunidad, para descubrirse á él, y al mismo tiempo que corria á su tutela, á advertirle del peligro en que estaba su propia vida, pues sabia muy bien el castigo que el vengativo Orco premeditaba por su incredulidad y desprecio de la farsa que se estaba representando, y en la cual, aunque inocente, hacia ella misma tan distinguido papel.

Llegó la noche en que debia velar el as-

pirante en el gran templo de Isis. Semejante oportunidad de dirigirse á él no podia ofrecer de nuevo tan facilmente. Si él, por compasion ó por temor de su propio peligro, consintiese en ayudar la fuga de ambos, estaba pronta á servirle de guia, mas si por el contrario, se negase á sus súplicas, se hallaba resuelta á fugarse sola, confiando en aquel Dios que vela sobre el inocente.

Su primer objeto era el trasportarse á la isla situada en el lago Mæris, y la casualidad le proporcionó los medios de conseguir su designio. Acercábase el dia de la anual visita del sumo sacerdote al lugar de los Lloros, como se denomina la isla en el centro del lago; y Alethe sabia muy bien estar ya dispuesto el carro de resorte que conduce al sumo sacerdote acompañado de uno de los hierofantas á las cámaras subterráneas del lago. Aprovechándose de esta ocasion; lograba la doble ventaja de facilitar su propia fuga, y de retardar la diligencia de sus perseguidores.

Habiendo visitado por última vez el sepulcro de su madre, y llorado sobre él con las mayores veras de su corazon, y habiéndose detenido un instante para darle un beso á su fovorita Ibís, á la cual aunque Alethe era demasiado cristiana para adorar, era todavia demasiado niña para no tener algun afecto, acudió tempranc

al santuario, y se ocultó en uno de los nichos. Su intención era salir para hablar á Alcifron mientras aun estaba á oscuras el templo; pero sus temores retardaron su intento hasta que casi era ya demasiado tarde: ya se había iluminado la imagen, y todavía quedaba temblando en su escondrijo.

En pocos minutos mas se habrían corrido los potentes velos, y desplegado las glorias de aquellas escenas de encanto, cuando al fin, aprovechándose de la momentánea aurecia de los empleados en los preparativos de esta espléndida mojiganga, salió de debajo del velo y se llegó al Epicúreo á través de la oscuridad. No era ya tiempo de esplicaciones; no le quedaba otro recurso que pronunciar las palabras «Seguidme y callad», al paso que la prontitud en que vió abedecido su mandato la llenó de una sorpresa en nada inferior á la que causaron al Epicúreo sus palabras.

En dos ó tres momentos se hallaron atravesando las tortuosas galerias, dejando que los ministros de Isis desperdiciasen sus esplendores en la nada, á traves de la larga serie de visiones y de milagros que presentaban, sin saber que aquel á quien tanto trabajo se tomaba por deslumbrar, estaba ya, bajo la guía de la jóven cristiana; lejos del alcance de su magia y de sus hechizos.

## CAPITULO XIII.

Tal fue la historia cuyo interesante bosquejo me refirió la inocente doncella con su candoroso lenguaje.

Al acabar su narracion, el sol se levantaba ya en el horizonte; y temerosa de atestiguar la espresion de los sentimientos con que me afectaba su relacion, se levantó de su asiento apenas hubo concluido las últimas palabras, y se ocultó en el pabellon, dejándome con las palabras ya agolpadas á mi labio para manifestarle los afectos que me habia inspirado.

Oprimido con las sensaciones que no pudo desahogar mi alma, me acosté sobre la cubierta en un estado de agitacion que alejaba de mis párpados la benéfica influencia del sueño. Al paso que cada palabra que habia pronunciado y cada sensacion que habia descrito, solo suministraban nuevo alimento á la llama que ardia en mi interior, la cual no pueden describir las palabras mas ecsaltadas de la pasion: habia tambien cierta parte de su historia que

me desanimaba y entristecía. Hayar una cristiana disfrazada bajo el ropaje de sacerdotisa de Méntis, era un descubrimiento que si mi corazon se hubiera hallado menos comprometido, habria estimulado mas poderosamente á mi imaginacion y á mi orgullo. Mas cuando reflexionaba sobre la austeridad de la fe que seguia, el tierno y sagrado vinculo ligado con ella en su memoria, y la devocion que á semejantes objetos consagrados de este modo profesaba el corazon, sus perfecciones mismas solo servian para aumentar la distancia que nos separaba, de manera que al paso que se encendia mi pasion, desfallecian mis esperanzas.

Si nos hubiésemos hallado abandonados, sobre el silencioso rio, á esta comunicacion no interrumpida de sensaciones y de pensamientos, conocia yo demasiado la naturaleza de su seco y del mio, para albergar la menor duda de que triunfaria finalmente el amor. La severidad, empero, de la tutoria á que me miraba obligado á entrégarla, quizá á algun anacoreta del desierto, á alg un austero solitario el cual ganando influjo sobre su alma, sembrarian en ella el odio hácia el réprobo infiel á quien miraba ahora con tan cariñosa sonrisa; todo esto llenaba mi alma de la mas negra desesperacion. Pasadas algunas fugitivas

horas, debía concluirse mi felicidad, abriéndose tan horrible precipicio entre nuestros destinos, que los alejaría tanto uno de otro como la tierra del cielo.

Verdad es que ella estaba completamente en mi poder, no tenía testigo alguno en la tierra, y la soledad del desierto favorecía el amor mio. Pero aun cuando mi ceguedad no reconocía la intervencion del Cielo, yo adoraba en mi Alethe su tipo y sustituto. Si por un instante el mas leve pensamiento de engaño ó de maldad hacía una criatura tan sagrada, se deslizaba por mi imaginacion, bastaba una sola mirada de sus inocentes ojos para confundirme y aterrarme. La pasión misma sentía en su presencia un santo temor, semejante á la llama que tiembla agitada por la brisa; y el amor mas puro sustituía á la religion que entonces no hallaba albergue en mi pecho.

Mientras no sabía su historia, yo habia sido dado fascinarse con los sueños de lo futuro. Pero ahora, que esperanza, que perspectiva me quedaba? Mi única esperanza de felicidad consistía en seducir sus pensamientos á fin de apartarla del proyecto que intentaba seguir; separarla, por medio de la persuasiva, de aquella austera creencia que antes habia yo aborrecido, y que era ahora objeto de

---

mis temores, haciendo que en horfandad, y solitario desamparo se uniese á mi suerte para siempre.

Lleno de estas ideas, me incorporé sobresaltado, y me pasé arriba y abajo de la cubierta espuesto á los rayos abrasadores del sol, hasta que rendido de cansancio me dejé caer entregándome al reposo, que á mi alma agitada le pareció un sueño de fuego.

Al despertar hallé que Alethe habia estendido cuidadosamente sobre mis sienes su velo mientras ella sentada á la sombra de la vela, estaba contemplando con ansiedad la hoja que su madre le habia dado, y se ocupaba aparentemente en comparar su bosquejo con la direccion del rio y las formas de los montes peñascosos por cuya inmediatecion pasábamos. Se puso pálida y turbada, y levantándose presurosa se acercó á mi, como si hubiese largo tiempo estado aguardando el momento de mi vigilia.

No habia duda en que su alma habia perdido la tranquilidad, y que empezaba á alarmarse con sus propias sensaciones. Pero aun cuando conocia vagamente el riesgo á que se hallaba espuesta, su confianza se aumentaba con el peligro; y mas que á si propia, me creia á mi el objeto de su seguridad. El urgente motivo de sus súplicas y anhelo era lle-

y cuanto antes á su asilo en el gran desierto la propia represion que manifestaba por haber permitido que sus pensamientos se apartasen un instante de este fin, de este sagrado propósito, descubria que en verdad lo habia olvidado, y no era difícil traslucir la causa que la habia impelido á ello.

Me dijo que su reposo habia sido turbado por sueños muy espantosos. El espíritu de su madre so le habia aparecido, reprendiéndola con tristes miradas su demora, ya señalando los montes de oriente como lo habia hecho al espirar. Deshaciéndose en lágrimas á este recuerdo acusador, colocó presurosamente en mis manos la hoja que habia estado recorriendo su vista, y me suplicó que me informase sin demora de cuanto quedaba de nuestro viaje, y en cuanto tiempo lo terminariamos.

Aun menos que ella, habia yo cuidado de saber el tiempo y la distancia: y si nos hubiesen dejado continuar en este sueño de delicias, jamás se me habria ocurrido preguntar cuando llegaríamos á su término. Semejante confianza, empero, era demasiado sagrada para que yo no obrase con sinceridad: y aunque repugnaba naturalmente hacer una pregunta que pudiese tan pronto disipar hasta mi última esperanza, bastó su deseo para vencer el egoismo del amor, y cedi al momento

á su voluntad.

En la ribera oriental del Nilo, y al norte de Arsinoe hay una peña muy alta y escabrosa inclinada sobre las aguas, y la cual durante muchos siglos, á causa de cierto prodigio que se observa en ella, ha llevado el nombre de montaña de las aves. Cuéntase que todos los años, en cierta estación señalada, se reúnen grandes bandadas de pájaros en el derrumbadero que forma una de las laderas de esta montaña, y que allí hacen la misteriosa ceremonia de introducir cada una su pico en cierta hendidura particular de la peña hasta que cerrándose esta grieta, queda aprisionada en ella la selecta víctima, mientras que las demás tomando vuelo, la abandonan á su misterioso destino.

A través del derrumbadero donde tiene lugar este encanto, pues tal lo considera el vulgo, corría en los antiguos tiempos un canal procedente del Nilo, hasta alguna ciudad populosa, que ahora se halla sepultada en las arenas del desierto. El canal aun ecsiste hasta alguna distancia del rio, mas poco despues de haber pasado debajo de la arena.

En la inmediacion de este sitio; segun pude coger del bosquejo delineado sobre la hoja, en que una bandada de pájaros representaba el nombre de la montaña, estaba la morada

del solitario á cuya tutela estaba recomendada mi Alethe. Aunque conocia muy poco el plan geográfico del Egipto, se me ocurrió que hacia muchas horas que habiamos pasado esta montaña; y al preguntarlo á nuestros marineros, halle confirmada mi conjetura. En efecto, la habiamos pasado durante la noche anterior: y como desde entonces habia soplado muy recio el viento del norte, y el sol se ballaba cerca de su ocaso, deberiamos hallarnos al menos un dia de jornada al sur del paraje señalado.

Confieso que con este descubrimiento sintió mi corazon una alegria que me costó trabajo ocultar. Me pareció que la fortuna conspiraba con el amor, y que al paso que retardaba el momento de nuestra separacion, me proporcionaba al menos algun rayo de esperanza. Su mirada, tambien y la espresion de su rostro, mas bien animaba que estingua esta secreta esperanza. En el primer instante de su sorpresa, fijó los ojos en mí con tan repentino esplendor, que se quedaron deslumbrados los míos, cual si los hubiera herido un inesperado relámpago. Mas ella, con la misma rapidez dejó caer los párpados, y despues de un ligero temblor de labios, que manifestaba el conflicto de sensaciones que albergaba en su interior, cruzó los brazos sobre

el pecho, y fijó la vista en silencio sobre la cubierta; al paso que todo su rostro tomó una espresion melancòlica, aunque resignada, cual si sintiese, á la par mia, que el destino se inclinaba al lado que no debiera, y que el amor se interponia entre el Cielo y su alma.

No tardé en aprovecharme de lo que creí ser causa de la irresolucion de su alma; pero temeroso de alarmarla si apelaba á sensaciones mas tiernas, procuré interesar su imaginacion y aquel amor á la novedad que está siempre en su vigor en el pecho juvenil. Ya nos acercábamos á Tebas, region de maravillas.

«Dentro de uno ó dos dias, dije yo, veremos descollar sobre las aguas la gigantesca alameda de las Esfinges, y los brillantes obeliscos del Sol. Visitarémos los llanos de Memnon, y las vastas estatuas que al salir el sol arrojan sus sombras sobre los montes de la Libia. Oiremos la imágen del hijo de la mañana responder al primer rayo de la luz. Desde alli, en pocas horas, una ventolina semejante á esta nos transportará á las islas soleadas que están contiguas á las cataratas; alli vagarémos entre los sagrados palmares de Fila, ó nos sentaremos á mediodia en aquellas frescas cavernas que sombrea bajo su arco la cascada de Siene. Oh! ¿Quién podrá preferir á tales esce-

nas de deleite el estéril desierto, y dejar atrás este hermoso mundo: con todos sus encantos sin verlos ni disfrutarlos? A lo menos, añadi asiéndola tiernamente de la mano, á lo menos sustraigamos otros pocos dias del destino ominoso á que os habeis consagrado: y entonces...»

Solo habia escuchado ella las últimas palabras, pues las demas no le habian llamado la atencion. Alarmada con el tono de ternura que habia suavizado mis acentos, á pesar de toda mi resolucion, fijó un momento en mi rostro la vista con la ansiedad mas apasionada: y en seguida, dejándose caer de rodillas y alzando sus manos cruzadas: «No me tenteis os ruego en nombre de Dios, á que abandone mi sagrado deber. Oh, llevadme al punto á aquella desierta montaña, y yo os bendecirè todos los dias de mi vida!»

Conociendo que no podia negarme á sus deseos, le apreté la mano al ayudarla á levantarse; me apresuré á dar órdenes de amainar la vela, pues que nos hallábamos navegando rápidamente hácia el sur, y de que no se perdiese un instante en retrazar nuestro rumbo.

Sin embargo, al dar estas disposiciones me ocurrió por primera vez, que como habia alquilado la barca en la inmediacion de Ménfis, donde era factible que pudiese seguirse con la mayor vigilancia la fuga de Alethe, obrariamos

temerariamente si descubriésemos á los marineros el lugar de su retiro, al paso que nunca se nos presentaria mejor ocasion de evadir semejante riesgo. En efecto, dispuse que nos desembarcasen en una aldea que estaba en la ribera inmediata, so pretesto de visitar un santuario vecino; y habiendo despedido la barca, tuve la satisfaccion de verla de nuevo izar la vela, y volver á tomar su rumbo rio arriba.

De los bateles que estaban desocupados en la orilla, elegi uno que por todos titulos era adecuado á mi objeto, siendo, tanto por su figura como por sus comodidades, una miniatura del que acabábamos de dejar, y tan pequeño y ligero que podia manejarlo por mi mismo, pues que á causa de la rapidez de la corriente, se necesitaba poco mas de una mano para dirigirlo. Logré comprar este batel sin mucha dificultad y despues de una ligera detencion, nos hallábamos embarcados de nuevo, y navegando á la merced de la corriente, mientras que el sol se ponía con brillante majestad en las arenas libicas.

La tarde era mas serena y deliciosa que cuantas habian favorecido nuestro viaje; y al apartarnos de la orilla; llegó á nuestros oidos el acento de una melodia procedente de la vecina ribera. Era la voz de una jóven Nubien-se, que estaba arrodillada delante de una aca-

cia entonando la cancion, invocacion que las gentes de su pais dirigen al encantado árbol:

¡Oh árbol abisinio!  
 A ti nuestro rogar, á ti elevamos  
 Por el color del minio  
 De las flores que brillan en tus ramos;  
 Por tu fruta dorada;  
 Y la espresion hospitalaria y muda  
 Con que tu hoja saluda  
 Al viajero que busca tu enramada.

Oh! árbol abisinio!  
 Cual te bendice el caminante laso!  
 La noche á su dominio  
 La luna niega, y corre el sol á ocaso.  
 Y tú encorvas tus flores  
 Para besar sus sienes, y le dicés:  
 Aquí entre mis matices  
 Reposa el pie, y enjuga tus sudores.

Oh árbol abisinio que adoramos!  
 También ante nosotros  
 Dobléguese tus flores y tus ramos!

Sus compañeras bailaban en contorno y repetían el coro, mientras que oíamos todavía las palabras «oh árbol abisinio» espirar en la brisa, mucho despues que hubimos perdido de

visto el grupo hechicero.

Si en este nuevo arreglo para nuestro viaje tuvo parte algun otro motivo además de los que acabo de manifestar, ni aun yo mismo pude conocerlo. Mas apenas nos hubo alejado la corriente de toda habitacion humana, y nos hallamos solos en medio de las aguas, senti cuan intimamente enlaza la soledad á los corazones y cuanto mas pareciamos pertenecer el uno al otro, que cuando nos rodeaban testigos de vista.

Igual sensacion, aunque sin el mismo temor de su riesgo, estaba pintada en todas las miradas de Alethe, y se descubria en su lenguaje. El heroico esfuerzo que acababa de hacer parecia haber satisfecho á su corazon, con respecto al cumplimiento de sus deberes, mientras que la presteza con que me veia acceder á todos sus deseos, grababa en ella una gratitud, que en el pecho femenino es siempre el seguro precursor del amor. Se hallaba pues feliz iuocentemente feliz; y el candor confiado y aun cariñoso de su trato, al paso que hacia mas sagrada la confianza que reposaba, en mi, la hacia tambien mucho mas dificultosa.

Sin embargo, solo cuando le hablaba de materias que no tenian conecision con nuestro destino, se atrevia á mirarme ó á responderme. Al momento que yo aludia á la suerte que

nos esperaba, la abandonaba su tranquilidad y se ponía triste y taciturna. Cuando le describía la belleza de mi país natal, sus fuentes de inspiración y sus campos de gloria, sus ojos brillaban con entusiasmo; y aun á veces suavizaba la ternura su luz divina. Mas así que me atrevía á insinuar que en aquel hechicero país estaba reservada para ella una vida de amor y de libertad; así que proseguía á contrastar la adoración y felicidad que estarían á su mandato, con las tenebrosas austeridades de la vida á que iba á entregarse: este lenguaje era como la venida de una nube repentina sobre un cielo de verano. Al escucharme dejaba caer la cabeza; en vano aguardaba yo su contestación; y si alguna vez reconviniéndola suavemente por su silencio, me atrevía á bajarme para asirle la mano, sentíame bañado con las ardorosas lágrimas que vertía.

Pero aun esto por muy leve que fuese la esperanza que me ofrecía formaba mi delicia. Aunque preveía que iba á perderla, también descubría que mi amor se hallaba correspondido. Semejante á aquel lago en la tierra de las Rosas (1), cuyas aguas son mitad amargas y mitad dulces, sentía que mi destino era un compuesto de felicidad y de pena; pero

(1) *Provincia de Arsinoe, en el dia Fium.*

ay! esta pena misma valia tanto como la felicidad.

Y asi pasaron con rapidez las horas de la noche, mientras cada momento acortaba nuestro sueño feliz, y la corriente parecia caminar con paso mas precipitado que ninguna otra de cuantas al mar se dirigen.

No ha perdido mi memoria un solo pormenor de aquella escena; el quebrado reflejo de las estrellas sobre el agua, las gorgoritas que hacia el batel, á medida que sin vela ni remo se dejaba llevar por la corriente, como si le condujera un encanto; el perfumado fuego que ardia junto á nosotros sobre la cubierta; y oh! aquel rostro que iluminaba su luz, y que á cada posicion revelaba algun nuevo hechizo, alguna mirada ó sonrisa, aun mas bella y encantadora que la anterior.

A veces, mientras olvidado de todo lo demas del mundo, permanecia yo contemplando su divino rostro, nuestro batel, abandonado á si mismo, solia cejar, y llevándonos á la orilla, enredarse entre las flores acuáticas, ó bien se hallaba atraido por alguna hoya, antes que yo advirtiese donde estábamos. Una vez, habiendo el ruido de mis remos entre las flores asombrado algunas rubicabras, que habian bajado en aquella hora silenciosa para beber en el Nilo, no pude menos de contem-

plarlas como emblemas del sencillo y juvenil corazón de Alethe, que por primera vez habia gustado la esperanza y el amor; pero, ¡ay de mi! que debia tan pronto abandonar para siempre sus dulzuras!

## CAPITULO XIV.

La noche estaba muy adelantada: nuestro rumbo se dirigia á la izquierda, y el recodo del rio que cerraban los montes orientales era señal de que nos aprosimábamos á la morada del cenobita. Cada instante me parecia el último de mi existencia; sentia hundirse mi alma en la desesperacion: y esta me habria sido intolerable á no ocurrirme una repentina resolucion, que me dejó entrever un rayo de esperanza capaz de calmar en algun modo mi agitada mente.

Aunque toda mi vida habia aborrecido la hipocresia, no escrupulicé ahora en valerme de ella contra lo que me era mas temible que la deshonra y la muerte, esto es, el separarme de mi idolo. Mi desesperacion adoptó el

proyecto humillante, pues tal me parecía aun en medio del gozo con que lo abracé, de ofrecerme al ermitaño como prosélito de su creencia, y llegar á ser por este medio bajo su tutela el condiscipulo de mi Alethe.

Desde el momento en que resolví ejecutar mi designio sentí que mi corazón se habia aliviado. Aunque conocí en que laberinto de imposturas me enredaría mi plan, todo lo sacrificué á la esperanza de estar juntos; y con esta esperanza eché en olvido mi orgullo y mi filosofía, pareciéndome todo tolerable con tal que no perdiese á mi querida.

Habiéndome resuelto, cedi con menos repugnancia á las súplicas de Alethe para averiguar la posición de la bien conocida montaña, contigua á la cual estaba la morada del anacoreta. Ya habíamos pasado uno ó dos vastos peñascos que estaban desprendidos como castillos sobre la margen del río, y que correspondían en cierto modo con el diseño descrito en la hoja de papiro. Eran tan pocos los vivientes que animaban aquellas riberas, que casi desesperé de hallar quien me diese el deseado informe, cuando dirigiendo la vista á la orilla occidental, descubrí á un barquero entre los juncos, que dirigia su batel con alguna dificultad contra la corriente. Saludándole al pasar le pregunté donde estaba la mon-

taña de las aves, y apenas tuvo tiempo de responder «Allí,» señalando á una elevacion que descollaba sobre nuestras cabezas, cuando observé que estábamos entrando en la sombra que este vasto peñasco arroja hasta la opuesta orilla.

A los pocos momentos llegamos á la boca del derrumbadero, una de cuyas laderas está formada por la montaña de las aves, y por el cauce por donde se desliza el parco canal procedente del Nilo. A la vista de esta sima, en alguna de cuyas tenebrosas cavernas residia el solitario, nuestras veces se convirtieron en leve susurro, mientras que Alethe fijó en mí la vista con temor supersticioso, como si no estuviese segura de que permanecía aun á su lado. Sin embargo, un vivo movimiento que hizo con la mano hácia el derrumbadero, me convenció de que su proyecto era invariable: y por lo tanto restringiendo con mis remos la carrera de nuestro bachel, logré no sin bastante trabajo apartarlo de la corriente del rio, introduciéndolo en aquel lúgubre y tranquilo canal.

Nuestra transicion de las risueñas y animadas escenas por donde habíamos trascurrido, á las tinieblas mas profundas de la desolacion, fue casi repentina. Mientras que á un lado del derrumbadero yacia el agua sepulta-

da en sombra, los blancos y desnudos peñascos que formaban la otra se' encumbraban al pálido reflejo de la luna. La perezosa corriente por la cual pasábamos cedía con bronco murmullo al remo; y al chillido de unas pocas aves acuáticas, que habíamos asombrado en sus guaridas, sucedió un silencio tan muerto y aterrador, que nuestros labios parecían temer interrumpirlo con su aliento, y las exclamaciones de, «cuán triste! cuán lúgubre!» eran casi las únicas palabras que nos atrevíamos á pronunciar.

Habíamos navegado por algun tiempo á través de este tenebroso desfiladero, cuando observamos á alguna distancia delante de nosotros, y entre las peñas que iluminaban los rayos de la luna, un chozajo ó mas bien cueva sobre un arrecife que se alzaba de las aguas del canal, y que, á causa de uno ó dos árboles plantados en su cercania, tenia toda la apariencia de ser morada de algun ser humano. «¡Este pues, me dije á mi mismo, el asilo preparado para Alethe!» y volvió á apoderarse de mi alma la desesperacion, mientras que al fijar en ella la vista, permanecieron sin movimiento los remos en mi mano.

Tambien Alethe, cuyos ojos se habian dirigido al mismo objeto, se fue arrimando á mi; y poniendo su mano sobre la mia, con

la mayor agitacion. «Aquí, exclamó, debemos separarnos para siempre.» Volvime hácia ella al hablarme; y noté una ternura y desazon en su rostro, que entristeció mi corazón, y lo inflamó á la vez. «Separarnos! contesté yo con entusiasmo: No! El mismo Dios nos recibirá á entrambos. Tu religion, Alethe, ha de ser desde este instante la mia, y contigo viviré y moriré en este desierto!»

Su sorpresa y delicia al escuchar estas palabras fueron semejantes al delirio de un momento. La agitada y ansiosa sonrisa con la cual fijó en mi los ojos, como si fuera para cerciorarse de si habia oido bien mis palabras, manifestó un deseo demasiado grato para que la razon pudiera sufrirlo con tranquilidad. Al fin su henchido corazón halló alivio en un torrente de lágrimas; y pronunciando entre dientes una bendicion incoherente, dejó caer lánguida la cabeza sobre mi brazo. La luz de nuestra hoguera iluminaba su rostro; y vi sus ojos, que habia cerrado por un instante, abrirse y contemplarme con la misma ternura... al paso que... ¡bondosa Provindencia! qué presente tengo aquel momento! yo iba á sellar sus labios con los míos, cuando repentinamente saludó nuestros oidos, cual si bajase del cielo, un coro melodioso de voces, que llenó con su armonia todo el valle.

Deshaciéndose de mis caricias al escuchar estos sonidos sobrenaturales, se arrojó la doncella temblando de rodillas; y sin atreverse á levantar los ojos exclamó: «¡Oh madre mia, oh madre mia!»

Era el himno matutino de los cristianos lo que habia llegado á nuestros oidos: el mismo que, como supe despues, sobre su alto terrado en Ménfis, le habia enseñado á Alethe su madre á cantar á la salida del sol.

Poco menos sorprendido que mi compañera, alcé los ojos, y descubri sobre la misma cumbre de la peña que estaba sobre nosotros, una luz que parecia salir de una pequeña abertura ó ventana, de la cual tambien procedian los acentos que nos habian parecido tan sobrenaturales. Era indubitable que habiamos hallado, sino la morada del anacoreta, la guarida al menos de algunos de su fraternidad, con cuyo auxilio no podiamos dejar de descubrir el paraje de su residencia.

La agitacion que los primeros acentos de la salmodia habian producido en Alethe, pronto dieron lugar á las reflexiones calmantes que la siguieron: y sobre sus sienes se difundió una tranquilidad desconocida en ellas desde nuestra reunion. Parecia sentir que habia ya llegado al puerto que deseaba, y que debia acoger, como la voz misma del Cielo,

los sonidos melodiosos que le daban la bienvenida.

No me era dado, sin embargo, simpatizar con sus sentimientos. Impaciente por saber el destino que nos esperaba, atraqué mi bachel á la base de la roca, esactamente debajo de la ventana de donde salia la luz, á fin de hallar alguna vereda que me condujese al objeto de mis deseos. Habiéndome dado Alethe unas cortas instrucciones, y repetido de nuevo el nombre del cristiano á quien buscábamos, salté á la orilla, y no tardé en descubrir unas toscas gradas cortadas en la peña, que conducian á la cumbre de la roca con fácil ascenso.

Despues de haber subido durante algun tiempo, llegué á un terraplen ó meseta que la mano del trabajo habia conseguido convertir en huertecillo, y en donde crecia una que otra palma y algunas higueras: en torno se divisaban á favor de la trémula luz, una infinidad de cuevas ó grutas, en alguna de las cuales podia caber un cuerpo humano, al paso que las demas parecían tan pequeñas como las tumbas de las sagradas aves al rededor del lago Mæris.

Vi que solo habia conseguido llegar á la mitad del ascenso, sin que pudiese descubrir medio alguno de continuar la subida, á causa

de que desde allí la roca se encumbraba perpendicularmente como una muralla. Al fin, sin embargo, registrando alrededor, descubri detrás de la sombra de una higuera una escala de palo descansando firmemente contra la peña, la cual proporcionaba una subida fácil y segura hasta lo alto.

Habiendo hecho este descubrimiento, bajé al batel, donde hallé á Alethé temblando ya por su corto abandono; y habiéndola conducido al silencioso huerto, la deposité con toda seguridad entre su sagrada sombra, y seguí la subida hácia la luz que brillaba sobre el peñasco.

Al fin de la escalera, me hallé en otra plataforma ó meseta algo mas reducida que la primera, pero adornada tambien de árboles y segun pude descubrir el mezclado reflejo del alba y de la luna, embellecida con varias flores. Ya me hallaba cerca de la cima, y otra escalera de mano apoyada contra la peña me proporcionó el llegar en pocos minutos á la abertura de donde salia la luz.

Mi subida habia sido con el mayor silencio, tanto con motivo del temor que toda aquella escena me infundia, cuanto por no querer interrumpir groseramente los sagrados ritos. Nadie por consiguiente me habia oido, y esto me proporcionó ocasion de observar durante

algunos momentos el grupo de personas que habia en la habitacion, antes que me descubriesen.

En medio de la estancia, que parecia haber sido en algun tiempo oratorio pagano, habia una reunion de siete ú ocho personas de ambos sexos, arrodilladas en silencio alrededor de un pequeño altar; mientras que entre ellas, cual si presidiese á la ceremonia, estaba un anciano, que al momento de mi llegada presentaba á una de las fieles un cáliz de alabastro, al cual ella aplicaba á sus labios con la mayor reverencia. El rostro del venerable ministro, al pronunciar sobre su cabeza una corta plegaria, manifestaba una espresion profundamente sentimental, que descubria lo absorto que estaba en aquel sagrado rito; y asi que ella bebió de la copa, en la cual estaba grabada una cabeza circuida de gloria, el santo varon se inclinó para darle un beso en la frente.

Despues de esta salutacion de paz y de despedida, se levantaron en silencio todas las personas que componian el grupo, y entonces por primera vez, una muger dando un grito de terror descubrió que habia en la ventana un rostro desconocido. Toda la reunion parecia alarmada y sobrecogida, escepto su digno ministro el cual separándose del ara con ros-

tro sereno, alzó el pestillo de la puerta que estaba contigua á la ventana, y me admitió en el sagrado recinto.

Habia en las facciones del anciano una mezcla de dulzura y de superioridad, de sencillez y de energia, que infundia adhesion y homenaje, mientras que yo entre confiado y temeroso de hallar en él al mentor destinado á Alethe, fijé los ojos en su rostro al entrar y pronuncié el nombre de Melanio. «Melanio es mi nombre, jóven extranjero, respondió el anciano; y sea tu venida hostil ó amistosa, Melanio te bendice.» Asi diciendo, hizo sobre mi cabeza una señal con su mano derecha: y yo obligado por un voluntario respeto, recibí inclinándome á su bendicion.

«Que este volúmen, repliqué, sea garante de lo pacífico de mi mision,» colocando al mismo tiempo en sus manos la copia de las Escrituras, que él mismo habia dado á la madre de Alethe, y la cual su hija traia ahora como credencial del derecho que tenia á su proteccion. Al reconocer esta sagrada prenda, la solemnidad que habia marcado su primer recibimiento se convirtió en melacólica ternura.

Parecia que se deslizaban por su alma recuerdos de otros tiempos, y al recibir de mis manos el libro, con un sollozo que motivaba

alguna triste memoria, advirtió algunas palabras que estaban escritas en la hoja exterior. Estas; aunque sucintas, contenian quizá la última voluntad de la espirante Teora, pues al leerlas cen abinco, vi que las lágrimas empañaban sus ancianos ojos. «El encargo, exclamó con voz balbuciente, es sagrado, y espero que Dios me dará su auxilio para guardarlo con fidelidad.

Durante este corto diálogo, se habían ausentado las demas personas de la congregacion, pues que eran, como despues supe, feligreses de las vecinas márgenes del Nilo, que se reunian en secreto antes del alba, para adorar á Dios. Temeroso de que su presencia no alarmara á Alethe, añadi precipitadamente una sucinta relacion de nuestras aventuras; y dejando que el venerable cristiano me siguiese á su paso, bajé con ligereza la escala para reunirme á la doncella.

## CAPITULO XV.

Meranio fué uno de los primeros cristianos del Egipto, que á imitacion del reciente ejemplo del hermitaño Pablo, renunciando á

todos los placeres y comodidades de la sociedad, habia abrazado una vida de contemplacion en el desierto. Menos ascédita su piedad que la de la mayor parte de estos solitarios, no olvidò el mundo aun cuando se separaba de él. Conocia Melanio que el hombre no habia nacido para vivir enteramente para si; que en sus relaciones con el género humano no era mas que un eslabon de la cadena social; y que su misma soledad podia convertirse en ventaja para otros. Al huir, pues, del bullicio de la vida, no procuró colocarse fuera del alcance de sus simpatias, sino que eligió un retiro donde pudiese combinar las ventajas de la soledad con las ocasiones de ser útil á sus semejantes, estableciéndose á las inmediaciones de sus moradas.

El gusto que el linaje de Misraim habia heredado de sus ante pasados los Etiópes hácia las tinieblas de las guaridas subterráneas, habia proporcionado á los anacoretas cristianos la facultad de elegir sus moradas secretas, por hallarse todo el Egipto minado de criptos y cavernas. En efecto, algunos hallaron abrigo en las grutas de Eletias; otros entre los sepulcros regios de la Tebaida. En medio de los Siete-Valles, que apenas bañan los rayos del sol, unos cuantos fijaron su melancólica residencia, mientras que otros habitaban en la vecindad

de los rójizos lagos de Nitria, contemplando allí á su Dios en medio de la esterilidad de la naturaleza, y gozando de paz, envidiable en su desolacion.

Sobre una de las montañas de Said, al oriente del rio, fue donde Meliano como hemos visto, fijó su habitacion entre la fertilidad y lozania del Nilo, y la solitaria y lúgubre esterilidad del desierto. A medio camino de la cima de esta montaña, donde se avanzan las peñas sobre el derrumbadero, hallé una serie de cuevas ó de grutas escarvadas en la roca que habian servido para algun objeto misterioso, pero cuyo uso hacia tiempo que se habia olvidado.

A este paraje, despues del destierro de su gran maestro Origenes, acudió Melanio con unos pocos fieles; y tanto con el ejemplo de su inocente vida, quanto con el poder de su elocuencia, consiguió convertir á su fe á innumerables personas.

Establecido en la inmediacion de la opulenta ciudad de Antinoe, aun quando no se mezclaba en su bullicio, su nombre y fama se habia difundido entre sus habitantes; y la celda del ermitaño siempre estaba abierta para cuantos buscaban en ella consuelo ó instruccion.

A pesar de la rigida abstinencia de sus

propios hábitos, cuidaba mucho de proporcionar todas las comodidades á otros. Contento con un tosco lecho de paja para si, tenia siempre preparado para el extraño un lugar de reposo menos grosero. Jamás el indigente ni el caminante se separaron de su gruta sin auxilio; ó con la ayuda de algunos de sus congregantes, habia formado varios huertecillos en las laderas de la montaña, que daban cierto aspecto de alegría á su pedregozo domicilio, y le proporcionaban los principales consuelos que se requieren en aquel clima abrasador, esto es, abundancia de sombra y de fruta.

Aunque habian sido de corta duracion sus relaciones con la madre de Alethe durante el periodo de su asistencia á la escuela de Origenes, el interés que habia tomado entonces por su suerte era demasiado vivo para que pudiese borrarse fácilmente. Habia advertido el celo con que su corazón juvenil anhelaba la instruccion; y la idea de que una alma semejante estuviese embuida de los abominables ritos de la idolatria inquietada á menudo su alma con el dolor mas intenso.

Así fue que con el mas vivo placer, uno ó dos años antes de la muerte de Teora, habia sabido por medio de una comunicacion secreta, transmitida por conducto de un embal-

amador cristiano de Méfis, que no solo el corazón de la madre se había arraigado en la fe, sino que un hermoso retoño había florecido con la misma divina esperanza, y que antes de mucho tiempo tendría el gusto de verlas á entrambas transplantadas al desierto.

La llegada de Alethe fue por tanto menos sorprendente para él, que motivo de sus penas el saber que había venido sola: y la silenciosa angustia pintada en sus rostros al verse por primera vez, demostró cuan profundamente estaba grabada en sus almas la memoria del vinculo que así los reunia, y el sentimiento de que ya estuviese inmóvil la mano que debiera haberse juntado á las suyas en gran felicitacion. Descubri entonces que ni aun la religion es suficiente égida contra las penas de la mortalidad; pues mientras el anciano le apartaba los rizos que la cubrian la frente, y contemplaba en aquel rostro hechicero el reflejo de los rayos de hermosura que habían iluminado las facciones de su madre, observè cierta melancolia mezclarse con su piedad cuando exclamó alzando los ojos al Cielo: «Dios haya dado descanso á su alma;» significando que la seguridad de que están gozando de una inmortal bienaventuranza no puede aun ahogar en nosotros el pesar de haber

perdido en la tierra á los que tiernamente hemos amado.

Ya resplandecía sobre el desierto la plena luz de la mañana, y nuestro huésped acertando por las lánguidas miradas de Alethe cuantas horas de ansiedad y de vigilia habíamos pasado, nos convidó á buscar en las alcobas de la peña aquel reposo que podia ofrecernos la pobre morada de un ermitaño. Señalando hácia una de las aberturas mas anchurosas, al dirigirme la palabra; «alli, me dijo, en aquella gruta hallarás un lecho de hojas frescas; y la satisfaccion de haber protegido á la desvalidez y á la horfandad endulce tu reposo.

Senti cuantos y cuan duros sacrificios me habia costado el merecer esta alabanza, y casi me arrepenti de haberme hecho acreedor á ella. Velaba la tristeza el rostro de Alethe cuando de ella me despedi.

Habiendo encendido una lámpara para mi uso, por ser indispensable aun en medio del dia para transitar por aquellos subterráneos, el santo varon me condujo á la entrada de la gruta donde... me sonrojo al decirlo... comenzó mi carrera de hipocrecia. Solo con el objeto de lograr otra mirada de Alethe, me volvi con la mayor humildad para solicitar la bendicion del cristiano, y mientras me inclinaba para

recibirla, le declararon mis miradas cuanto pasaba en mi corazón, y en seguida con alma demayada me apresuré á ocultarme en mi caverna.

Una corta galería me condujo á la habitación interior, cuyos muros como los de las grutas de Licópolis, hallé cubiertos de pinturas, que, aunque ejecutadas muchos siglos antes, tenían una apariencia tan fresca como si su colorido acabase de salir del pincel del maestro. Todas eran representaciones de escenas rurales y domésticas, y en la mayor parte de ellas, la imaginación melancólica del artista había como de costumbre, introducido la muerte para sombrear con su presencia el colorido de la pintura.

Llamó particularmente mi atención una serie de objetos en todos los cuadros en que un mismo grupo, compuesto de un mancebo, una joven y dos personas ancianas, que parecían ser los padres de la doncella, estaban representados en todos los pormenores de las escenas de su vida. Las miradas y actitudes de los jóvenes manifestaban que eran amantes: á veces estaban sentados bajo una gloria de flores, mirándose cariñosamente el uno al otro, cual si jamás pudiesen dirigir la vista á otra parte; á veces aparecían paseándose en las riberas del Nilo.

Una de aquellas noches alagüeñas  
Cuando de amantes astros refulgente  
Sacra Isis enseñas,  
Sobre las aguas tu nupcial creciente;  
De mancebos y virgenes gozoso  
Para observar tu luz resplandeciente,  
El coro vagoroso  
Cuenta las noches que verás risueña  
Sin volver á abrazar al sol tu esposo.

En todas estas escenas de cariño siempre estaban presentes los dos ancianos, y sus rostros parecían animados con el [reflejo de la luz amorosa á cuyo rayo se soleaban los amantes. Hasta aquí todo era delicia; más no distaba mucho la triste lección de mortalidad. En el último cuadro de la serie faltaba una de las figuras; y esta era la de la joven que había desaparecido de entre ellos. Los tres estaban á orillas de un oscuro lago; mientras que una barca que acababa de zarpar para dirigirse á la ciudad de los muertos, manifestaba con demasiada verdad el término que había tenido su sueño de delicias.

Esta memoria de los pesares de otros tiempos, de pesares tan antiguos, como la muerte misma: era lo que faltaba para profundizar la melancolía de mi alma, y aumentar el peso

de los muchos presagios que oprimian á mi corazon.

Después de una noche, como puede en verdad llamarse, de pensamientos inquietos y de ansiosa vigilia, me levanté y volvi al huerto. En él estaba el cristiano solo, bajo la sombra de uno de sus árboles sentado junto á una mesita sobre la cual estaba desarrollando un volumen mientras que una hermosa rupicabra yacia durmiendo á sus pies. Hirióme fuertemente el contraste que este venerable varon ofrecia con los orgullosos sacerdotes paganos, á quienes yo habia visto rodeados de la pompa y lujoso esplendor de sus templos. ¿Es esta, pues, dije entre mi, la respetable creencia ante la cual se estreñece el mundo? ¿Su templo, el desierto; sus tesoros, un libro; y su sumo sacerdote el solitario morador de la peña!

Me tenia preparada una comida sencilla, aunque hospitalaria, cuyos manjares mas esquisitos eran varias frutas cogidas en su propio huerto, el pan blanco de Olira, y el jugo de la caña azucarada. Su saludo fue aun mas cordial que antes; pero la ausencia de Alethe, y aun mas la reserva con que el ermitaño, no solo se abstenia de toda mencion de ella, sino que eludia las pocas preguntas indirectas que yo le hacia, parecian confirmar todos mis celos.

Conoci que ella le habia informado de los por menores de nuestra fuga: mi reputacion como filósofo, mi deseo de hacerme cristiano, todo era ya conocido del celoso anacoreta; y el asunto de mi conversion fue el primer tema de sus exhortaciones. Orgullosa filosofia! cuan humillada te hallaste, y con que rubor me vi ante aquel venerable varon con los ojos fijos en el suelo, mientras que confiando noblemente en la sinceridad de mis intenciones me felicitó por haberme prestado á ser participante de su única esperanza, é imprimió en mi incrédula frente el beso de caridad!

Aunque me sentia embarazado por el conocimiento interior de mi hipocresia, me hallaba aun mas perplejo por mi total ignorancia de las doctrinas que fingia querer abrazar. Avergonzado y confuso, y conociendo que mi corazon sufría con su propio engaño, escuché las animadas y elocuentes felicitaciones del cristiano, y procuré disimular, inclinándome reverentemente á cada pausa de su exhortacion; la falta de preseneia de ánimo y aun de voces que tanto me apuraba.

Si semejante prueba hubiese durado muchos minutos mas, confieso que hubiera descubierto claramente mi criminal impostura. Pero el santo varon conoció mi embarazo; ya le equivocase con el temor, ya conociese que se

debía á mi ignorancia, me sacó de mi perplejidad mudando de repente el tema de su conversacion. Despertó cariñosamente á su rupicabra, y habréis sin duda oido «Hablar, me dijo, de mi hermano el ermitaño Pablo, que á cada hora desde su cueva en las montañas mármóreas cerca del mar Rojo envia al Cielo el sacrificio de la accion de gracias. Dicen que un leon es el compañero de sus romerias mas para mi, añadió con una sonrisa benigna y significativa, que solo procuro domesticar los animales menos feroces, este debil hijo del desierto es un compañero mas agradable.» Tomando en seguida su báculo, y guardando el añejo volúmen, que habia estado leyendo, dentro de un bolson de piel de cabra que llevaba pendiente del hombro, «Ahora, me dijo, te llevaré por mis pedregozos dominios, á fin de que veas en que lugares tan ásperos é infructíferos puede brotar y recogerse aquel fruto de espíritu, llamado *paz*.»

Hablar de paz á un corazón como el mio, era lo mismo que traer á la memoria de un marinero sumergiéndose en los mares borrascosos, el recuerdo de alguna distante bahia. En vano miré al rededor para buscar alguna señal de Alethe; en vano hice un esfuerzo para pronunciar su nombre. El rubor de mi propia hipocrecia, y el recelo de despertar las sospe-

chas de Melanio, por cuyo medio pudiese frustrarse mi única esperanza, encadenaron mi espíritu y refrenaron mi lengua. Seguí pues en silencio; mientras que el jovial anciano, con buelias firmes aunque tardias, ascendió á la peña por las mismas gradas que me habian proporcionando la subida lo noche precedente.

Segun me informó, parece que los cristianos de las cercanias, durante el furor de la persecucion de Decio, se habian refugiado bajo su proteccion en aquellas grutas; y que la capilla de la cima, y donde los habia yo hallado en oracion era en aquellos tiempos de peligro el lugar de su retirada, donde solo con subir las escaleras de mano, se hallaban resguardados de toda persecucion.

Desde la cumhre de la peña, abrazaba la vista á uno y otro lado los dos extremos de fertilidad y de desolacion; ni les faltaba al Epicúreo y al Anacoreta, que tendia la vista desde la altura, con que dar pábulo á sus diversos gustos, entre la animada lozania del mundo por un costado, y el ecsanime reposo del desierto por el otro. Cuando nos volvíamos hácia el rio, ¡qué escena tan animada se nos presentaba! Cerca de nosotros, al sur se alzaban las elegantes colunatas de Antinoe, sus soberbias y populosas calles y sus

monumentos de triunfo. En la ribera opuesta, ricas llanuras cultivadas hasta la margen del agua ofrecían al sol sus frutos, como si fueran otros tantos verdosos altares; mientras que á nuestros pies se ensanchaba el majestuoso Nilo.

La sagrada corriente que gloriosa  
 Por sus cauces ayer se deslizara,  
 Mientras que en sus riberas mil marmóreas  
 Ciudades, y mil templos relucian  
 Cual joyas en cadenas engastadas;  
 Hay sobre sus riberas estendida  
 Ocupa la llanura y hondo valle  
 Cual gigante que alzándose del lecho.  
 En rededor sus miembros esparraña.

Desde esta escena á un lado de la montaña, solo teníamos que volver la vista para figurarnos que la naturaleza habia repentinamente espirado: un anchuroso baldío de arenas, triste é interminable, fastidiaba al sol con su monotonía, de desolación; rocas negras y abrasadas formaban la barrera que parecia detener los pasos de la naturaleza florida, mientras que las únicas señales de existencia pasada ó presente, eran las huellas del avestruz ó rupicabra diseminadas aquí ó allí, ó los huesos de los camellos muertos, que re-

luciendo blanquecinos á lo lejos, señalaban la ruta de las caravanas á través del yermo.

Después de haber escuchado á mi conductor, mientras en pocas y elocuentes palabras moralizó sobre el contraste que presentaban las dos regiones de vida y de muerte en cuyos límites nos hallábamos volvi á bajar con él al huerto de donde habíamos salido. Volviendo desde allí y tomando una vereda que corria al lado de la montaña, me condujo mi guía á otra hilera de grutas que daban cara al desierto, y las cuales, según me informó habían servido de guarida á aquellos sus hermanos en Cristo que le habían acompañado á esta soledad huyendo del borrascoso mundo. Una cruz de piedra roja y unos cuantos árboles agostados eran las únicas memorias que de su residencia en aquellos parajes habían dejado los anacoretas.

Después de un silencio de algunos minutos, bajamos á la margen del canal donde vi entre las supuestas peñas la caverna solitaria cuyo aspecto tanto me había horrorizado la noche anterior. Junto á la orilla hallamos una de aquellas toscas barcas que construyen los Egipcios de tablas de pino silvestre, ligadas entre sí con tiras de papiro: colocándonos en ella y mas bien empujándola que sirviéndonos de nuestros remos para hacer la travesía; surcamos el cenagoso canal, desembarcando debajo de la

caverna.

Esta habitacion, como ya he mencionado estaba situada sobre una meseta de la peña, y á causa de tener una abertura ó ventana para admitir la luz del cielo, esta tenida por mas cómoda que las grutas en la banda opuesta del derrumbadero. Pero las escenas del contorno eran tan lúgubres que la luz solo servia para prestarle nuevos horrores.

La apagada blancura de las peñas, que se alzaban como espectros; el melancólico estanque medio sepultado en las arenas; en fin, cuanto veia á mi alrededor me ofrecia la idea de un mundo que caminaba á su ruina. Parecióme que habitar en semejante sitio era llevar una vida moribunda; y aunque me hallaba preparado á sufrir lo peor, cuando el cristiano al entrar en la cueva me dijo; «Esta ha de ser tu morada», me faltó la resolución y estallando á la vez todos los sentimientos de frustada pasion y de orgullo humillado, que durante las últimas horas se habian ido reuniendo en torno de mi corazón, me deshice en un torrente de lágrimas.

Bien acostumbrado á la debilidad humana, y acertando tal vez todos los motivos que originaban la mia, el venerable ermitaño, con semblante cariñoso y alegre, comenzó á ensalzar lo que llamaba las comodidades de mi

albergue: «A cubierto en este paraje, me dijo, del viento seco y abrasador del mediodía, este pórtico dará entrada á la fresca brisa del astro canicular. Las frutas de mi huerto os suministrarán la necesaria comida, y el pozo de la contigua peña os proporcionará una abundante bebida: y aquí (continuò bajando la voz para acomodarla á un tono mas solemne, al colocar sobre la mesa el volúmen que habia traído consigo), aquí, hijo mio, teneis el pozo de aguas vivas, en donde únicamente hallareis el refrigerio ó la paz perdurable». Así diciendo, bajó de la peña, y entró en su batel; mientras que despues de haber llegado á mi oido unos cuantos golpes de su remo, se posaron en mi rededor el silencio y la soledad de la nada.

## CAPITULO XVI.

¡Que suerte era la mia! Hacia pocas semanas que me habia visto presidiendo á las espléndidas festividades del Jardin, componiéndose mi séquito de cuantos placeres pueden tributar obsequio á la vida del hombre; y abo-

ra me miraba trasformado voluntariamente en discípulo de un anacoreta cristiano, sin que pudiese alegar otra excusa que el amor. Si yo tuviera esperanza de que por medio de este sacrificio me fuese dable comprar, de cuando en cuando, una soñada mirada de Alethe, ¡con que placer correrían mis días entre los horrores del desierto! Pero vivir... y vivir de este modo... sin ella... era una desgracia que ni yo había previsto ni podía sobrellevar.

Odiando hasta la vista de la cueva en que me habían encerrado, salí al aire libre, y me encaminé hacia el desierto á lo largo de las rocas. El sol se estaba poniendo, y tenía aquel color de sangre que tiñe tan á menudo su ocaso en aquellos climas. Vi las arenas que semejantes á un mar se estendian hasta el horizonte, como si su estéril dominio se ensanchara hasta el limite más lejano del mundo: y en la amargura de mis sensaciones me regocijé al ver un trozo tan considerable de la creacion gozando de estéril libertad y rescatado por este medio de la ambicion del hombre. Esta idea me pareció que aliviaba mi herido orgullo, y me consideraba feliz al vagar por esta turbia é ilimitada soledad, pues que me hallaba sin frenos, aunque fuese en medio de la esterilidad y de la desolacion.

El único ser animado que vi fue una in-

cansable golondrina, cuyas alas eran del color de las arenas cenicientas, sobre las cuales voloteaba. «¿Y porqué; exclamé, no ha de tomar el alma el tinte del desierto, á imitacion de este pajarillo, simpatizando con él en austeridad y sosiego?» Asi balanceando entre la desesperacion y la desconfianza; me preguntaba á mi mismo, mientras procuraba arrostrar con fortaleza lo que mi alma no podia contemplar sin estremecerse. Pero el esfuerzo era del todo inútil. Vencido al fin por la vasta soledad, cuyo reposo no era el suave dormir de la paz, sino el ceñudo y ardiente silencio del odio, senti que desfallecia mi espiritu, y que hasta el amor se rendia á la desesperacion.

Sentándome sobre el fragmento de un peñasco y cubriéndome los ojos con las manos hice un esfuerzo para apartar de mi la perspectiva desoladora. Pero fué en vano: siempre la tenia grabada en mi memoria; realizando aun mas lo sombrío del cuadro por las negras tintas que le añadia mi imaginacion: y cuando abriendo los ojos de nuevo, vi el último rayo del sol dispararse á través de aquel lúgubre é inanimado desierto, me pareció que era la luz del cometa que una vez asoló el mundo, difundiendo sus lúgubres resplandores sobre los estragos que acababa de cometer.

Asombrado por tan tenebrosas ideas, volvíme hácia el derrumbadero; y á pesar del disgusto con que habia abandonado mi morada, no me supo mal tomar mi vereda á través de los peñascos; y volviendo á mi albergue aborrecido. Al acercarme á la cueva, vi con sorpresa que en ella resplandecia una luz. En semejante momento cualquier vestigio de vida me era agradable y saludé con regocijo el inesperado agujero. Al entrar, sin embargo, hallé el aposento tan solitario como lo habia dejado. La luz provenia de una lámpara que ardia sobre la mesa: junto á ella estaba desarrollado el volumen que trajo Melanio, y sobre sus hojas.. ¡oh regocijo y sorpresa! vi la bien conocida cruz de mi adorada Alethe.

Qué mano sino la suya, pudiera haber preparado para mí esta sorpresa? El pensamiento mismo iluminó de esperanza mi pecho, y ante sus rayos huyeron las sombras de la desesperacion. Olvidé hasta las tinieblas del desierto, y mi lóbrega caverna se convirtió en un delicioso vergel. Ella misma me acababa de recordar por medio de esta sagrada memoria el voto que habian pronunciado mis labios al pie de la roca del cenobita; y no escrupulé en reiterar la misma atrevida promesa, aunque conocia que solo estimaba enton-

ces una criminal hipocresia.

Deseoso de prepararme para mi tarea de impostura, me senté á hojear el volúmen, que hallé contenias las escrituras hebreas; y la primera sentencia que se ofreció á mi vista fue: «El Señor ha dispuesto esta bendicion, prometiendo la vida perdurable.» Sorprendido por estas palabras, en la cual el espíritu que se me apareció en sueños parecia pronunciar de nuevo su animadora prediccion, alcé los ojos de la página, y repeti la sentencia una y otra vez, como para probar si su sonido tenia algun hechizo ó encanto que despertase en mi alma la embotada ilusion. Mas ah! Los groseros fraudes de Ménfis habian disipado toda mi confianza en las promesas de la religion. Recayó mi alma en todas las tinieblas del escepticismo, y á la palabra, «vida perdurable» la única contestacion que daba era, «muerte eterna!»

Impaciente, sin embargo, por aprender los elementos de una creencia de la cual (cualesquiera que fuesen sus promesas para lo futuro) conoci que dependia mi felicidad para lo presente, hojeé las páginas con un ahineo y actividad que me habian sido desconocidos en mis otros estudios. Aunque, á imitacion de los que solo buscan la superficie de las ciencias, pasé rapidamente hoja tras hoja, deteniéndome tan solo en los puntos mas bri

llantes y marcados; aun en este presuroso ec-sámen me hallé detenido á cada página por la sublimidad sobrenatural y tremenda, y la alternada melancolia y grandeza de las imágenes que á mi alma se agolpaban.

Hasta entonces solo debía mi escaso conocimiento de las coctrinas cristianas á los informes de mis hermanos epicúreos Luciano y Celso. Me hallaba por consiguiente poco preparado para la sencilla majestad y el alto tono de inspiracion, en fin, para aquella poesia del cielo que respiraba á través de estos divinos oráculos. Si la admiracion pudiera haber encendido la fe en mi pecho, aquella misma noche habrian abandonado mis errores: tan realzada, tan herida de temor se hallaba mi alma con la lectura de aquel libro prodigioso, con sus avisos de infelicidad, sus anuncios de gloria y sus espresiones incomparables de adoracion y pesar.

Hora tras hora consumi leyendo con la misma ansiosa curiosidad las hojas admirables; y cuando al fin me entregué al reposo, aun se deslizaban por mi imaginacion las sensaciones que despierta la habian conmovido. Recorri de nuevo las varias escénas que habia leído evocé en sueño las brillantes imagenes que me habian cautivado; y cuando me despertó, al romper el dia, el himno de los cristianos

reunidos en la capilla, me figuré que aun he-  
ria mis oídos el acento de la brisa, sollozando  
dolorosa entre las harpas de Israel, pen-  
dientes de los sauces.

Arrojéme sobresaltado del lecho, y tropé  
al peñasco, esperando que entre las voces del  
coro matutino me sería dado distinguir los dul-  
ces acentos de mi Aléthe. Pero ya habia ce-  
sado la estrofa, y solo saludaron mi oído las  
últimas cadencias del cántico, á medida que  
resonando en la solitaria cañada espiraban en  
la silenciosa ventolina del desierto.

El primer rayo del alba me halló otra vez  
estudiando; y á pesar de las distracciones de  
mis pensamientos y miradas hácia las medio  
visibles grutas del anacoreta, seguí mi lectu-  
ra con perseverancia durante todo el tras-  
curso del día. Sin embargo, como solo me lla-  
maban la atención la elocuencia y poesía del  
libro que repasaba, no me detuve en consi-  
derar la conexión de sus hechos ni la auten-  
ticidad de su historia. Mi imaginación era lo  
que solo se interesaba en su lectura: ahaqué  
á la imaginación cuanto en ella se encerra-  
ba; y pasando de los anales á las profecías y  
de la narración al cántico, consideré su con-  
junto como un mero y espléndido tejido de  
alegorías, en las cuales estaba mezclada la

sombra del carácter egipcio con las lujosas imágenes del Oriente.

A la caída del sol divisé la barca de Melanio atravesando el canal con dirección á mi cueva. Le acompañaba su elegante rupicabra que vuelto el rostro al aire del desierto parecía husmear su verdadera morada. La vista del anacoreta aun así me fue en extremo agradable. Dijome que era la hora de su escursion vespertina por las montañas, y de su acostumbrada visita á las cisternas de la roca, de las cuales sacaba su mas esquisita bebida. Mientras me estaba hablando, adverti que tenia en la mano uno de aquellos cantarillos de barro en que acostumbran los habitantes del páramo recoger de entre las rocas el refrigerante rocío. Habiéndome propuesto que le acompañase en su paseo, me condujo hacia el desierto por la ladera de la montaña que se alzaba sobre mi domicilio, y formaba la pared meridional ó cortina del desfiladero.

Cerca de la cima hallamos un poyo, donde se sentó para descansar. Dominaba este lugar una dilatada estension del desierto, y habia en sus inmediaciones una de aquella simas, ó estanques naturales escavados en la peña, en donde se atesoran los rocíos de la noche para refrigerio de los moradores de aquellas soledades. Informado de los progresos que ha-

bia hecho en mis estudios, «En aquella direccion, me dijo señalando <sup>hacia</sup> una nubecilla en el oriente que se habia formado en el horizonte con el vapor del desierto, y que ahora reflejaban débilmente los resplandores espirantes del sol: en aquella direccion está el monte Sinai, acerca de cuya gloria ya habeis leído algo, en cuya cima se verificó una de aquellas tremendas revelaciones por cuyo medio ha renovado el Todopoderoso de tiempo en tiempo su comunicacion con el hombre, y conservado en este mundo la memoria de su providencia.»

Despues de una pausa, cual si se hallase absorto en la inmensidad del asunto, el venerable varon continuó su sublime tema. Retrocediendo á los a nales mas remotos del tiempo, manifestó de qué modo cada recaida del género humano en la idolatria habia sido seguida de alguna milagrosa manifestacion del divino poder, que reprende á los orgullosos castigándolos, y levanta á los humildes con pruebas nada equivocadas de cariño. «Para conservar, dijo, ecsistente sobre la tierra, aquella verdad, esto es, la creacion del mundo por un supremo Ser, eligió Dios de entre las naciones una raza humilde y esclavizada: la sacó de su cautiverio *sobre las alas de las aguilas*, y rodeando de milagros cada huella de su

carrera, la colocó ante los ojos de todas las sucesivas generaciones, como depositaria de sus voluntades y testimonio perdurable de su omnipotencia.»

Pasando despues en revista la larga serie de intérpretes inspirados, cuyas plumas y cuyas lenguas fueron otros tantos ecos de la voz divina, trazó á través de los acontecimientos de las edades sucesivas, el gradual desarrollo de los oscuros planes de la Providencia, que en lo exterior solo presentan tinieblas, y son en lo interior todo luz y gloria. Las vislumbres de una redencion venidera, visible aun á traves de las celestes iras; la dilatada serie de profecias, en las cuales se trasluce esta esperanza, brillante y viva como la chispa que se desliza por la cadena: la misericordiosa preparacion de los corazones de los hombres para la gran prueba de su fe y obediencia que estaba á mano, no solo por medio de milagros que apelaron al testimonio de los vivos, sino en virtud de predicciones lanzadas al tiempo futuro, para llevar el convencimiento á las generaciones por nacer: «á través de estas gloriosas y benéficas gradaciones, podemos trazar, añadia el anciano, las huellas manifiestas de un Creador, avanzando al grandioso y final objeto de su designio, la salvacion de sus criaturas.

Después de algunas horas consagradas á tan santa enseñanza, volvimos al derrumbadero, y me dejó Melanio en mi gruta, rogando al Cielo, al separarse de mi con una benevolencia que yo poco merecía, que mi alma á favor de semejantes lecciones pudiese ser cual un *regado jardin*, y antes de mucho tiempo producir fruto para la vida eterna.

A la mañana siguiente volví á emprender mi estudio, aun con mayor ansia que el dia anterior. Grabado en mi memoria el comentario de cenobita, volví á leer con la mayor atencion el libro de la ley; pero confieso que no supe hallar en sus páginas la promesa de inmortalidad. «Me habla, dije yo, de la bajada de un Dios á la tierra, pero no me dice de la subida al Cielo de un hombre. Todos los premios y castigos que anuncia están á este lado del sepulcro; y ni aun el mismo Omnipotente ha ofrecido á sus servidores una esperanza fuera de los limites insuperables de este mundo. ¿Donde está pues la salvacion de que me ha hablado el cristiano? O si la muerte está á la raiz de la fe, ¿como puede la vida brotar de ella?»

Otra vez en la amargura de hallarme chasqueado, me burlé de mi propia y voluntaria ilucion; otra vez me mofé de los artificios de la fantasia que está siempre pronta, á imi-

tacion de la Dalila del libro sagrado á sorprender el sueño de la razon, entregándola desnuda é impotente á manos de sus enemigos.

Estas reflexiones con que me acusaba á mi mismo, aunque hacian muy ingrata mi tarea, en nada abatian mi actividad. Seguí leyendo con una especie de ceñida apatia, sin que el estilo me encantase, ni las imágenes me enardeciesen. La fatal ponzoña que marchitaba mi pecho estendia su influencia á mi imaginacion y á mi gusto. Las maldiciones y bendiciones, la gloria y la ruina, que recordó el analista y predijo el profeta, me parecian pertenecer únicamente á ese mundo, y ser todas temporales y terrenas. Aquella mortalidad cuya fuente probó la raza humana comunicó su tinte á todos los raudales que emanaron de ella; y cuando lei las palabras, «Todos son polvo, y en polvo se han de convertir,» deslizóse por mi alma una sensacion agostadora, semejante á la que produce el viento del desierto. El amor, la belleza, la gloria, cuanto hay de mas brillante sobre la tierra, pareció anonadarse á mis ojos bajo esta terrible sentencia, y convertirse en una masa general de corrupcion y de silencio.

Presa de la imagen desoladora que yo mismo habia evocado, dejé caer la cabeza sobre el libro, en un parasismo de desesperacion. Pasó

la muerte delante de mi vista en todas sus mas horrosas variedades; y ya hacia mucho tiempo que habia continuado en la misma postura, cual si me hallase bajo el influjo de una vision aterradora, cuando me despertó de mi letargo una mano que me tocó en el hombro. Alzando los ojos vi á mi lado al anacoreta, en cuyo rostro brillaba aquella sublime tranquilidad, que solo puede ser producida por una esperanza fuera de los limites de la tierra. Ah! cuanta envidia le tuve!

Volvimos á nuestro asiento en la montaña mientras que las tinieblas de mi propio corazon ennegrecian cuantos objetos me rodeaban. Olvidando en mis sentimientos mi hipocresia; le confesé sin rebozo todas mis dudas y todos los recelos que en mi habia despertado el estudio.

«Aun estás, hijo mio, me contestó, en el umbral de nuestra cedencia. Solo has visto los primeros rudimentos del divino plan: aun no se ha abierto para ti su plena y consumada perfeccion; por muy gloriosa que fuese la manifestacion de la Divinidad sobre el monte Sinai, solo fue la precursora de otra, todavia mas gloriosa, que en la madurez del tiempo habia de producirse al mundo cuando todo lo que estaba oscuro é incompleto habia de per-

feccionarse, realizándose las promesas bosquejadas por el espíritu de la profecía; cuando había que quebrantarse el silencio que yacía como un sello sobre lo futuro, y proclamarle al mundo las gozosas nuevas de vida y de la inmortalidad.

Observando que mis facciones se iluminaban al oír esta voz, continuó su exhortación el anciano. Anticipando alguna parte de la sagrada ciencia que me estaba reservada para más adelante, trazó á través de todos sus prodigios y mercedes, la grandiosa obra de la redención, deteniéndose en cada milagrosa circunstancia relacionada con ella: la escelsa naturaleza del Sér. por cuyo ministerio se efectuó, hijo unigénito del eterno Padre; la misteriosa encarnación del celeste mensajero; los milagros que autentizaron su divina misión; su amor al hombre: y finalmente, su muerte y resurrección, por medio de las cuales se selló el pacto de misericordia, y se produjo la vida y la inmortalidad.

Tal, continuó el ermitaño, fue el Mediador prometido desde el principio de los siglos para hacer reconciliación por nuestras iniquidades, para tornar la muerte en vida, y traer sobre sus alas la salud á un mundo sumergido en tinieblas. ¡Tal fue la última y coronante dispensación de aquel Dios de benevo-

lencia, en cuyas manos la muerte misma es solo un instrumento de perdurable bien, y el cual, por medio de un mal aparente y de una retribucion temporaria, saca todas las cosas de las tinieblas á su maravillosa luz, caminando siempre inmutable al objeto grandioso y final de su providencia, la restauracion de todo el linage humano á su pureza y felicidad primitiva!»

Con el alma atónita, y conmovida con estos discursos, me volvi á mi caverna, donde hallé como antes mi lámpara encendida para recibirme. Al volúmen que habian sustituido otro, que estaba abierto sobre la mesa, con una reciente rama de palmera colocada entre sus hojas. Aunque no podia dudar cual era la mano que tenia sobre mis estudios era invisible vigilancia, habia, sin embargo, en esta interposicion cierta cosa espiritual al parecer, que me llenó de temor; mayormente cuando al acercarme al volúmen, vi al reflejar la luz sobre sus letras plateadas, que era el mismo Libro de Vida de que me habia hablado el ermitaño.

Ya habia resonado por el valle el himno matutino de los cristianos, antes que yo hubiese alzado los ojos del sagrado volúmen; y la segunda hora del sol volvió á hallarme inclinado sobre sus paginas.

## CAPITULO XVII.

Esta fué mi vida durante algunos dias; mis mañanas consagradas á la lectura, y mis noches á escuchar bajo el toldo del cielo la santa clocuencia de Melanio. Pero aun mi alma permanecia oscura, y mi débil fe producía una esperanza que se desmoronaba al mas leve toque, semejante á la fruta del arbusto del desierto, brilladora y vacia.

Durante este tiempo ni vi á Alethe ni supe de ella: mi paciencia no habria sufrido tan larga privacion, si los vehementes indicios de su presencia que cada noche se anticipaban á mi llegada, no me hubiesen convencido de que aun vivia bajo su benéfica influencia y simpatia. En una ocasion, habiéndome atrevido á pronunciar su nombre delante de Melanio, aunque este se mantuvo en silencio, creí descubrir en su rostro una sonrisa de consuelo y de promesa, y la cual interpretó el amor segun su deseo.

Al fin, en la sesta ó sétima tarde de mi soledad, estando reposando á la puerta de mi

caverna, oí que me llamaban á gritos por mi nombre desde los peñascos opuestos; y alzando los ojos, vi sobre la roca contigua á las desiertas grutas, á Melanio, y oh! no me engañé! también á mi Alethe que le acompañaba.

Aunque jamás habia cesado desde la primera noche de mi vuelta del desierto, de halagar mi imaginacion con la idea de que aun ecsistia en su presencia, su vista me hizo sentir cuan largo tiempo habiamos estado separados. Estaba vestida de blanco; y al iluminar su rostro los últimos rayos del sol, me pareció, en el entusiasmo de mi fantasia, un espiritu que va á tomar el último vuelo, y cuyas postreras pisadas sobre la tierra están rodeadas de brillante gloria.

Con un placer indecible y apenas imaginable, los vi bajar por las peñas, y colocándose en su barca dirigirse á mi gruta. Ya era imposible ocultar á Melanio las sensaciones que experimentábamos; al paso que mi Alethe intentó disfrazar su inocente regocijo, aunque ruborizada de su propia felicidad, le costaba tanto trabajo ocultarla como á las aguas de la Etiopia esconder las arenas de oro de su lecho. Todas sus miradas; todas sus palabras manifestaban una plenitud de afecto, al cual yo no sabia como corresponder, aunque me eran dudosos los límites de mi presente felicidad.

No tardé mucho tiempo, sin embargo, en cerciorarme de la ansiada suerte que me esperaba, pues al pasear entre las peñas me informaron de cuanto se había dispuesto desde nuestra separacion. Alethe había informado al ermitaño de todo lo que había ocurrido entre nosotros, revelándole sin reserva todos los incidentes de nuestro viaje, las vivas demostraciones de afecto por una parte, y por la otra el profundo sentimiento que había escitado la gratitud. Demasiado sabio para mirar con severidad unas sensaciones tan naturales, conociendo que eran dádivas del cielo, adulteradas á veces por la perversidad de los hombres el buen anacoreta había oido esta declaracion con sumo placer; y convencido de la pureza de mis intenciones por la fidelidad con que había entregado en sus manos á mi protegida, solo vió en mi adhesión hácia la jóven huérfana un recurso de la Providencia para ponerla á cubierto de la soledad desvalida en que la dejaría en breve su muerte.

A medida que fui sabiendo estos pormenores de sus discursos, crecía el temor de que me engañasen mis oidos. Me parecia una felicidad demasiado grande para ser verdadera; ni hay palabras que puedan dar una idea de la alegría del rubor, de la sorpresa con que yo escuchaba mientras el santo varon mismo me declaró

que solo aguardaba el momento en que me hallase digno de ser miembro de la iglesia cristiana, para darme tambien la mano de Alethe en aquella sagrada union, sola que santifica al amor y hace celestial la fé que promete. «Ayer mismo añadió, mi jóven protegida despues de haberse preparado debidamente por medio de la oracion y del arrepentimiento, pues que hasta su immaculado espiritu necesitaba semejante purificacion, fué admitida en el seno de la fe, por el sagrado rito del bautismo; y el vestido blanco que tiene puesto y el anillo de oro que lleva en el dedo son simbolos de la nueva vida á la cual ha renacido.

Alcé los ojos para contemplarla, pero los retiré al momento deslumbrado y confuso. Hasta su belleza, me imaginé, habia sufrido una brillante mudanza; y el contraste entre aquel rostro sereno y feliz y la profana frente del infiel que estaba en su presencia, me avergonzó con el convencimiento de mi propia indignidad; y casi reprimió mi entusiasmo.

Sin embargo, debo considerar aquella noche como una época señalada de mi ecsistencia. Esperimenté en ella que el pesar no es el único despertador de los sentimientos devotos, sino que tambien á veces la alegria puede dar vida á su santo fuego. Volviendo á mi caverna con el corazon hinchado ó mas bien opri-

mido de felicidad, no hallé otro medio de aliviar mis sensaciones, que el de arrodillarme, en oracion, quizá por la primera vez en mi vida, y verter mis súplicas al Sér que vela sobre el género humano, á fin de que iluminase mi alma con un rayo de su verdad, y la hiciese digna, tanto en esta vida como en la venidera, de las felicidades que me dispensaba.

Mis dias pasaron desde entonces en un perfecto sueño de delicias. Saludaba gozoso cada hora de la mañana, pues que acercaba mas y mas el feliz momento de la caída del sol, en cuya hora el ermitaño y su pupila nunca dejaban de hacer la acostumbrada visita á mi gruta, en donde la sonrisa de mi Alethe, dejaba un resplandor, á cada despedida, que duraba hasta su vuelta. Tambien nuestras romerías por las montañas, á la luz de las estrellas; nuestras miradas por el camino, para contemplar brillantes maravillas del cielo que nos servia de dosel; nuestro descanso junto á la cisterna de la roca; y la silenciosa atencion con que escuchábamos durante horas enteras la santa elocuencia de nuestro instructor; todo, todo era exquisitamente delicioso; y de una naturaleza tan sentimental, que ni aun las dudas, las frias y morosas dudas, hijas de las tinieblas que aun encapotaban mi corazon, semejante á una ucia niebla, podian entristecerla ni empañarla,

Cuando volvian las noches de luna, nos atreviamos á alargar nuestros paseos por el desierto; y las arenas, que hacia tan pocas horas parecian desoladas, ofrecian entonces un aspecto halagador y risueño. Para el corazon desembarazado é inocente de Alethe, todo prestaba algun motivo de distraccion. Para ella, hasta al desierto tenia sus joyas y sus flores; y á veces se deleitaba en buscar entre las arenas aquellas hermosas chinas de jaspe que en ellas abundan: en mas de una ocasion vi brillar sus ojos con regocijo al hallar una agostada caléndula, ó una de aquellas flores rojizas y amargas que prestan al desierto su burlesco adorno. En todos estos placeres tomaba parte el buen ermitaño, mezclando á veces algunas observaciones sobre la benévola piedad del Altisimo que prestaba su colorido animador á todas las obras de la creacion al paso que la verdad consoladora, «Dios es amor», se hallaba visiblemente escrita en todas ellas.

Tal fue por algunas semanas mi vida deliciosa. ¡Oh mañanas de esperanza! ¡Oh noches de felicidad! con que lúgubre delicia trazo vuestra fuga, con cuanta repugnancia pasa mi pluma á describir los tristes acontecimientos que os sucedieron!

Durante este tiempo, y cediendo al deseo

de Melanio que no queria me enagenase enteramente del mundo, visitaba de cuando en cuando la vecina ciudad de Antinoe, la cual como metrópoli de la Tebaida, es el emporio del lujo del Egipto superior. Tan mudados se hallaban mis sentimientos con la pasión que me poseia y que todo lo trastornaba, que transcurria por sus escenas animadas y por sus calles populosas, sin que me divirtiese ó interesase; y suspirando por la Peña donde Althe vivia me figuraba que la ciudad era el desierto, y la soledad el delicioso mundo.

Hasta las ideas de mi propia y cara Atenas que traia á mi memoria la elegante arquitectura griega de esta ciudad imperial, no dispersaban en mi pecho un solo sentimiento, un leve deseo de trocar una mera hora de mi desierto por los placeres mas esquisitos, y por los honores mas satisfactorios que me aguardaban en el Jardin. Contemplé los pomposos arcos triunfales; me pasé bajo el soberbio pórtico que rodea la ciudad con su sombra mar mórea; visité el circo de sol, por cuyos pilares de color de rosa se miden los misteriosos movimientos del Nilo: todos estos adornos estupendos de la gloria y del arte, asi como la jovial muchedumbre que les daba vida, los miré con ojos de indiferencia. Si disper-

taban en mi algun pensamiento, era la triste idea, de que, cual Tèbas y Heliópolis. se anadarian tambien estas vistosas escenas sin dejar otra señal de su ecsistencia que unas cuantas ruinas desmoronadoras, como las conchas marinas que se encuentran donde algun dia residió el Océano.

Pero aunque me hallaba indiferente por cuanto atrajo antes mis anhelos, habia objetos, agenos en algun tiempo de mi corazon, que ahora lo hacian latir vivamente: hablo de los rumores que habian llegado à mi oido en una de mis visitas à la ciudad, de que se esperaba un cambio en la conducta del Emperador con respecto à los cristianos. Esta noticia llenó mi alma de recelos tan nuevos como terribles.

La paz y aun el favor que gozaban durante los cuatro años primeros del reinado de Valerio, habia alejado de ellos todo temor de que se renovasen los horrores que habian experimentado bajo el imperio de su predecesor Decio. Muy recientemente, sin embargo, se habian manifestado algunas disposiciones menos amistosas. Los fanáticos de la corte, alarmados con la rápida propagacion de la nueva creencia, habian conseguido llenar el alma del monarca de aquel fanatismo que produjo siempre la crueldad y la injusticia. Entre estos con-

sejeros de perversidad estaba Macriano, el prefecto pretorio, de nacion egipcio; el cual se habia distinguido hacia mucho tiempo por su adhesion á las ceremonias abominables de la magia y de la infernal idolatria.

Era opinion general que de un ministro semejante, y que estaba ahora en mucho favor con Valeriano, solo podian esperarse medidas de rigor contra los cristianos. La noticia estaba en lenguas de todos. En las calles, en los jardines públicos, en las gradas de los templos, vi reunidos grupos muy numerosos, y por todas partes oi resonaba el nombre de Macriano. Me daba horror notar en los rostros de los que hablaban, la variedad de sentimientos con que se discutia la noticia segun deseaban ó temian su autenticidad segun la probabilidad que tenian de hacer su papel en las sangrientas escenas, que se preparaban ya como atormentadores, ya como atormentados.

Alarmado el peligro, aunque ignorante todavia de su estension, volvi precipitado al derribadero; y entrando en derecha en la caverna de Melanio, le informé de todos los pormenores que habia recogido. Me escuchó con una tranquilidad que yo ¡infeliz de mí! equivocadamente atribuí á la confianza que en su seguridad tenia; y despues de haberme di-

cho la hora en que deberíamos reunirnos para emprender nuestra escursión vespertina, se retiró á su caverna.

A la hora acostumbrada Alethe y el solitario se presentaron en mi gruta. Conoci que no la habia informado de las noticias que corrian; pues jamás habian animado su semblante sonrisa tan graciosa ni felicidad tan completa. Ah! era poco menos que divina! Con respecto á Melanio, aunque su aspecto demostraba la paz de su interior, estaba sin embargo pensativo; y la solemnidad con que colocó en la mia la mano de Alethe, me alarmó y llenó de melancolia; aun en la consumacion de una ceremonia que debia llenar mi alma de regocijo. Esta ceremonia era la de nuestros desposorios; la de jurarnos mutua fidelidad; la cual ahora solemnizábamos delante de la peña que se elevaba al umbral de mi gruta, á la faz del sol que vertia desde el ocaso su rayo postrimero, con la estrella solitaria de occidente que nos servia de único testigo. Despues de haber bendecido el ermitaño nuestro juramento, coloqué el anillo, garantia de nuestra futura union, en el dedo de Alethe; y el rubor con que me entregó en aquel instante su corazon, me lo hizo olvidar todo escepto mi felicidad, y me consideré seguro, aun contra el ceño mas riguroso de la suerte.

Dimos nuestro paseo de costumbre por los peñascos, alargándolo hasta el desierto. La luna estaba mas brillante que la luz del sol en otros climas, y sus resplandores nos dejaban ver con toda claridad las huellas de las rupicabras bravias impresas en la arena. El buen ermitaño, no sin algun ligero temblor de voz, cual si al hablarnos se le hubiese ocurrido alguna analogia fatal, dijo: «He observado que donde quiera que se advierte la huella de este inocente animal, se observa casi siempre inmediata la pisada de alguna fiera.» Volviendo á adquirir, sin embargo, antes, de despedirnos su acostumbrada alegria, señaló la tarde siguiente para una excursion á la otra banda del derrumbadero, hácia el punto «que mira (estas fueron sus propias palabras) á la region septentrional del desierto donde las huestes del Señor acamparon cuando salieron de la esclavitud.»

Aunque en presencia de Alethe se desvanecian mis temores, apenas me quedé solo cuando se agolparon en mi alma mil vagos temores y terribles presentimientos. En vano procuré despertar la razon para sacudir mis recelos, recordando las circunstancias que mas pudiesen auxiliarme para alejar tan alarman-tes recelos, tales como la reverencia con que hasta los paganos mismos contemplaban á

Melanio y la inviolada seguridad con la cual habian vivido en las épocas mas peligrosas, no solamente él, sino los individuos que se habian guarecido en él santuario de sus cavernas. Tranquilizado en algun modo con estas reflexiones, cerré mis párpados, pero se apoderaron de mi alma los sueños mas terribles: las escenas mas tenebrosas de muerte y de tormento pasaron ante mi en confuso desorden, y cuando desperté me sobresaltó el cruel temor de que pudieran realizarse estas visiones espantosas.

## CAPITULO XVIII.

Al fin vino el alba: al fin amaneció el terrible dia. Impaciente de aliviarme de mis recelos, me embarque precipitado en el mismo batel en que habiamos verificado nuestro próspero viáje, y me diriji á la ciudad con toda la rapidez conque mis remos podian conducirme. Halle los arrabales desiertos y en silencio, pero al acercarme al foro, recios alaridos, semejantes á los que arrojan los bárbaros en los combates, me hirieron el oído,

y ¡ah gran Dios! al entrar en el, que espectáculo se presentó á mis ojos! Aquella misma noche habia llegado el edicto contra los cristianos; y ya se habia desenfrenado todo el furor del fanatismo.

Bajo un dosel, en medio del foro, estaba la tribuna del gobernador; y al fin de las gradas que conducian á su asiento se elevaban dos estatuas, una de Apolo; y otra de Osiris. Delante de estos idolos habia unos altares, ante los cuales eran arrastrados los cristianos por el populacho y la soldadesca, y obligados á apostatar arrojando incienso en las aras, ó si lo rehusaban, eran conducidos al punto á la tortura y á la muerte. La escena era horrosa: la consternacion y los gritos de algunas victimas; la palida y silenciosa decision de otras; las feroces risoladas de la muchedumbre así que el puñado de incienso, que caia sobre el aro proclamaba la debilidad de algun renegador de Cristo; y triunfo infernal con que los intrépidos confesores que hacian alarde de su creencia eran conducidos á la fatal hoguera; jamás me habria sido posible concebir una reunion de horrores mas aterradora:

[ \* Aunque fui espectador de esta escena solo por unos cortos instantes, experimenté este intervalo lo suficiente para estremecer mi razon por años enteros. Ya contemplaba en "

tre aquel tumulto la imagen de Alethe; ya oia á los verdugos pronunciar su nombre; ya he-  
rian sus gemidos mi alma; y bastó esta  
ilusion para horrorizarme, fijándome inmovil  
en mi puesto como una estatua.

Recordando, sin embargo, lo precioso que  
era cada momento, y que tal vez en aquel  
mismo instante algunos sangrientos emisarios  
se hallarian en camino con direccion á las gru-  
tas, sali furioso del foro, y me apresuré á llegar  
al embarcadero.

Las calles estaban llenas de un inmenso  
gentio; pero yo, precipitándome á través de  
la turba, me hallé en un instante debajo del  
pórtico que conducia á la ribera: ya estaba á  
mi vista el batel que debia llevarme á mi Alethe  
cuando un centurion se me puso delante, y  
me vi rodeado y detenido por sus satelites.  
En vano les rogué, en vano imploré su com-  
pasion, luchando por zafarme de ellos, cual  
si de ellos dependiese mi vida, asegurándoles  
que era extranjero, que era ateniense, que  
no era...cristiano! Mi precipitada fuga era su-  
ficiente sospecha; y sin dar oidos á mi súpli-  
ca, me llevaron á la fuerza á la morada de su  
caudillo.

Durante dos largas horas, bastantes para  
escitar la demencia en mi alma; estuve aguar-  
dando la llegada del tribuno de la legion, ra-

diendo entretanto mi cerebro con mil temores é ideas. Cuanto recogia de las conversaciones de los que me rodeaban, acrecentaba las agustias que agoviaban mi corazon. Decian que se habia enviado tropas en todas direcciones, para conducir á la ciudad á los cristianos disidentes, y obligarles á que acatasen los dioses del imperio. Estremecime al oir el nombre de Orco, sumo sacerdote de Ménfis, el cual era uno de los principales motores del sangninario edicto, y se hallaba á la sazón presente en Antinoe, vigilando y dirigiendo su ejecucion.

En este estado de tormento permaneci hasta la llegada del tribuno. Absorto en mis propios pensamientos, no habia notado su entrada hasta que oyendo una voz pronunciar mi nombre «Alcifron!», alcé los ojos, y reconocí en este gefe legionario á un jóven romano de familia muy distinguida, que el año anterior habia tenido en Atenas un mando militar, y era uno de los concurrentes mas elegantes de nuestro Jardin: iba á saludarme con toda cordialidad, cuando habiéndome enterado de la órden que dió para que inmediatamente se me pusiese en libertad, no tuve paciencia para detenerme un momento. Apretándole la mano en muestra de mi reconocimiento, atravesé corriendo las calles, como si estu-

viera frenético, y á los pocos minutos me hallé á orillas del rio.

Mi única esperanza era alcanzar las grutas antes que llegase á ellas alguno de los destacamentos, y por medio de una fuga tempestiva á través del desierto, salvar á Alethe de la furia de sus perseguidores. La aciaga demora que habia ocurrido hacia casi desesperada esta idea; pero la quietud que hallé en todas partes al bajar por el rio, y la confianza que me inspiraba lo sagrado del retiro del anacoreta, impidió que mi corazón fuese del todo victima de tantos sobresaltos.

A favor de la corriente y de mis remos, surcaba el batel las aguas con la rapidez del viento; y ya me hallaba inmediato á las peñas del derrumbadero, cuando vi cajeando la punta del canal para entrar en el rio, una barca llena de gente, y resplandeciente de armas. ¡Como pude sobrevivir al sobresalto que me causó su vista! Se me cayeron de la mano los remos, y permaneci sentado mientras se iba acercando la vicion aterradora. A los pocos momentos nos aprocsimó uno á otro la corriente: y vi sobre la cubierta de la barca al ermitaño y á Alethe rodeados de gente armada.

Ya estábamos tan inmediatos unos á otros que haciendo un esfuerzo desesperado, salté sobre el borde de su lanchon. No supe lo que

me hacia, pues que la desesperacion era el único impulso que me precipitaba. Arrojándome sobre uno de los soldados, conforme hallaba vacilando sobre el inquieto leño, logré desarticularlo de su espada; pero recibiendo en el instante mismo un lanzazo de uno de sus compañeros. caí de espaldas dentro del rio. Solo me acuerdo que volviendo á subir, me así del costado del bajel; mas la caída y la falta de sangre, privándome de todo conocimiento, la única cosa que tengo presente fue un grito de horror que dió Alethe al verme sumergir de nuevo en las aguas.

Oh! ojalá hubiese entonces espirado! Mas no, Sér omnipotente: ¡yo habria fenecido en tinieblas, sin haber vivido para conocerlos!

Al volver en mí, me hallé recostado en un hermoso lecho dentro de una elegante habitacion, la cual como estaba adornada al estilo griego, imaginé al principio, olvidando cuanto me habia ocurrido, que era mi propia casa en Atenas. Pero demasiado pronto la terrible certidumbre hirió mi alma como un relámpago; y arrojándome frenético del lecho, imposibilitado como me hallaba, pronuncié con gritos de desesperacion el nombre de Alethe.

Informáronme que estaba en casa de mi amigo y discipulo el jóven tribuno, el cual ha-

bia informado al gobernador de mi nombre y condicion, hospedado bajo su techo cuando mé trajeron á Antinoe desangrándome y desmayado.

De su boca supe en resúmen, pues me era imposible escuchar con paciencia los pormenores, cuanto habia acontecido durante aquel intervalo horroroso. Melanio ya no existia: Alethe si, aunque encerrada en una cárcel.

«Llévame á verla,» fueron las únicas palabras que tuve tiempo de pronunciar; «llévame á verla inmediatamente y déjame morir á su lado;» porque desfalleciendo la naturaleza bajo semejantes agonias, volví á recaer en mi pasada insensibilidad. Permaneci en esta situacion por mas de una hora, y al recobrar mis sentidos hallé al tribuno sentado á mi cabecera. Me dijo que por aquel dia se habian concluido los horrores del foro, pero que se estremecia al contemplar los que podria traer consigo la mañana siguiente. Se conocia que su naturaleza se indignaba de los deberes inhumanos que le imponia su obligacion. Conmovido por las agonias que me veia sufrir, las alivió en algun grado prometiéndome que á la caida de la tarde me conduciria á la prision, y si fuese posible á presencia de Alethe. «Aun podriamos salvarla, añadió, si lográsemos per-

suadirla que cumplierse con los términos del edicto, sacrificando á los dioses. De otro modo añadió, no hay esperanza alguna: el vengativo Orco, que ha repugnado hasta concederla este corto respiro, pedirá mañana incesorable su presa.»

En seguida me refirió, á mis ruegos, aunque cada palabra era un nuevo tormento los horrorosos detalles del dia precedente. «He visto el valor, me dijo; bajo sus formas mas noble en el campo de batalla; pero la tranquila intrepidez con que el anciano anacoreta sufrió sus torturas, y que apenas era menor martirio el presenciarlas, superó cuanto podia imaginarme que alcanzaba la humana fortaleza.»

Tambien mi pobre Alethe.... y al describirme su comportacion el valiente oficial lloraba como un niño, tambien mi pobre Alethe, me dijo, en sus primeros recelos por mi seguridad habia dado suelta á la femenil ternura; mas apenas se habia hallado en presencia del tribunal, y escigidole la declaracion de su fe que un espiritu mas que humano pareció animar toda su fisonomia. Alzó tranquilamente los ojos al Cielo, mientras que el candoroso color que sonroseaba sus megillas era el único signo de sensacion mortal que manifestaban sus acciones, al paso que el acento firme y melodioso con que pronunció las palabras que la

condenaban. *Soy cristiana*, produjo un grito de admiración y piedad en toda la muchedumbre. Su juventud; su amabilidad, sus gracias afectaron todos los corazones, y se oyó por todas partes el grito de «¡Salvad á la hermosa doncella!»

El implacable Orco, sin embargo, no quería oír hablar de misericordia. Resintiéndose, según aparecía, con el odio más emponzoñado no solo de la fuga de sus redes, sino del auxilio que con tanta fatalidad para sus proyectos había prestado á mi libertad, pedía á gritos su pronta muerte en nombre del profanado santuario de Isis. Solo en virtud de la firme interposición del gobernador, que también participaba de la simpatía general en su destino, se le concedió el plazo de otro día, á fin de que la doncella pudiese retractar su confesión, y proporcionar de este modo algún pretexto para salvarla.

Aun al ceder con repugnancia el inhumano sacerdote á este breve término, quiso acompañar el aparente favor con alguna señal de su venganza. «Sea por el placer, continuó el tribuno, de mezclar el escarnio con la crueldad, ó como un aviso del destino que finalmente le estaba reservado, dispuso que se le cifesee á la frente una de aquellas guirnaldas de coral con que las doncellas cristianas acos-

tumbraban ornar sus sienes el día de su martirio; y con este terrible aparato fué conducida á su prision á través de la agolpada y compadecida muchedumbre.

La relacion de estos pormenores ocupó el corto tiempo hasta la caída de la noche; mientras que cada momento que transcurria se me figuraba un siglo. Así que oscureció me colocaron en una litera, pues todo este cuidado requeria mi herida aunque no era peligrosa; y me dirigí á la prision, bajo la custodia de mi amigo. Por su influjo con la guardia, se nos admitió sin dificultad, y fui llevado al aposento donde la doncella estaba presa. Hasta el antiguo conserje del lugar parecia compadecerse de su prisionera; y suponiendo que dormia, hizo que colocasen mi litera á su lado con el mayor silencio.

Estaba medio recostada sobre su lecho, con el rostro tapado con las manos; á sus pies habia un idolo, sobre cuyas horribles facciones ardia una lámpara de nafta colgada del techo y vertiendo un resplandor undulante y sombrío. Sobre una mesa delante de la imágen habia un incensario con una pequeña vasija al lado llena de incienso; un grano del cual arrojado voluntariamente en la llama, habria salvado ahora aquella preciosa vida. Tan imponente y estraña era toda aquella escena, que yo casi du-

dè de su realidad, Alethe, mi amable Alethe, dije en mi interior, ¿podrás ser tú la que estoy mirando?

Ella con dificultad y lentitud alzó la cabeza del lecho; y al observarlo el bondadoso tribuno tuvo la generosidad de retirarse y de dejarnos solos. Sus facciones tenían una palidez semejante á la de la muerte; y aquellos ojos que tanto brillaban la última vez que los ví, parecían hundidos y apagados. Al incorporarse se llevó la mano á la cabeza, como si fuera por el dolor que en ella sentía; y el color marmóreo de su frente parecía aun mas sepulcrar con las rojizas guirnaldas que la ceñían.

Despues de vagar en rededor durante algunos momentos, se fijaron en mi sus ojos; y dando Alethe un grito, mitad de terror, mitad de alegría, se arrojó del lecho y se puso de rodillas á mi lado. Me habia creído muerto, y ni aun entonces daba entera fe á sus sentidos. «¡Esposo adorado! amor mio! exclamó: oh! si vienes á llamarme de este mundo, mirame pronta á seguirte!» Al pronunciar estas palabras, señaló á la ominosa corona, y dejó caer la cabeza sobre mi rodilla, cual si le hubiera atravesado las sienes una repentina zaeta.

Alethe!» grité, aterrada mi alma, con tan misteriosa angustia, mientras que el eco de mi

voz parecía animarla: alzó la cabeza, y me miró con desmayada sonrisa. Sus pensamientos, que se habían disipado, empezaron á ordenarse de nuevo; y entre su regocijo por mi salud y su pesar por mi padecer, olvidó totalmente el destino que á ella misma le amenazaba. Solo el amor, el inocente amor ocupaba todos sus pensamientos; y la ternura con que me habló.... ¡En cualquier otro instante, yo habría escuchado embebecido, impreso en lo mas profundo de mi corazon, y bendecido con toda mi ecsistencia los divinos acentos!

El tiempo, empero, corria presuroso... La terrible mañana se acercaba. Ya estaba yo viéndola retorcerse entre las manos de los verdugos; las llamas, los potros, las cuerdas rechinaban en mis oidos. Medio frenético con el recelo de que estuviese fija en su propósito, me arrojé de la litera, en una agonia de llanto, y suplicándole por el amor que me tenia, por las delicias que nos esperaban, por su propio Dios de mercedes, que era demasiado benigno para ecsigir un sacrificio semejante, por todo lo que la pasion mas ecsaltada podia dictarme, roguéle que apartase de nosotros el terrible destino que iba á anonadarnos y... que por una vez tan solo... cumplierse con la vana ceremonia que de ella se ecsigia.

Desprendiéndose de mi abrazo al oír mis palabras, pero con una mirada mas bien de pesar que de reconvencion, «Qué! tú tambien! dijo con voz triste, tú, en cuyo espiritu habia yo esperado que hubiese descendido la misma celeste beldad que brilla en el mio propio! Oh! no te ligués con aquellos que pretenden hacer naufragar mi creencia! Tú que solo podias hacerme grata la ecsistencia no bagas uso del imperio que ejerces sobre mi alma, sino déjame morir, como aquel á quien sirvo me ordena, morir por la verdad! Acuérdate de las santas lecciones que escuchábamos en aquellas noches, en aquellas noches felices, cuando la prespectiva de lo presente y de lo futuro era para nosotros igualmente halagüeña: cuando hasta el don de la vida eterna era mas grato para mi alma, por el convencimiento de que tu ibas á participar de él, y he de perder ahora el privilegio? y he de negar al Dios verdadero á quien hemos aprendido á amar?»

«No esposo mio, continuó señalando á los dos anillos que ceñian su dedo: ¿ves estas prendas? ambas son sagradas; yo te hubiera sido tan fiel como ahora lo soy al Cielo, y ni aun en aquella vida en que pronto respiraré quedará olvidado nuestro cariño. Si el bautismo de fuego, por el cual he de pasar maña-

na, me hiciere digna de ser oída ante el trono de Gracia, intercederé por tu alma: rogaré que pueda aun participar con la mía de aquella herencia inmortal é inmaculada que nos ofrece la misericordia, y que tú... mi adorada madre... y yo...»

Quedó apagada su voz al brillar el entusiasmo momentáneo que la devoción y el amor la habian inspirado: y sobre sus facciones se difundió una sombra, una livida sombra; semejante á la venida de la muerte, que hizo estremecer mis miembros todos. Asiéndome la mano con un temblor convulso y mirándome con temeroso recelo, cual si esperase escuchar de mis labios alguna seguridad consoladora. «Créeme, continuó, ni todos los tormentos que están preparandos para mí; ni aun estas profundas y abrasadoras punzadas que me atraviesan las sienes, y á las cuales tal vez no podrian igualar aquellos: me serian la mitad tan horrorosos como la idea de que te dejaba sumergido en tu...»

Aquí le faltó de nuevo la voz; dejó caer la cabeza sobre mi brazo... y ¡oh Dios de misericordias! déjame olvidar lo que entonces experimenté... advertí que estaba espirando. No sé si di algun grito; pero entrando el tribuno presuroso en el aposento, y fijando los ojos en la doncella, exclamó con rostro lleno de

horror: «Ah! es demasiado cierto.»

Bajando en seguida la voz, me dijo que acaba de saber del conserje de la prision que la guirnalda que ceñia las sienes de la joven cristiana era... ¡oh crueldad inaudita! un compuesto de los venenos mas mortiferos, invencion infernal de Orco para saciar su venganza y asegurar la suerte de su pobre victima. Mi primer impulso fue arrancar de su frente la fatal corona... pero, ay! no quiso desprenderse... no quiso desprenderse!

Escitada por el dolor, volvió á fijar los ojos en los míos; pero incapaz de hablar, sacò del seno la crucecita de plata que habia traído consigo desde la cueva. Habiéndola llevado á sus labios, la ofreció con ansia á los míos: y al verme besar con fervor el sagrado símbolo, pareció contenta, y se sonrió. La agonía de la muerte habia ya pasado, iluminó sus facciones una luz celestial, de la que senti descender un destello hasta lo íntimo de mi alma; y á los pocos minutos despues espiró en mis brazos.

*Aqui concluye el manuscrito; pero en su cubierta hay escrita en un carácter de letra de época mucho menos antigua, la siguiente nota, extractada, segun es de suponer, de algun mármol egipcio.*

«Alcifron, filósofo epicureo, convertido al

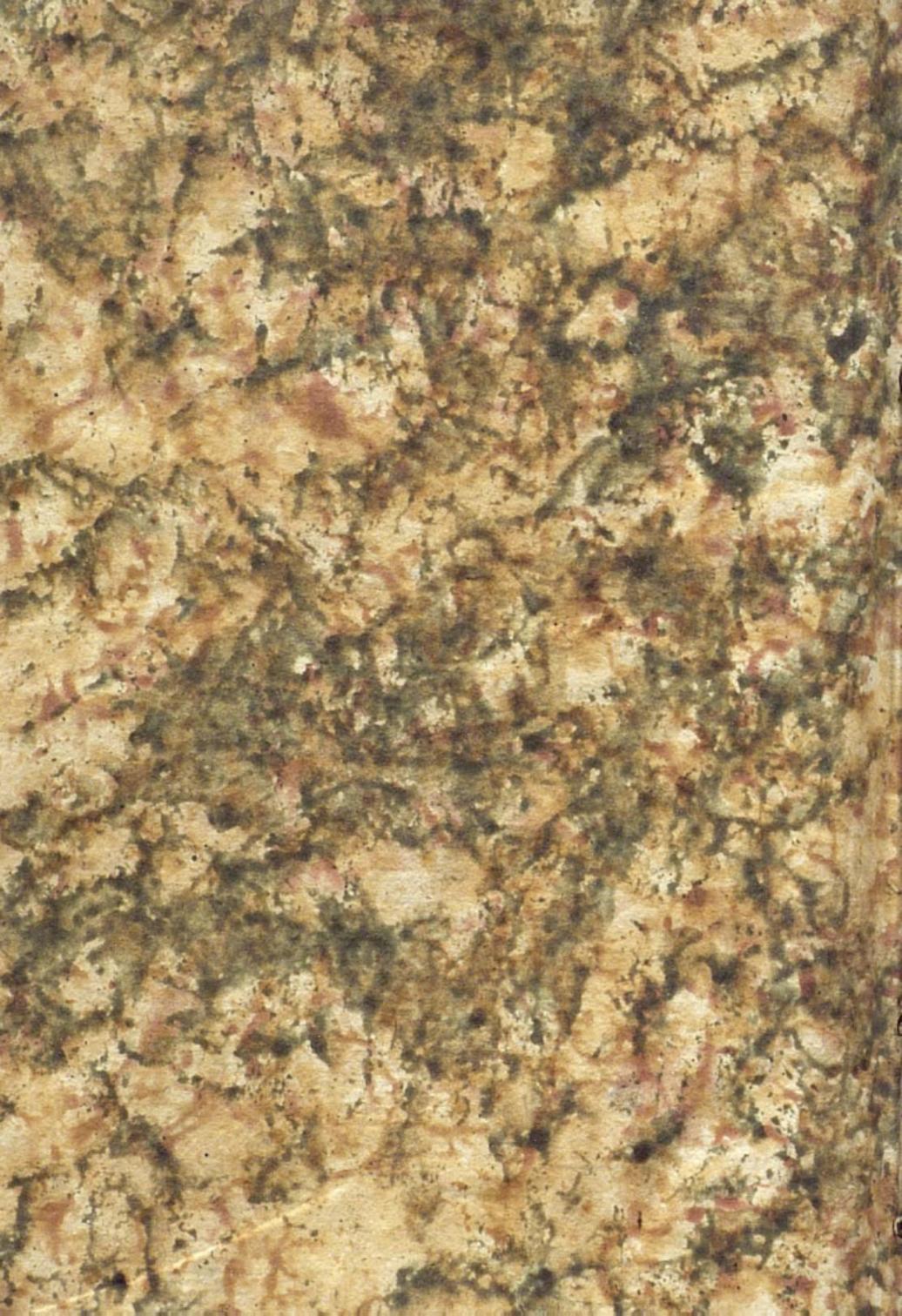
cristianismo, A. D. 257, por una jóven doncella egipcia, que padeciò martirio en el mismo año. Inmediatamente despues de la muerte de esta, se retirò al desierto, donde segun dicen, llevò una vida de mucha santidad y penitencia. Durante la persecucion de Diocleciano sus padecimientos por la fe fueron muy ejemplares; y condenado al fin, en una edad muy avanzada á trabajar en las minas, por haberse negado á obedecer un edicto imperial. murió en las de bobre en Palestina. A. D. 297.



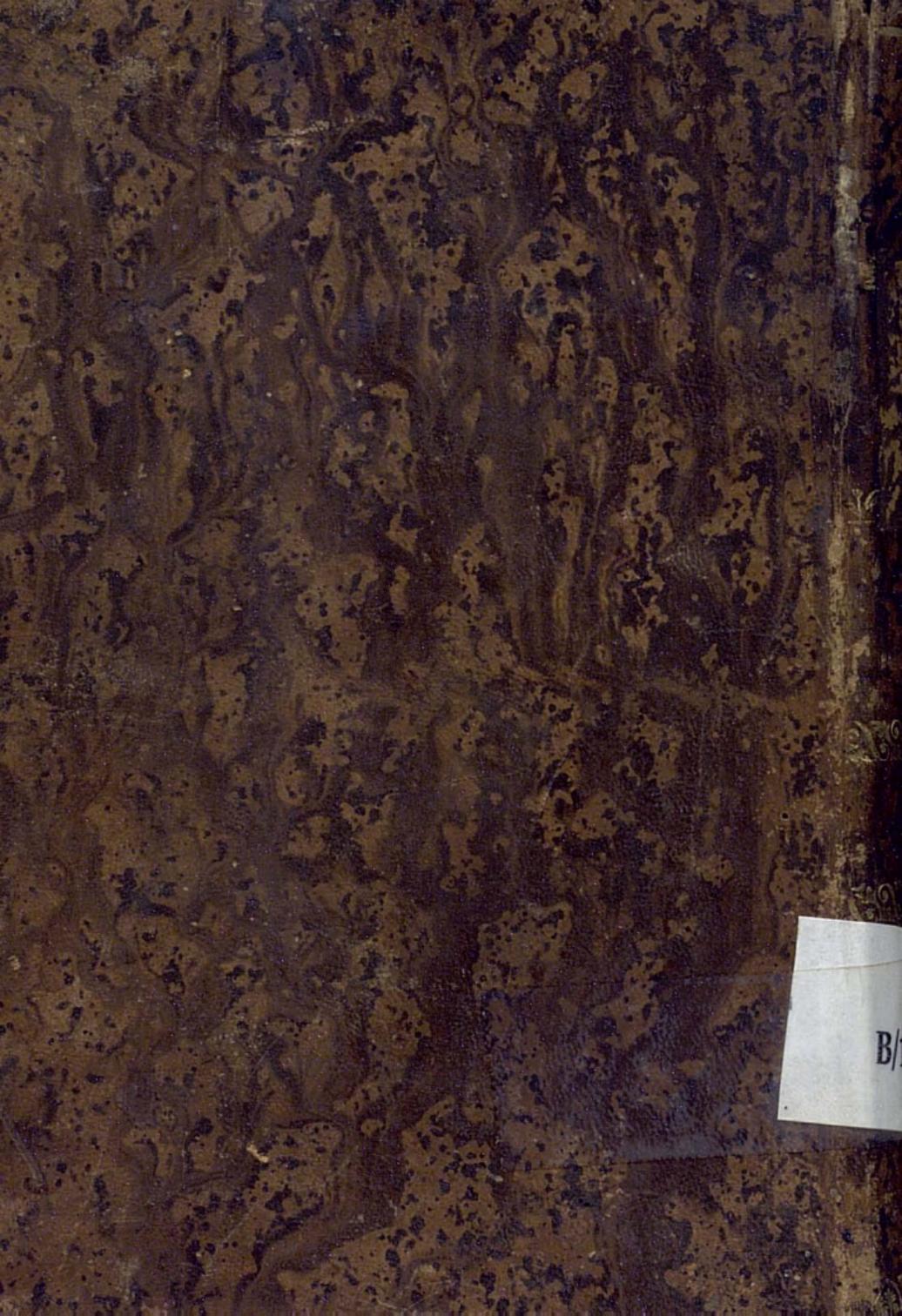












B/